

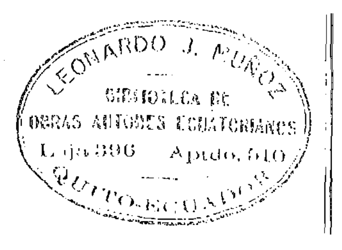
GARCIA MORENO

LIBRO INEDITO

DE

JUAN LEON MERA





QUITO

IMPRENTA DEL CLERO

1904



ADVERTENCIA

PUBLICASE este libro merced á la iniciativa del finado Sr. Canónigo Dr. D. José Joaquín Borja Y. —Q. D. D. G.—, cuyo entusiasmo por las letras patrias hace su muerte lamentabilísima. No sólo costeó la edición, sino que se afanaba grandemente para encontrar entre las buenas plumas nacionales la que pudiera dignamente dar remate á trabajo de tanto aliento como es éste: empresa ardua, desde luego; porque su ilustre autor, el meritísimo literato Sr. D. Juan León Mera — en mala hora muerto para la literatura y la patria ecuatoriana — parece como que puso la monta en hacer de su última obra la más maduramente concebida y la más elegantemente ejecutada de entre cuantas su fecunda mente dió á luz para regocijo de las

letras nacionales. ¡Lástima grande que la muerte hiciera caer la pluma de la mano del autor sobre las aún blancas cuartillas!: lástima que quede trunco un trabajo de historia como el que ofrecemos al lector. Porque, si tanto interés, elegancia y verdad supo dar el Sr. Mera á estos comienzos, justamente era de esperarse que, entrando en lo de mayor sustancia, habría dejado un trozo de historia digna del grande hombre en quien se ocupa y de la posteridad á quien va confiada.

Quito, Marzo de 1904.

El Editor.



LIBRO PRIMERO

Tiempos anteriores á García Moreno, breve ojeada sobre algunos personajes, doctrinas y sucesos

---

CAPITULO I

Por qué escribimos esta obra y lo que será ella. — Inconvenientes que resultan de no defender á tiempo la verdad. — Daño que causan los escritores apasionados — Cómo obran los escritores de buena fe. — Cómo debe juzgarse á los grandes hombres, y necesidad de perdonarles sus faltas. — Un símil de García Moreno.

Deseábamos escribir la historia del Ecuador desde 1845 hasta 1884; esto es, tomándola en el punto en que la dejó el Dr. D. Pedro Fermín Cevallos y encadenándola con la de la Dictadura del General Veintemilla y la Restauración, lapso de ocho años sobre el cual tenemos ya escrito bastante; pero ese deseo no podía cumplirse sino con el trabajo de muy largo tiempo y ha sobrevenido la necesidad de emprender una obra menos extensa, hacedera en más corto plazo y no simplemente histórica sino también de polémica.

Han traído esta necesidad los libros que sobre García Moreno han publicado el P. A. Berthe, Redentorista francés, y nuestro com-

patriota el Dr. D. Antonio Borrero; libros totalmente opuestos en la manera de juzgar á aquel Grande Hombre, y no conformes aún respecto de otros personajes y hechos, y de algunos puntos de doctrina política muy importantes. Juzgamos, pues, indispensable poner entre esos dos libros antitéticos un tercero que los corrija. Cuanto tuviesen de verdad será respetado y quedará en su puesto; cuanto fuese falso ó injusto, será objeto de nuestra crítica. Atento el valer de los dos mentados autores, mucha arrogancia es la nuestra cuando tratamos de corregirlos; pero faltaríamos á nuestra conciencia de cristianos y patriotas si pudiendo rectificar un error, aclarar un hecho ó defender una gloria nacional, guardásemos silencio.

Si Dios nos concede salud y espacio para llevar á ejecución la historia proyectada, cuanto vamos á decir en el presente libro, que deba entrar en ella, lo pondremos con las ampliaciones y restricciones que fuesen necesarias; porque ahora vamos á tocar puntos que no pertenecen á los anales de la Patria y otros que, aunque son nacionales, apenas los desfloraremos, en razón de no pertenecer á la época de García Moreno, á la cual se contraen el P. Berthe y el Dr. Borrero.

Los errores y las falsedades en la historia son como ciertos achaques del cuerpo humano que llegan á ser peligrosos y mortales cuando no se los cura á tiempo. La historia contiene muchas cosas oscuras, hay en ella nombres que seducen con falso brillo y otros eclipsados con harta injusticia porque no se ha tenido cuidado en los días de los sucesos ó no ha habido quien lo tuviera después, de defender la verdad contra aquellos dos ciegos, sus enemigos el amor y el odio: el amor que halla hermosura y virtud don-

de hay deformidad y vicio, y el odio que transforma la virtud y la hermosura en iniquidad y fealdad horripilantes; el amor que elogia y enaltece fuera de toda justa medida, el odio que calumnia, derriba y destroza con salvaje furor.

Los escritores apasionados que dejan lo cierto por lo falso á trueque de presentar sus ídolos al mundo cubiertos de méritos y gloria, ó á sus enemigos con atributos y señales diabólicos, no reparan que se hacen gravemente responsables ante la humanidad y la historia. ¡Cuántas figuras hay en ésta que quizás no merecen el acatamiento que les rendimos! ¡Cuántas otras que nos causan horror y que, por el contrario, deberíamos mirar con respeto y veneración! La justicia de la posteridad suele quitar á veces el oro batido con que la adulación ó el error cubrieran las figuras de barro, ó limpiar el polvo que sobre las estatuas de oro de la historia arrojaron las manos del rencor y la venganza; pero el tiempo mientras más remoto mayores obstáculos opone á la acción de la justicia. Auxiliar indispensable de ésta es la crítica; y la crítica, las más de las veces, es superada por las resistencias del pasado, y la verdad no luce y la mentira queda campante años y siglos.

Los escritores de buena fe y que miran la historia no como cosa baladí y con la cual pueden divertirse dándole forma y colorido según su caprichoso querer, sino como objeto muy serio y digno de respetuosa atención, como depósito de verdad y justicia, como tesoro de enseñanzas para los pueblos; esos escritores que respetan su propia conciencia y rechazan todo cuanto puede engañar el entendimiento y juicio de los demás, si narran sucesos ó retratan personas, cuidan de entrar en cuenta todos los an-

tecedentes, estudian todos los motivos, disecan el corazón esclavo de las pasiones, desentrañan los secretos de los planes que han sido ejecutados y son Velazquez, Van-Dyk ó Rembrant cuando quieren presentar al mundo la imagen de la fisonomía moral de los hombres célebres que han influido en los destinos de los pueblos. Ese es el camino por donde ha de llevarse la filosofía á los centros de la historia. De no escribir así la historia vale más que no se la escriba.

Mientras más elevado y fecundo haya sido el pensamiento de un hombre público, y más poderosa su influencia y más decisiva la acción de este hombre en un pueblo ó en una época, mayor prolijidad, más penetración, más rectitud y firmeza de criterio se requiere de parte de quien se propone tomarlo para colocarlo en el pedestal de la historia. Modélese en buena hora al desgaire la figura de un Carlos el Hechizado; pero no se talle de igual modo la de Carlos III, confíese á un aprendiz de artista, si se quiere, la ejecución de una imagen de un Santander; mas la estatua colosal de Bolívar no ha de ser cincelada sino por un maestro.

Debe haber, y hay efectivamente, una manera especial de juzgar á los grandes hombres: errado anda quien no es capaz de hacer distinción entre lo común y lo extraordinario para el acto de aplicar su criterio y mide al pigmeo y al gigante con igual medida; y da muestra de pobre sindéresis quien hace aspavientos al hallar máculas en la virtud, irregularidades en el genio, imperfecciones en la belleza y amenguamientos en la gloria. La virtud y el genio, por singulares que sean, no están exentos de las nieblas y flaquezas inherentes á todo lo humano; la belleza y la gloria, como procedentes de

orígenes terrenos tampoco pueden ser en un todo perfectos y ostentar esplendor indeficiente. No se exija del hombre perfección ninguna cabal, si, al juzgarle, no se quiere ser por fuerza injusto con él. Basta que la perfección relativa lo eleve á una altura á que llegan sólo muy pocas almas privilegiadas, para que se le conceda asiento en el templo de la inmortalidad. Prescindimos de los santos, que en virtud de la gracia divina que los ha hallado dóciles, se han elevado al último punto de la perfección relativa, á la que más se aproxima á la perfección absoluta de Dios: tratamos solamente de los grandes hombres según el concepto humano.

Si juntáramos cuanto defecto y vicio tuvieron estos hombres, cuanto error cometieron, y cuanto delito afeó su conducta, y echando en olvido las virtudes que no obstante poseyeron, los beneficios que hicieron á los pueblos, y la magnitud y número de sus hazañas, y el esplendor de que se rodearon, los abrumáramos con aquella balumba de acusaciones, ¿cuál de ellos subsistiría en pie sobre el pedestal de la fama? ¿con qué glorias se quedaría el mundo? ¿qué nombres venerables nos enseñaría la historia civil, política y militar de las naciones? Desde Alejandro á César, desde Constantino á Napoleón, desde Bolívar á García Moreno, veríamos un derrumbamiento espantoso de grandezas, un eclipse general de glorias, que llenarían de pena y despecho el corazón humano; este corazón que tanto necesita amar, admirar, deslumbrarse, arder de entusiasmo con las acciones virtuosas y nobles con todo cuanto no es común en el orden de la naturaleza moral y sacude el organismo de las sociedades para transformarlas: que necesita todo eso, repetimos, para no desfallecer y sucumbir en medio de las miserias

de la vida. No, no se juzga de esa manera bárbara á los seres extraordinarios que vienen al mundo por obra de una voluntad providencial.

El camino que llevan en su tránsito por la tierra, está lleno de fango que los salpica, tiene desigualdades en que tropiezan y caen; pero al fin cumplen la misión que el Cielo les ha encomendado, de modificar la suerte de las naciones y abrirles nuevos caminos para el porvenir. Hombres, han pagado su tributo de flaquezas y errores al mundo; genios, han hecho cosas grandes y útiles: el vencedor de Magencio sacó la Iglesia de las Catacumbas para que derramase libremente su luz por toda la tierra; el Gigante Corso ahogó entre sus brazos el monstruo de la revolución francesa; Bolívar dió independencia á un mundo; García Moreno tomó en sus manos el Ecuador para levantarlo depurado de la horrura del militarismo y de la lepra del vicio que había inficionado hasta los pechos destinados á ser tronos de santidad, y para enseñar al mundo en su patria regenerada cómo un pueblo, sin dejar de ser católico, sino por el contrario, siéndolo sinceramente, puede avanzar con rapidez y seguridad por el camino de la civilización.

Mucho que perdonar tiene el mundo á los grandes hombres, para poder ufanarse de haberlos poseído. Y es más justo y más necesario ese perdón, si los errores y faltas de que se hicieron responsables tienen origen, no tanto en la natural humana impotencia para librarse de ellos, cuanto en la ocasión que el mundo mismo les presentó para que errasen y delinquiesen. Y, en efecto, mucho se ha perdonado, y por eso subsisten las glorias de la humanidad. El perdón ha sido imposible sólo para aquellos hombres cuya parte mala es un monte que supera á la buena, miserable colinilla levantada á

sus faldas y casi inadvertible. Esos hombres no *pueden ser, no son glorias de los pueblos*, por más que á veces se revistan de cierto brillo que no suele faltar, aunque falso y momentáneo, hasta á los perversos. ¿Quiérese un ejemplo de cómo efectivamente se perdona? No tenemos los ecuatorianos que buscarlo fuera de casa: venga á nuestra presencia Rocafuerte: ¡cuánto le hemos perdonado para juzgarle y tenerle, con sobra de razón, como una gloria nacional! La posteridad le ha tejido coronas, y sobre la loza con que la gratitud ha cubierto sus culpas, se levanta su estatua. Sí, perdonado y honrado por la gratitud nacional está nuestro célebre compatriota, ¡y hay quienes no quieren perdonar á García Moreno!.... Y García Moreno, si igualó á Rocafuerte en los defectos y faltas, le superó muchísimo en prendas de inteligencia y de corazón, en genio fecundo, en energía de voluntad, en obras altamente benéficas á la Patria. Y García Moreno, con el ruído de sus hechos, con lo audaz de sus aspiraciones, hijas de un ardoroso civismo, con el esplendor de su nombre, ha atraído sobre el Ecuador las miradas del mundo civilizado. Y García Moreno, primero con su vida de Gobernante católico, y después con la memoria de los hechos que llenaron esa vida, es una magnífica tesis religiosa, social y política que desenvuelve y sostiene ante el mundo la prensa católica europea, como utilísima en los tiempos actuales de encarnizada lucha de ideas y de principios que ha de decidir de la suerte futura de las naciones. ¡Oh! y á García Moreno se le niega el perdón que le es necesario en cambio de tanta gloria! ¿Y por qué se le niega el perdón? ¡Qué miseria! se le niega á fin de que el odio de sus enemigos viva campante en medio de los recuerdos de sus

infracciones y errores, á los cuales le arrastraran frecuentemente los de sus propios conciudadanos. ¿Y porqué tanto odio? ¿porqué tanta persecución aún á su memoria? Porque no fue liberal, porque no quiso ajustar su política á ciertos principios hoy en moda, y sujetó su pensamiento y sus actos á las enseñanzas de la Iglesia católica.... ¡Miseria! repetimos: odio, persecución de muerte, guerra hasta de ultratumba contra él, porque consagró *libremente* las poderosas facultades de su inteligencia y el inquebrantable vigor de su carácter á una causa que sinceramente tuvo por buena, buscando la prosperidad de su Patria por caminos hoy desusados por una política sin fe, alumbrada de luz ficticia, juguete de pasiones mezquinas y estéril para el bien de los pueblos; y al ejecutar la labor complicada y difícil que se propuso en medio de sus grandes aciertos cometió errores á veces lamentables, como los han cometido, y seguirán cometiendo todos los hombres, por excepcionales que sean su talento y sus virtudes.

Imaginémonos á García Moreno cual uno de los árboles gigantes, admirables reyes de la vegetación tropical. La tierra virgen y fecunda de nuestra zona le ha prodigado sus riquezas; el sol del Ecuador lo ha vigorizado; el aire humedecido por los ríos y las lluvias ha favorecido las funciones de su savia, y háse levantado á inconmensurable altura, sostenido por un tronco de increíble circunferencia; y sus infinitas ramas abarcan anchísimo radio, cual si fueran imagen de lo que debería ser el poder humano que tendiese sus brazos para dar protección á cuanto lo rodea en busca de ella. A su sombra anidan y duermen numerosas aves; derrama en torno abundantes y sazonados frutos para los seres que habitan la selva, y ostentando grande-

za y magnificencia se atrae la admiración de los hombres que le contemplan. Sin embargo, los vientos han traído simientes que se le han pegado al tronco; la humedad de la atmósfera las ha hecho germinar; y hé aquí las parásitas que cubren y desfiguran la corteza y las lianas que se le enredan entre las ramas; y ved ocultos entre las parásitas y las lianas gusanos repugnantes; y ved también cómo á las veces el viento de la tormenta hace crugir su mole de manera terrible, y desgaja alguna de sus ramas que cae y aplasta cuanto halla á su alcance.

El P. Berthe ha visto el árbol, y embebecido en su grandeza y magnificencia, tan extrañas en estos tiempos de pequeñeces y miserias, no ha querido fijarse en los raquíticos vegetales que han arraigado en su corteza, juzgándolos insignificantes ante el conjunto que admira. El Dr. Borrero lo ha visto también; pero le repugna levantar la vista y medir la talla del gigante, y se complace en mirar y en enseñar á otros el musgo y otras malas hierbas adheridas al tronco, cual si lo que ha fijado la admiración del padre fuese nonada. Nosotros nos hemos atrevido también á ponernos delante del árbol, y, sin menospreciar los pormenores, procuraremos estudiar su conjunto. Con frecuencia someteremos á examen hasta objetos que á primera vista parecen ajenos á nuestro plan, pero que no es así, y sirven para aclarar algunos hechos, ó ilustrar el pensamiento de García Moreno, ó nuestro propósito mismo al emprender esta obra.

Que perdone el lector si, contra el gusto que talvez le domina, hemos expresado nuestras ideas en los párrafos que anteceden, con lenguaje asaz poético; no hemos hecho sino ador-

nar la verdad con algunas florecillas. Ya entraremos en materia, en la que la severidad del razonamiento haga quizás imposible todo adorno, y aparezca lo cierto y justo más bien demasiado desnudo, que con galas que pudieran desfigurarlo.

CAPITULO II

El libro del P. Berthe y el del Dr. Borrero. — Juicio sintético sobre *uno y otro.*

SOBRE muy pocos hombres públicos se ha escrito tanto en América, como sobre García Moreno: el periódico, el folleto, el libro, todo se ha empleado en alabarle ó denigrarle. Mientras vivía, sus enemigos empleaban la pluma *en fomentar revoluciones contra su política* y en clamar contra su vida. La pluma de Montalvo era un puñal. La fama del hombre extraordinario que se había erguido como un gigante sobre las abruptas montañas ecuatorianas, atravesó el océano y héte las prensas del Viejo Mundo crugiendo con el nombre de García Moreno. Se ha escrito mucho, sobre todo después de su muerte. ¡ Qué artículos los que le dedicó *El Universo*, brotes luminosos de la pluma admirable de Luis Veuillot ! En Alemania no faltó quien tomase á García Moreno como un personaje legendario para hacerle protagonista de un drama. Pero la más extensa é importante de las obras sobre nuestro célebre compatriota, es la del R. P. A. Berthe, sacerdote Redentorista. Lleva por título "García Moreno, Président de l'Equateur, Vengeur et Mártyr du Droit Chrétien".

Ardua cosa era para un extranjero forjar una obra histórica de hechos sucedidos á inmensa distancia de él, en un país que le es desconocido; y pintar fisonomías morales y polí-

ticas de personajes para cuyos retratos no ha *contado con los colores necesarios* en la paleta; y abrir juicios que requerían un conocimiento íntimo de la sociedad ecuatoriana en sus costumbres, sus movimientos políticos, aspiraciones, dificultades, medios de subsistencia, luchas, retrocesos, adelantamientos, etc. etc. Y por lo mismo que han sido tantos y tan grandes los inconvenientes que ha debido hallar el P. Berthe en la ejecución de su obra, creemos que son muy dignos de alabanza sus aciertos, y sus yerros merecedores de indulgencia.

Con razón el autor del artículo de *La República del Sagrado Corazón* (1), que cita el R. P. Berthe en la página 26 de la *cuarta edición*, se admiraba de que un extranjero hubiese podido reunir tan gran copia de documentos, muchos de ellos muy raros aun en el Ecuador mismo; pero esos documentos no bastaban: era necesario que el padre estudiase de cerca los motivos que les sirvieron de origen y los tiempos en que fueron escritos. En el Ecuador, no obstante su pequeñez, es increíble la multitud de pormenores que forman la urdimbre de la vida política en las épocas (que son muchas) de agitaciones revolucionarias ó, cuando menos, de exacervación de los ánimos con ocasión de las elecciones ó de cualquier asunto de interés público traído al campo de la polémica. Quien para formar su juicio se funda en lo que entonces se *ha escrito*, se *expondrá á errar*. Los enemigos, por desgracia, emplean cualquier arma con tal que haga heridas profundas, y los amigos no hallan inconveniente en cubrir de flores las deformidades más repugnantes. Estas injusticias son antiquísimas: existen desde que

(1) Número de Agosto de 1887.

hay pasiones y luchas religiosas, políticas ó de cualquier otro género; pero la verdad histórica anda más frecuentemente con máscara desde que hay periódicos, y para descubrirla y apreciarla es menester una crítica muy sagaz y ajena á toda pasión. El R. P. Berthe no podía juzgar bien, por ejemplo, al Dr. Angulo, al Dr. *Bustamante y otras personas, tomando por* guías *El Zurriago* y *El Vengador*; y erradísimo concepto formará de García Moreno, quien se atenga á las atrocidades que contra él han propalado sus enemigos. El Sr. D. Miguel A. Caro, en su docto estudio sobre San Cirilo de Alejandría, trae lo siguiente en una nota (2): "Viéndose una vez el Cardenal Newman infamemente calumniado, dedujo la facilidad con que la historia puede perpetuar la difamación de personas inocentes, y desde entonces hizo propósito de ser cauto y caritativo para con los muertos, que no pueden defenderse .... En Colombia tenemos un ejemplo muy significativo. Propagóse en 1876 la falsa noticia de que el Obispo de Pasto, D. Manuel Canuto Restrepo, cual otro Cura Santacruz, había tomado las armas y acaudillado una tropa revolucionaria hasta Popayán: imputación tanto más absurda, cuanto los mismos revolucionarios quejábanse por su parte de la negligencia del Prelado en apoyar una causa que estimaban "santa". No obstante ser notorio en el Cauca, en Colombia toda, que aquello fue una fábula estúpida, sigue repitiéndose, etc."

El P. Berthe anda generalmente muy cerca de lo cierto, lo cual se nota, sobre todo, cuando se estudia el conjunto de su obra. Sus errores nacen á veces de la preocupación creada

---

(2) *Artículos y discursos.*—Tomo I, pág. 278.

por causas generales que es preciso buscar en otras partes que no en el Ecuador. La francmasonería, verbigracia, cuyo funestísimo influjo ha llegado á ser universal, no ha tomado en nuestra República las proporciones que en otros países (3). En Guayaquil y los demás pueblos costaneros ha echado raíces; pero en los del interior apenas hay pocas semillas, y esas ocultas. En los primeros días de la independencia los francmasones de la escuela de Santander que vinieron con el ejército colombiano, fundaron en Quito una logia que tomó notable incremento, y que fue disuelta á una simple amenaza del Libertador, enemigo de esa asociación, de la cual debían salir pocos años después los conspiradores que atentaron contra su vida. El P. Berthe cree, sin embargo, que los masones han terciado en nuestra política de un modo poderoso. Indudablemente han hecho males á la Nación, entre ellos el asesinato de García Moreno; pero no han podido hasta hoy levantarse con poder formidable, como en otras partes, para derrocar altares y abatir la moral católica, sustituyéndola con las máximas radicales. Por este estilo se hallan en la obra del sabio Redentorista otros errores de concepto y de exposición de hechos, errores que directa ó indirectamente iremos corrigiendo en el presente libro.

El P. Berthe mismo no está seguro de haber acertado en todo. En el artículo de *La República del Sagrado Corazón*, que hemos recor-

---

(3) Cuando escribía estas líneas el Sr. Mera, no se verificaba aún la transformación política de 1895 y la francmasonería no se había enseñoreado aún del Ecuador. Hoy las cosas han cambiado y la patria de García Moreno, dominada enteramente por las Logias, siente sobre sí el peso de inmensas desgracias. — [N. DEL E.]

dado, después de las alabanzas al libro en que nos ocupamos, se lee: "Sin embargo, en el curso de la narración se encuentran ciertas inexactitudes de detalle, que son inevitables para quien no ha visitado nuestro país, las cuales deberá corregir el autor en otra edición". Y el P. añade en seguida: "Hemos rogado á hombres competentes que nos hiciesen el bien de señalarnos esas inexactitudes, ya sobre particularidades relativas á los sucesos narrados, ya sobre la apreciación más ó menos exacta de muchos personajes que figuran accesoriamente en esta historia. Hemos introducido en el texto las correcciones que nos han parecido razonables y además ciertos rasgos anecdóticos que completan el retrato moral de García Moreno. Así corregido y aumentado este libro no es sin embargo todavía, como lo dice nuestro muy benévolo crítico de los Andes, "el monumento *aere perennius* elevado á la gloria del héroe-mártir"; pero, á pesar de sus defectos es el testimonio de nuestra admiración siempre creciente por el gran libertador y por el pueblo que, salvado por él, continúa llevando levantada y firme en medio de las naciones apóstatas, la bandera de Jesucristo y de su Iglesia" (4).

(4) Página 27.
Fuimos honrados con el encargo de examinar el importante libro del R. P. Berthe, como se deduce de las cartas que insertamos en el texto; pero nos vino la comisión en días nada á propósito para un trabajo detenido, pues nos hallábamos con el alma oprimida por una terrible calamidad doméstica. Sin embargo, las observaciones y apuntamientos que remitimos, aunque incompletos, fueron benévolamente acogidos y aprovechados por el R. P. Después accediendo á los deseos de este tan docto como modesto escritor, quisimos revisar despacio la 4ª edición; mas nada hemos hecho, porque ocupaciones, ya privadas ya públicas, nos lo han impedido muy á pesar nuestro.

Otra prueba de que el P. Berthe no tenía por acabada su obra se desprende de las cartas que dirigió al autor del presente libro, y que juzgamos oportuno insertar á continuación fielmente traducidas.

"Boloña del Mar, febrero 6 de 1888.

Sr. D. Juan León Mera. — Señor: — Agradezco á Ud. sinceramente las notas y correcciones que se ha servido mandarme para la revisión de mi obra sobre García Moreno. Con un guía tan esclarecido (5) é imparcial como Ud. trabajaré sin temor de equivocarme. Las anécdotas que Ud. agrega á cada capítulo darán sumo placer á los lectores, y por eso las insertaré en la nueva edición. Si Ud. posee cartas ú otros documentos relativos á García Moreno, espero que se sirva remitírmelos. — Me tomaré la libertad de suplicar á Ud. se digne mandarme lo más pronto posible sus preciosísimas observaciones. El editor francés me urge por la reimpresión, pues van á faltarle ejemplares. Además, el traductor español ha terminado su trabajo, y aguarda sólo las correcciones para darlo á la estampa. — Reitero á Ud. mis agradecimientos por haberme ayudado tan-

---

Sea esta la ocasión de rogar á nuestros lectores que no lleven á mal el ver mezclado nuestro nombre en algunos de los hechos que referimos: á ello ha de compelernos la necesidad, que á veces suele mostrarse ineludible, y no el vano y censurable deseo de figurar en las páginas destinadas á la indagación de la verdad, en la vida del más célebre é ilustre de los ecuatorianos. Honrónos éste con su amistad; pero esta circunstancia no ha de influir para que voluntariamente nos alejemos de la justicia: él mismo nos enseñó á amarla y seguirla sin mezquinas contemplaciones humanas.

(5) Estas y otras frases con que nos honra el P. Berthe, son muy superiores á nuestros escasos merecimientos. Confesámoslo ingenuamente.

to á sacar menos defectuosa una obra que me ha costado mucho tiempo y desvelos, y tengo á honra suscribirme de Ud., etc."

"Boloña del Mar, abril 30 de 1888.

Sr. D. Juan León Mera. — Señor: — He recibido con toda exactitud las notas y observaciones que Ud. ha tenido la bondad de mandarme en estos tres meses. Las últimas fechadas en 6 de marzo, me llegaron hace pocos días. Con esto se ha impuesto Ud. un trabajo ímprobo, por el cual le doy las más rendidas gracias, no sólo porque me sirve para corregir varias inexactitudes y para enriquecer la obra con anécdotas interesantes, sino también porque las observaciones de Ud. me dan á comprender mejor el estado de ánimo de los personajes políticos que se agitaban en torno de García Moreno. Ud. se dignará permitirme que diga en el prefacio de la edición española, lo mismo que en el de la francesa definitiva, cuanto debo á la fineza de Ud. en este asunto.

Pronto saldrá á luz la 4ª edición francesa, corregida y aumentada según las preciosas notas de Ud. Los primeros capítulos están muy mejorados; el relativo á Roca completamente refundido, á fin de no herir la delicadeza de las personas injustamente acusadas de venalidad por *El Zurriago.* En los demás capítulos he tenido en cuenta las observaciones de Ud. y los *Apuntamientos históricos* del Dr. D. Pablo Herrera. — Empero, como me hallaba estrechado por el impresor y el editor, no me ha sido posible verificar todos los cambios que habría deseado; y así los reservo para la edición francesa definitiva, que servirá de texto á la traducción castellana. Con las valiosas correcciones de Ud., las cartas que se ha dignado mandarme, algunas notas del Sr. D. Manuel M. Pólit y los *Escritos y Discursos de García Moreno*, que la *Sociedad de la Juventud Católica* ha tenido la fineza de remitirme antes de

la publicación de la obra, poseo todos los elementos requeridos para perfeccionar mi trabajo. — Dentro de unos quince días enviaré á Ud. un ejemplar de la 4ª edición, corregida, como acabo de decirle, conforme á las notas de Ud.; si al recorrer el libro encontrare Ud. algunos errores de hechos ó de apreciación, le suplico se sirva indicármelos. — Espero que la traducción española saldrá á luz antes de terminarse este año. Catorce mil ejemplares se han publicado en Francia en menos de un año. ¡ Quiera Dios que esta biografía de García Moreno tenga igual favorable acogida en América! Como Ud. dice con tanta razón al terminar sus notas: "El día en que la idea matriz de este libro penetre en los entendimientos y se manifieste por medio de los hechos, podrá decir el mundo que goza al fin de verdadera civilización. ¿ Llegarán, por ventura, á comprender esta verdad los *católicos liberales?* ¿ Comprenderán á lo menos lo que decía León XIII al Sr. D. Antonio Flores: "Puede aplicarse á García Moreno lo que dice la Iglesia de Tomás Bechet: *Pro libertate Dei sub gladio impiorum occubuit?*" ¿ Comprenderán que, llamando *tirano* al que combatió hasta la muerte *pro libertate Ecclesiae*, han cometido una falta imperdonable? — Repito á Ud. mis agradecimientos por su trabajo. ¡ Que García Moreno, de quien fue Ud. amigo, le recompense desde lo alto del cielo! — Sírvase aceptar, Señor, el homenaje de mi sincera gratitud y profundo respeto, etc."

"Casa de los PP. Redentoristas.

Antorvy [Sena] Julio 7. — Señor: — Por el correo de hoy tengo el honor de remitir á Ud. un ejemplar de la obra sobre García Moreno, corregida ya de conformidad con las excelentes notas y observaciones que Ud. se sirvió enviarme............

....

Doy á Ud. las más sinceras gracias por su extrema benevolencia, y me atrevo á suplicarle se digne co-

municarme los errores que pudieran haberse deslizado en esta nueva edición. — Sírvase Ud., etc."

Al comparar la cuarta edición con la primera, se echa de ver el número y la importancia de las correcciones introducidas por el P. Redentorista, sobre todo de los errores de concepto y juicios más ó menos inexactos acerca de muchas personas honorables. Sería largo y fastidioso un examen detenido de las dos ediciones para probar lo que aseveramos; pero siquiera, tomándolas á la ventura, pondremos algunas muestras.

Primera edición, página 113. "Este [Roca] era por lo demás, hombre astuto y vengativo, de mediano talento, de conciencia poco escrupulosa y de sangre muy mezclada. Los patriotas sentían una repugnancia instintiva por este mulato enriquecido por el contrabando, y el voto universal llamaba al solio al simpático Olmedo, al Estadista incorruptible, al gran poeta nacional, al cantor inmortal de Bolívar".

Cuarta edición, página 141. "Aunque de origen plebeyo y de sangre muy mezclada [Roca], (6) aspiraba abiertamente al solio, y buen número de conservadores, conociendo su habilidad en los negocios, su talento práctico, su energía llevada á veces hasta la dureza, no estaba lejos de darle sus votos para oponerle co-

---

(6) Está por demás que el R. P. Berthe traiga á cuento el origen oscuro de Roca, pues poco ó nada nos preocupamos por acá de la sangre limpia ó noble; los méritos personales van triunfando sobre la calidad de las razas, y Roca se elevó porque fue hombre de méritos.

mo un antemural contra las agresiones de los revolucionarios".

Primera edición, página 117. Dícese en una nota que el Dr. Angulo *afectaba un exterior piadoso*, esto es que era un hipócrita; pero en la cuarta edición se ha suprimido concepto tan injurioso. Además en la página 148 de esta edición, corre la siguiente nota: "Como en todo este capítulo (el V) el polemista ejerce sus agudezas especialmente sobre un hecho muy controvertido y á costa de personas muy honorables, de las cuales andando el tiempo, algunas llegaron á ser sus obsecuentes amigos, hemos reemplazado sus nombres propios con letras, que ni aun son, á veces, sus iniciales".

Primera edición, página 496. "El católico Borrero funda *El Constitucional* para ladrar contra el tirano, de concierto con *El Cosmopolita* del pagano Montalvo".

Cuarta edición, página 519. "El católico Borrero funda *El Constitucional* para abrir campaña contra el tirano, etc."

Primera edición, página 497. Aguirre, guayaquileño, hombre sin carácter ni talento, etc."

Cuarta edición, página 520. "Aguirre, guayaquileño, hombre de talento é instrucción, etc."

Primera edición, página 501. "En Cuenca los fusionistas organizaron una procesión, tan grotesca como impía, en favor de su candidato: por la mitad de las calles, con una cera en la

mano avanzaban gravemente el abogado Borrero, el diplomático Benigno Mano, los Cuevas, los Arízagas, en compañía de los radicales más escarlatas, y del populacho asalariado que aullaba:" ¡ Viva Aguirre! ¡ Muera el Papa! ¡ Muera el clero! Del seno de esta turbamulta se alzába una bandera, en la cual brillaba esta palabra sacramental: *Constitución.* Y el Gobierno no encontró nada ilegal en esta manifestación antireligiosa y antisocial. En Guayaquil, en Quito, etc."

Cuarta edición, página 524. "En Cuenca los fusionistas organizaron una procesión grotesca y ridícula en favor de su candidato. Por media calle, con una cera en la mano, avanzaban gravemente el abogado Borrero, sus amigos los liberales, sus aliados los radicales y después el populacho que aullaba: "¡ Viva Aguirre! ¡Abajo García Moreno!" Del seno de esta turbamulta se alzaba una bandera en la cual brillaba esta palabra sacramental: *Constitución.* En Guayaquil, en Quito etc."

Cuando el R. P. Berthe haga la edición definitiva de su obra, todavía tendrá que hacer correcciones y quitar asperezas y sombras demasiado recargadas en la edición que tenemos delante; pero ha menester mucho tino, porque en verdad hay censuras y vituperios que en manera alguna están mal donde las ha puesto: por ejemplo, llamar *grotesca* é *impía* á la procesión de Cuenca, no estaba bien; pero llamarla *grotesca* y *ridícula*, es hacer justicia á un acto en que no debieron intervenir hombres serios é ilustrados.

Si el docto Redentorista se ha equivocado en la exposición parcial de algunos hechos y se

ha salido de lo justo en la apreciación de algunos personajes, no anda errado en el conjunto de su obra encaminada á nobilísimo fin, en el estudio del carácter de García Moreno, en las tendencias católicas y civilizadoras de este hombre extraordinario y en cuanto hizo por el engrandecimiento de su patria; en lo cierto está el Padre cuando juzga la ceguera de los rivales de quien muchas veces lidió sólo por el triunfo de su ideal político, y cuando condena las falsas ideas de los católicos-liberales, cuya conducta pública es funesta á la religión y la patria.

El pensamiento fundamental del libro del P. Berthe no ha de buscarse en la biografía de García Moreno como simple biografía, no: la vida de García Moreno es el medio de que se ha valido el autor para forjar una obra de alta valía religiosa, política y social, cuya doctrina es útil no solamente para el Ecuador, sino para cualquier nación que desee librarse de la espantosa revolución que viene minando en todas partes el orden moral y amenazando de muerte al mundo. Quiso el Padre un héroe para su libro, le buscó y halló al Presidente Ecuatoriano que oponiéndose con inquebrantable firmeza al torrente devastador de las ideas heterodoxas y las doctrinas antisociales que envuelve monarquías y repúblicas, probó que se podía gobernar un pueblo y llevarlo camino del progreso sin apartarse de las enseñanzas de Jesucristo. La figura moral de García Moreno vino justa al pensamiento del P. Berthe: García Moreno es la manifestación práctica de este pensamiento. Y no se crea que el P. Berthe ha idealizado á su héroe: no ha hecho sino pintarle con colores vivos y atrayentes, con los colores de la paleta francesa; queremos decir que

el autor ha empleado la forma, el lenguaje, el *sprit* tan propios de los escritores franceses y que contribuyen á hacer tan leídos sus libros y tan universal su literatura. Indudablemente el artista ha hecho caso omiso de los desperfectos de su dechado; pero considerada la copia por el lado que para ella ha servido, responde de modo cabal al propósito del autor. El García Moreno del P. Berthe es el mismo García Moreno que hizo el prodigio de obrar grandemente en un escenario corto y con exiguos medios; es el mismo estadista de concepciones atrevidas y ante el cual caían despedazados todos los obstáculos; es el mismo luchador de alma y brazo de hierro, que llevaba en una mano la cruz en alto y la otra mano fuertemente cerrada y presta á caer sobre cuantos se le atravesaban en su camino para oponerse á su plan de reformas y de civilización católicas; el mismo *revenant* de la Edad-Media, como por mofa le llamó un radical de Colombia (7), sin advertir que con esto le hacía un gran elogio; pues esos siglos condenados á cierra ojos por la ignorancia, fueron los siglos de las inteligencias claras y vigorosas y de los caracteres levantados y enérgicos; eran siglos de hombres, si generalmente de costumbres agrestes y leyes rudas, no reñidos con la fe y esclavos de la materia, no divorciados de toda nobleza, ni embadurnados de cosméticos, ni de corazón podrido en las orgías y lupanares. García Moreno fue, pues, un hombre con las virtudes y el carácter de los siglos medios y la actividad vertiginosa y las luces del siglo XIX.

No subscribimos al juicio de quienes culpan al P. Berthe de haber ultrajado al Ecua-

(7) D. Adriano Páez.

dor con su libro, y esto que á nadie cedemos en el celo por la honra de la patria: repetidas veces se nos ha visto fustigar sin misericordia á sus detractores. Si se nos replica que el P. ha tratado de deslustrar nuestra República en la persona de sus hijos ilustres, preguntaremos ¿y qué hacen los que por combatir contra el Padre denigran la memoria del más grande y esclarecido de esos mismos hijos? ....

El P. Redentorista ha pintado el Ecuador de los tiempos de Roca, Urbina y García Moreno, con los colores que se le han dado; y en las partes donde falta exactitud, pide modestamente que se hagan correcciones. Entretanto, el Ecuador que era poco ó nada conocido en Europa, hoy gracias al *Vengador y Mártir del Derecho Cristiano* y al literato que ha escrito gallardamente su vida, tiene un nombre con ventaja popularizado en el mundo culto; ya se sabe en él que no somos una como bandada de aves extrañas á la que prestan hospedaje las breñas de los Andes: se sabe que somos un pueblo viril y honrado, capaz de llevar su inteligencia á una altura y una expansión nada vulgares; un pueblo que "sigue llevando en alto y firme en medio de las naciones apóstatas la bandera de Jesucristo y de su Iglesia"; un pueblo cuyo seno ha producido un García Moreno. El P. Berthe ha servido al Ecuador; quiénes le hacen daño, son los que quieren amenguar la mayor de sus glorias, vinculada en aquel "extraordinario ser más genio que hombre", á quien los extraños levantan sobre sus cabezas para enseñarle al mundo como modelo de magistrados católicos que conviene imitar.

El Sr. Dr. D. Antonio Borrero, que indudablemente posee méritos que justifican el aprecio en que le tenemos, ha refutado extensamente

el libro del P. Berthe. En la *Introducción*, confiesa que la lectura de este libro le ha dejado estupefacto é indignadísimo, y que por esto no ha podido resistir á la tentación de refutarlo. Dos motivos principales hay para que se haya encendido el ánimo del Dr. Borrero, no en indignación tan sólo, sino en ira terrible: el duro juicio que el P. Berthe le aplica y le ha llagado como un cáustico, y los grandes elogios tributados al Héroe-mártir, á quien en vida y después de muerto ha odiado profundamente el Dr. Borrero, y los cuales le han escocido asimismo.

Quien escribe bajo la influencia del amor propio lastimado y del enojo de ver coronado á un enemigo, ¿podría hacerlo con severa imparcialidad? No decimos, no, que el escritor conquense se ha dejado arrastrar por la ruín pasión de la envidia; pero sí creemos que no ha podido ver con serenidad el ensalzamiento de García Moreno.

El libro del Dr. Borrero, no trata de reivindicar la verdad histórica, como pudo haberlo hecho: es una fiscalización apasionada y cruel, es la obra de quien, prescindiendo casi por completo de cuanto pudiera favorecer al acusado, amontona sobre él cuantos cargos puede para abrumarlo y aniquilarlo. Es un libro que á vueltas de algunos rasgos de justicia que no podían faltar y á los cuales no queremos ni es posible hacer la vista gorda, destila rabia por cada página. Aquí y allá da uno con confesiones favorables á García Moreno, pero quedan anuladas en seguida por la tempestad de acusaciones que con rara facilidad brotan de la pluma del *Catón de Cuenca.*

¡Y qué manera de tratar al P. Berthe! Por maravilla pasa este nombre sin llevar consigo algún aditamento injurioso. Cuando no

aparece el denuesto claro, como la fiera que salta sobre la presa y le hinca las garras, allí está la ironía como el áspid oculto que le inyecta su veneno sutil. Si el hijo de San Alfonso hizo mal en tratar con aspereza é injusticia al Dr. Borrero y otros ecuatorianos, de peor manera ha obrado el Dr. Borrero, que se precia de católico, maltratando vilmente á un sacerdote de Jesucristo. Esto no es *refutar* en un libro serio destinado á servir á la historia: esto es vilipendiar descendiendo á la polémica banderiza del periódico. En la cequedad del enojo, el talentoso escritor azuayo no ha reparado en la contradicción en que ha incurrido con el epígrafe puesto á su obra: "Ninguna cosa hay tan justa, que justifique dañar injuriosamente á otro hombre". La justicia de la causa que defiende el Dr. Borrero, ¿puede justificar el daño que con sus injurias se empeña en hacer al P. Redentorista y á la memoria de García Moreno?

Quizás el propósito de que la refutación *saliese recia y abrumadora á todo trance, ha* contribuído á que el Señor Borrero tomara por texto la primera edición de la obra del P. Berthe y no la *posterior* que, como hemos visto, trae correcciones sustanciales que anulan muchos de los reparos hechos por aquel escritor. Si el Padre mismo se había refutado tácitamente en el hecho de cambiar sus conceptos ó de suprimirlos, el varapalo de su crítico no sólo viene á quedar inmotivado, sino que da ocasión á sospechar de la buena fe de la crítica. Pudo haber merecido disculpa el refutador, á no haber tenido conocimiento sino de la edición de 1887; pero que conoció también la de 1888, lo está diciendo la nota que corre en la página 408 de su obra. Esta nota hemos de ponerla *aquí, no sólo como comprobación de nuestro*

aserto, sino como breve muestra del lenguaje que el Dr. Borrero emplea siempre que habla del P. Berthe. Dice así: "Aunque el P. Berthe ha omitido en la cuarta edición de su libro este rasgo infamante y calumnioso (el relativo á la procesión de Cuenca), no se da por entendido de ello, ni vuelve en manera alguna por la honra de Borrero, de Malo, de los Cuevas, de Arízaga y demás personas honorables que concurrieron á la procesión, *tan impía como grotesca*, en que hubo *mueras* al Papa, al Clero, al Concordato, á García Moreno! Este hecho revela dos cosas: primera que el P. Berthe es un escritor de mala fe, que sabiendo que ha calumniado, no dice: He calumniado, porque mis informes no han sido ciertos, y pido perdón á las personas á quienes he calumniado; y segunda, que la apología de García Moreno, escrita por aquel iracundo y presuntuoso religioso, no está apoyada en hechos ni en documentos, sino en irritantes calumnias contra ecuatorianos beneméritos inventadas por los confidentes del P. Berthe".

Esta nota se presta á algunos comentarios; pero es preciso no asentar aquí reflexiones que vendrán mejor en otra parte, y sólo haremos presente que el P. Berthe ha corregido no tan sólo el pasaje que cita el Señor Borrero, sino otros muchos, según hemos apuntado atrás. Diremos asimismo nuestro parecer acerca de las *calumnias* del P. Redentorista y del perdón que, á juicio del refutador, debió pedir á los *calumniados*. Tanta exigencia es quizás impertinente; pero hay que apreciar el que no se hubiese pedido al R. Berthe que se venga al Ecuador con soga al cuello y encenizada la cabeza á postrarse de rodillas ante el enojado escritor azuayo y perdirle perdón. Atroz delito

es la calumnia; pero cuando la voluntad de quien la ha vertido no ha tomado parte en ella y la repara borrándola ó contradiciéndola con frases antitéticas, como lo ha hecho el P. Berthe, y más cuando para quitarse de todo viso de subsistente, se escriben notas como la de la página 802 del libro del mismo Padre, la gravedad de la ofensa disminuye, desaparece acaso, y el perdón tácitamente pedido, si por ventura no lo alcanza uno del corazón del enemigo, se lo conceden Dios y la propia conciencia (8).

El Señor Borrero, tan escrupuloso en su fiscalización contra el hijo de San Alfonso María de Ligorio, no lo es mucho cuando para dañar á su enemigo ó la memoria de García Moreno, alega hechos ó cita documentos. Esto lo probaremos luego; pero no dejaremos desadvertido aquí un punto al parecer insignificante, mas no tanto que no pueda servir para demostrar que el autor de la *Refutación* suele tirar por el camino de lo falso. En la entrega 9ª de las *Memorias de la Academia, Correspondiente de la Real Española*, corre el *Elogio fúnebre del Doctor Don José Rafael Arízaga, escrito por el Señor Dr. D. Antonio Borrero;* y á la página 40, en la defensa del Doctor Arízaga contra la imputación del P. Berthe en la consabida procesión de Cuenca, se dice: "Que en las calles .... acompañado del diplomático Malo, de los Cuevas, de los radicales más escarlatas y del populacho asalariado, *aullaba*, etc."; mas el Padre ha escrito: "En medio de las calles....

(8) Hé aquí lo que dice la nota aludida: "En esto capítulo [el 2º del Epílogo] como en los precedentes, cuando hemos criticado á los católicos opuestos en política á García Moreno, no hemos pretendido negar ni su indisputable honorabilidad, ni sus intenciones, ni su catolicismo, ni su piedad. Decimos esto de todos ellos, ☞ pero en particular de Don Antonio Borrero, cuyos sentimientos religiosos son conocidos de todos los ecuatorianos".

el abogado Borrero, el diplomático Malo, los Cuevas, los Arízagas, en compañía de los radicales más escarlatas y del populacho asalariado *que aullaba* (9), etc." Fácilmente se hecha de ver cuanta diferencia va entre el atribuir *aullos* á un hombre tan ilustrado y digno como el Dr. Arízaga, y el atribuirlos á la plebe que, en ciertas ocasiones, sí suele ser capaz de lanzar aullidos, y los lanza. No es pues el Redentorista quien ha hecho *aullar* al Dr. Arízaga, sino su propio amigo el Dr. Borrero, que ha faltado á la verdad.

La *Refutación* ostenta gran acopio de documentos, y de ellos se muestra ufano el rival del P. Berthe. En obras como la dicha, no suele ser difícil gastar ese lujo; la dificultad consiste en saber discernir los documentos, en estudiar su valor para desentrañar la verdad que contienen y, merced á ella, hacer justicia á los hombres y poner en su punto los hechos. Los documentos, por lo general son papel mojado que no toma en cuenta la historia, si no han sido depurados por la crítica. No cabe dudarse de la utilidad de muchos de los presentados por el Dr. Borrero: pueden servir para que el mismo P. Berthe corrija su libro; pero hay otros inaceptables, porque no resisten á un examen crítico, siquiera sea superficial, y que habrán pasado cual buenos sólo á juicio de las personas que cuando leyeron la *Refutación*, tenían ideas preconcebidas respecto de García Moreno. Tampoco faltan documentos de los cuales pueden sacarse consecuencias nada favorables al Dr. Borrero. Otras veces acumula como pruebas artículos de polémica periodística, esos artículos inspirados comunmente por la pasión y no por la justicia. Si el Señor Borrero vitu-

(9) Et de la populace soudoyée qui hurlait.

pera con razón al P. Berthe el haberse apoyado en *El Zurriago* y *El Vengador*, no podía sin dar en inconsecuente traer á cuento, como armas contra García Moreno, *El Centinela* y *El Constitucional*, semanarios candentes escritos por el propio Señor Borrero.

Si hemos de decir algo del lenguaje y del estilo, debemos confesar que el Dr. Borrero ha dado una muestra más de ser buen conocedor del castellano, y que por ende lo maneja con pureza; pero su estilo se resiente á veces de la sequedad de los alegatos ó se inclina otras al de los artículos de periódico. En esta materia, á juicio nuestro, el libro francés queda muy por encima del libro ecuatoriano.

Este en cambio ha sido más leído que aquel, lo cual viene de la lengua en que está escrito: el francés no está todavía bastante generalizado entre nosotros. Si se traduce al español el libro del P. Berthe, depurado de los errores que contiene aún la cuarta edición, será leído en el Ecuador más que el del Dr. Borrero, pues responde mejor al juicio y sentimiento nacionales respecto de García Moreno (10).

El Dr. Borrero parece que, después de escrita su obra, ha quedado en la confianza de haberse desempeñado cumplidamente, según se deduce de las frases que ha estampado en el capítulo final. "Desde el principio de nuestro trabajo, dice hemos seguido al P. Berthe capítulo por capítulo, oponiendo *hechos incontrovertibles* á sus gratuitas imputaciones y á sus falsas aseveraciones. Estos hechos son, en el Ecuador, públicos y notorios: *nadie podrá contradecirlos*, dentro ni fuera de la República; y

(10) Después de escrito este primer libro de nuestra obra, se ha publicado la traducción española de la del P. Berthe.

nadie podrá echarnos en cara la menor inexactitud ó infidelidad en la relación de ellos. Sin embargo, como toda pasión es ciega, los que ven á García Moreno cual lo ha visto el P. Berthe, como un hombre inmaculado, nos colmarán de improperios; pero nosotros, que no hemos hecho sino cumplir un sagrado deber, defendiendo la honra de la Patria, la honra de nuestros prohombres y nuestra propia honra, cruelmente vulneradas por el P. Redentorista, guardaremos profundo silencio. Si, como es natural, no se hubiese extinguido entre los ecuatorianos, ese noble sentimiento que se llama patriotismo, no faltarán quienes nos hagan justicia".

....

"Cometer una falsedad al escribir, puede decirse, la historia del país, hubiera sido un crimen de lesa patria, de *lesa verdad;* crimen que es incapaz de cometer quien se estime en algo como hombre y como escritor".

Cualquiera notará fácilmente la diferencia que media entre el P. Berthe que acoge las indicaciones que se le hacen y corrige su obra, y pide todavía que le hagan nuevas observaciones antes de hacer la edición definitiva, y el Dr. Borrero que presume haberle opuesto *hechos incontrovertibles*, y que desafía en tono arrogante á que se los *contradigan*, pues NADIE *podrá echarle en cara* la MENOR *inexactitud ó infidelidad.* Cree, pues, nuestro autor haber llegado al *summum* de la veracidad histórica; espera la justicia de los patriotas ecuatorianos; amenaza con un silencio despreciativo á quienes le colmen de improperios, y se retira á descansar en lecho de laureles, como un héroe victorioso que ya no tiene en qué emplear su noble acero.

Nosotros, *patriotas ecuatorianos*, nos hemos atrevido á recoger el guante, por igual motivo

que el Sr. Borrero tuvo para arrojarlo: por el celo de la honra nacional vulnerada en la memoria del hombre que más la encumbró; pero sobre todo, por amor á la verdad y la justicia. También *nos estimamos en algo como hombres y como escritores*, y, por lo mismo, al buscar la verdad para exponerla á nuestros lectores, nos guardaremos de tratar al Dr. Borrero de la manera como él trata al P. Berthe: no *le colmaremos de improperios*. Si se nos escapan conceptos pereucientes, á fe de que brotarán de la exposición misma de los hechos y del colorido que ha menester muchas veces la crítica para vigorizar sus argumentos; mas nunca del mal deseo de lastimar el buen nombre del Señor Borrero ni de nadie. Estimamos sinceramente á este compatriota, como ya lo hemos dicho, y habríamos querido que escribiese su libro con menos odio, ó más bien sin ninguno, porque el odio siempre es malo, y con más justicia y mejor entendido patriotismo, para que, sin pretender quitar algunos codos á la estatura de García Moreno, pretensión que muy erradamente juzga alcanzada un queridísimo amigo nuestro, (11) se hubiese elevado la suya, para justo contento de la patria. Si ha sido lisonjero al escritor azuayo el voto favorable de algunos amigos, ¿qué impresión habrá causado en su ánimo el incienso que el crimen agradecido ha quemado ante quien le ha prestado argumentos para justificarse? Nosotros reputamos este humo oloroso mezclado de vapor de sangre, como una desgracia del Dr. Borrero, y le compadecemos; si bien él venía buscándola de muy atrás, y los *héroes del 6 de agosto* no podían por menos que proporcionársela.

(11) El Dr. D. Pedro Fermín Cevallos.

CAPITULO III

Ignorancia de Europa respecto de América. — Suerte que la Providencia reserva al Ecuador. — Equivocaciones del P. Berthe. — Dificultades para el estudio de la historia antigua de América. — El clero y los reyes españoles en América. — Estos no cumplieron fielmente las prescripciones de la Santa Sede. — Abuso de las regalías. — Conceptos del P. Berthe y del Dr. Borrero sobre la independencia. — Discúrrese sobre algunas causas que la venían preparando. — Alteraciones en el libro del P. Berthe. — Antiguas tentativas de independencia. — La idea de ésta puede llamarse ibérica. — Pruebas. — En qué influyó verdaderamente el ejemplo de los Estados Unidos. — *Oportunidad con que se* proclamó la Independencia.

PARA escribir la historia de García Moreno, el P. Berthe ha tomado las cosas de muy atrás, lo cual en rigor no era necesario. Sin embargo, el Padre ha creído sin duda que convenía proceder de este modo para mejor inteligencia de sus lectores europeos. En el viejo Mundo hay tanta ignorancia respecto de Sud-América, del Ecuador, sobre todo, que no están exentas de ella ni las personas ilustradas, y ha hecho bien el sabio religioso de comenzar por darles lecciones, siquiera muy breves, de geografía ó historia antigua de América.

Bello y magnífico es el cuadro de la *Patria de García Moreno* pintado por el P. Berthe. Así es la naturaleza ecuatoriana, hermosa, sublime á veces, fecunda, exuberante; pero que está pidiendo para dar al mundo sus riquezas, mayor número de brazos y esfuerzos más vigorosos que los del millón y pico de habitantes de

nuestra República. Parece indudable que la Providencia guarda una suerte grande y dichosa para el Ecuador en lo futuro; de otro modo no se explicaría para qué esa misma Providencia ha puesto en nuestra tierra tantos elementos de progreso. Esto lo penetraba García Moreno, y quiso, sino apresurar el futuro destino de su patria, sí allanar las vías por donde las generaciones venideras entraran en él fácilmente.

Pero es cierto que el P. Berthe se ha equivocado en decir que el Ecuador es el más pequeño de los Estados de Sud-América, y el Dr. Borrero tiene razón cuando, para demostrar este error, cita las Repúblicas del Uruguay y el Paraguay. El Ecuador tiene cosa de 248,400 millas cuadradas de superficie y 1.200,000 habitantes; el Uruguay cerca de 72,200 millas de terreno y 651,112 moradores, y el Paraguay 142,916 millas de tierra y sólo 329,645 almas. Con todo, visto el objeto que el redentorista se ha propuesto en su obra, su error no es sustancial.

En punto á los antiguos moradores de América, al descubrimiento de esta parte del mundo y á su conquista, se han escrito centenares de volúmenes; el pensamiento humano ha recorrido desde los campos de lo verosímil y razonable, hasta los de la fábula y el delirio; y, no obstante, aún le quedan regiones oscuras é inmensas por explorar. En muchas materias las ciencias retrospectivas se fatigarán en vano. Hasta en las cosas que vienen del tiempo de la conquista rodando hasta nosotros al través de los siglos coloniales, no obstante el arte de la escritura y la multitud de personas que le emplearon para conservarnos la historia de las diversas secciones de América, hay que emplear

todavía gran trabajo para poner en claro la verdad. Lo nuevo y extraño de las diversísimas lenguas, de las costumbres, creencias religiosas y tradicionales americanas, junto con la novelería y admiración que todo ello produjo en los europeos, con su criterio generalmente maleado por la superstición y con otras condiciones ya psicológicas, ya provenientes de necesidades materiales que surgían á cada paso para los extranjeros, ha derramado sombras que hacen hoy por extremo laborioso y difícil el buscar lo cierto de muchos sucesos del Nuevo Mundo. Unas veces abusamos del escalpelo de la crítica y por cortar una superstición, no reparamos en sacrificar con ella una verdad; otras veces por conservarla, siquiera sea dudosa, tenemos lástima de arrancarle el calandrajo de la fábula que lleva encima.

Quién ignora la parte benéfica y gloriosa que cupo en la conquista al clero católico secular y regular? Este sobre todo tiene páginas cundidas de actos de virtud y de heroísmo. ¡Qué frailes los de aquellos tiempos! ¡qué jesuítas! La espada de los aventureros y la codicia de los colonos derramaban sangre y sembraban ruinas en las poblaciones indias, y los misioneros se esforzaban en remediar los males que obraba la fuerza al servicio de las malas pasiones; y mientras ella robaba, esclavizaba ó aniquilaba, los frailes enriquecían al salvaje de fe, de luz, de virtud, y traíanlo suavemente de la vida irracional á la del hombre creado por Dios para un encumbrado y noble destino. ¿Quién, repetimos, quién no sabe todo esto? Quién no sabe mucho más — por ejemplo que el clero, era el foco de donde se derramaba la civilización sobre los colonos mismos, que el clero era el alma de las nuevas poblaciones y

el que más contribuía á organizarlas y darles firmeza? Se ha hecho justicia á los monarcas españoles, como lo observa el P. Berthe, asignándoles el primer puesto entre los colonizadores del mundo; y el acierto de esos monarcas se debe, ante todo á qué, si no podían evitar la dureza y crueldad de sus súbditos que venían á arraigar pueblos en ajenos terruños, buscaban en la Iglesia católica la manera de contrarrestarlas por medio de la fe, la caridad y las luces de la evangélica doctrina. He ahí el secreto para ser *los primeros colonizadores del mundo.* Pero, si diestros creadores de pueblos, no tuvieron igual destreza para conservarlos. Esos reyes mismos tuvieron la culpa de que se relajara el clero, de que sus vasallos de América se descontentaran del gobierno de España y de que se armara la formidable revolución que convirtió las colonias en repúblicas independientes, con inmenso daño de la madre patria.

No cabe dudar que los reyes católicos bajo cuyo auspicio se hicieron el descubrimiento, la conquista y la colonización, tuvieron vivo interés en llenar la condición que, para darles á nombre de Jesucristo el dominio de América, les impusiera el Romano Pontífice: (1) protegieron pues la difusión de la fe y el establecimiento del culto católico. Pero no fueron muy diligentes en *enviar á estas lejanas comarcas sólo hombres honrados y temerosos de Dios, llenos de doctrina, de sabiduría y experiencia para instruír á los habitantes en la fe católica y formarlos en las buenas costumbres,* según los deseos del Padre Santo: como á par del interés religioso movía á los reyes la ambición humana, consentían

(1) Alejandro VI en su Bula *Inter caetera* de 4 de mayo de 1493.

que viniesen, y aun enviaban de grado, gentes que no eran de doctrina y experiencia, ni honrados y temerosos de Dios, mas sí capaces, á fuerza de valor y audacia de acrecentar los dominios de la Corona. Quisieron los monarcas detener y remediar los males que hacían aquellos hombres de almas férreas y manos rapaces, y, como tantas veces se ha observado ya, en la legislación destinada á las Indias hay disposiciones justas y sabias que honran mucho á quienes las dictaron. Con todo, las más de las veces los reales decretos se desvirtuaban al atravesar el Océano; y respecto de la Iglesia americana los privilegios mismos que para bien de ella había concedido la Santa Sede á los reyes castellanos, llegaron á serle hondamente perjudiciales.

Esto y mucho más que diremos luego prueba que el Padre Berthe tiene razón cuando entre los males que padecía América pone el abuso que los reyes ó sus delegados hacían de las regalías. Para saber lo que éstas eran, bien concedidas de grado por los Papas, bien arrancadas contra su voluntad, y para convencerse de que el Gobierno civil con harta frecuencia las convirtió en armas contra la Iglesia, la historia de Europa nos presenta muchos y elocuentes ejemplos. Para conocerlas en España, ahí está la obra del docto y sesudo Menéndez y Pelayo, *Historia de los Heterodoxos Españoles*; y quien dice España dice América. Sin dificultad pudiéramos recordar hechos particulares que comprueban que en el Nuevo Mundo las malas consecuencias del patronato fueron más ó menos las mismas que en España; pero nos limitaremos á hacer una reflexión contra la manera de sentir del Dr. Borrero. Nunca, dice este señor, estuvo la Iglesia más floreciente en América, ni nunca hubo en ella mejores Prela-

dos que en el tiempo del omnipotente Felipe II, tiempo en que todos los males de que habla el Rvdo. Padre, inclusive el *abuso de las regalías*, llegaron á su colmo". Cita en seguida los nombres de algunos *distinguidísimos* y *virtuosísimos* obispos y recuerda que "todos los santos de la América del Sur, que venera la Iglesia (¡no los había de venerar sean de donde fueran!), corresponden á la segunda mitad del siglo XVI y á la primera del XVII, época en que tuvo toda su amplitud la execrable fórmula del derecho absolutista de que habla el P. Berthe: *lo que agrada al Rey tiene fuerza de ley*, fórmula que, aunque eminentemente pagana, ha tenido también cumplida aplicación en la católica República del Ecuador" (1)!

Según el escritor azuayo, el absolutismo real es favorable para que la Iglesia tenga santos y florezca; y si los reyes omnipotentes abusan de las regalías, tanto mejor; pues no están ahí probándolo Fray Agustín de la Coruña, Fray Luis López Solís, Santo Toribio Mogrovejo y todos los santos de la América del Sur? Y nosotros podríamos añadir, en la del Norte, prelados como Fray Juan Zumárraga, primer Arzobispo de Méjico, Fray Juan de Palafox, obispo de Puebla en tiempo de Felipe IV, y muchísimos otros eclesiásticos que de España vinieron á ocupar dignamente los puestos más elevados de la Iglesia Americana, ó que para honra del Nuevo Mundo, aquí fueron nacidos. Sí, es innegable: en América hemos tenido en todo tiempo Prelados virtuosos y sabios; sí es innegable: hubo una época en que la Iglesia Americana estuvo floreciente. Pero este bienestar, este estado de santidad vinieron pronto

(1) Refutación, pág. 6.

á menos. ¿Por qué? ¿Por qué decayó el clero? Si los prelados cabezas del clero eran tan excelentes, ¿cómo se explican la decadencia y ruina de éste? No sabemos cómo las explicaría el Dr. Borrero. En cuanto á nosotros, creemos ver el principal origen del mal en la intrusión del poder laico en la Iglesia y en la consiguiente falta de libertad en los Prelados. El orden, la armonía, la fuerza y la fecundidad benéfica del clero católico, vienen de la disciplina establecida por los Papas y los Concilios; y orden, armonía, fuerza y fecundidad, menguan, cuando no desaparecen, al debilitarse ó desconcertarse esa disciplina bajo la acción de un poder extraño. La Santa Sede concedió ciertos privilegios á los reyes para que favoreciesen á la Iglesia, y los reyes los convirtieron en provecho propio. El poder real se puso sobre el poder eclesiástico, y los obispos, con toda su buena voluntad de cumplir los deberes que les imponían los sagrados Cánones, tenían que ver, sin poderlo remediar, el ejercicio de muchos de sus importantes atribuciones como prerrogativa de manos profanas; tenían que contemplar, lamentándose casi siempre en secreto, la decadencia y ruina del clero. Quiso el Gobierno laico tener á éste como elemento que le favoreciese, y contaba para ello con el privilegio de distribuir beneficios; quiso debilitar la autoridad de la Curia para fortalecer la propia, y estableció los recursos de fuerza; quiso que Roma no influyera eficazmente en los negocios eclesiásticos y creó para sí el derecho de conceder ó negar según le conviniese, el paso á los documentos pontificios (1).

(1) Recordando los padecimientos de Santo Toribio de Mogrovejo, víctima de los abusos é injusticias de la autoridad civil y de la animadversión de algunos obispos sufragáneos, nuestro Docto amigo el Presbítero Señor González

Los grandes bienes que hizo el clero católico á la América y en servicio de España, en la conquista y colonización, habrían sido mucho mayores y sobre todo, más durables, á no haberse sobrepuesto el interés mundano de la política al interés sagrado de la civilización cristiana; á no haberse puesto las mitras de los prelados, las canonjías, las reglas de los institutos religiosos y los títulos canónicos de los curas al pie del trono del Rey quitándoselos del pie del altar de Jesucristo. Véase, pues, ahí la clave que, á nuestro humilde juicio, sirve para explicar la anomalía de un clero decadente á pesar de que contaba con Prelados virtuosos y sabios, y el eclipse de una religión que brillaba en otro tiempo en América con sus Toribios de Mogrovejo, y Pedros Claver, sus Rosas de Lima y Marianas de Jesús.

El Dr. Borrero en su ciega tirria contra el P. Berthe, todo se lo censura. "La Independencia de América dice, fué según el P. Berthe un castigo del Cielo impuesto á los sucesores de Carlos V y Felipe II," por el abuso del derecho de patronato, que los Pontífices romanos habían acordado benévolamente á los reyes católicos, y, en particular, por la irritante conducta de Carlos III respecto de los jesuítas. "Si éstos no hubieran sido expulsados de España y sus dominios, la independencia de América no se habría verificado; Bolívar y sus Tenientes no hubieran nacido; y hoy estuviéramos en las

---

Suárez, nos hacía notar hace poco, que uno de los rasgos caracteríscos de la historia de las Colonias hispano americanas, era la constante lucha en que vivían las dos potestades. Los anales de todas nuestras naciones, están llenos de hechos que lo comprueban. Los obispos querían sostener los fueros de la Iglesia, y los virreyes y otros mandatarios, á todo trance los del trono. — (*Nota del autor*).

mismas condiciones en que están Cuba, Puertorrico y las Filipinas" (1).

Habríamos creído que estas últimas líneas encerraban una simple ironía; pero los conceptos que inmediatamente siguen nos persuaden que es una imputación gratuita hecha al R. Redentorista por su rencoroso enemigo, semejante á la que en la página anterior había asentado, con asegurar que en la República del Ecuador había tenido cumplida aplicación la fórmula absolutista: "Lo que agrada al rey tiene fuerza de ley;" fórmula calificada justamente de execrable por el memorado Religioso.

Dice, pues, el Dr. Borrero, después de las líneas que hemos transcrito: "Original nos parece este modo de discurrir, pero propio de un hombre que, extraviado por injustas prevenciones contra todo lo que no está vaciado en cierto molde, mira con mal ojo cuanto se desvía de sus estrafalarias ideas."

Concepto extravagante y loco es, en verdad, el asegurar que Bolívar y sus Tenientes no hubieran nacido, á no haberse extralimitado los Monarcas en el ejercicio del patronato, y á no haber Carlos III expulsado á los Jesuítas; pero ese concepto no es del P. Berthe: pertenece al Dr. Borrero que lo ha inventado para achacarlo al Padre. Descartada esta idea, queda, para recibir los calificativos de *original* y *estrafalario*, el pensamiento de que el abuso de las regalías y el atentado de la expulsión de los Jesuítas tuvieron su castigo en la pérdida de las colonias que sufrieron los reyes culpables. "Las circunstancias, añade poco después el es-

---

(1) Pág. 7.

critor azuayo, son las que deciden de los acontecimientos."

¿ Modo de discurrir original de un hombre prevenido ? *¿ Ideas estrafalarias* las del P. Berthe ?. . . . ¿ Y cuál es ese *cierto molde* de que nos habla el Dr. Borrero ? El escritor francés que ha emprendido su obra por desenvolver un *tema católico*, ha empleado en ella, *naturalmente* un criterio católico ; criterio no desconocido aún de los que, no siendo ortodoxos, creen sin embargo en una Providencia que vela sobre el destino del mundo y en una justicia sobrehumana, que ora claramente, ora velada á los ojos de los hombres, jamás falta en la historia. Este es el pensamiento dominante sobre todo en aquella obra maestra de filosofía histórica llamada *Discurso sobre la Historia Universal*, y no sabemos que Bossuet haya sido tachado de *estrafalario.* Estudiar las causas de los sucesos del mundo á la luz de una filosofía que se eleva sobre él ; estudiarlas teniendo presente que Dios ha impuesto leyes morales al individuo y la sociedad, tan eficaces como las que ha ordenado para la vida y régimen de la creación material, es la única manera de buscar el acierto de las apreciaciones y la justicia de los fallos. No está fuera de razón, como lo cree el Dr. Borrero, el tomar como castigo providencial impuesto á los Monarcas españoles la pérdida de sus posesiones en América, aunque la independencia haya sido, como fué ciertamente, favorecida por circunstancias muy propicias, porque éstas mismas no fueron sin duda extrañas al plan de la Providencia respecto de la suerte del Nuevo Mundo. No obstante algunas buenas leyes y atinadas disposiciones que el Gobierno español empleó á veces para con sus súbditos americanos, como unas y otras tendían más á

afirmar ó aumentar el provecho del Rey ó de los colonos, quedaban en pie los males que á éstos abrumaban. Muchas y graves faltas cometió el Gobierno español, que prepararon el castigo de la separación de sus colonias. La expulsión de los Jesuítas no sólo fue una ingratitud y una maldad, sino un error político cuyas consecuencias se dejaron sentir muy pronto en España y América. Si el Dr. Borrero cree que el P. Berthe es hombre extraviado que discurre mal de todo cuanto *no está vaciado en cierto molde*, que debió decir molde ortodoxo y si se quiere monárquico, pues el Padre como todo hijo de vecino, es muy dueño de sus opiniones; nosotros creemos que la grandeza de Carlos III, puesta en tela de juicio por algún sabio historiador, más que por los bienes que hizo á su Monarquía, le viene de las alabanzas con que le han ensalzado los regalistas y los enemigos de los Jesuítas. Causa amargo disgusto ver al Rey que incitaba á los Prelados á celebrar Concilios para el mejoramiento de la disciplina eclesiástica y que instituía la *Orden distinguida* de Carlos III dedicada á la Purísima Concepción de la Virgen Santísima, descender, arrastrado por el pérfido Conde de Aranda, hasta el nivel de los miserables esclavos del filosofismo francés, Choilseul y Pombal, y envenenar de pena el corazón paternal de Clemente XIII, y forzar á Clemente XIV á dar muerte á la Compañía de Jesús!

El P. Berthe tiene trozos de verdadera elocuencia é informados de severa justicia, cuando trata, siquiera á sobrepeine, de la santa influencia del clero en la conquista, de las dañosas regalías y de la expulsión de los Jesuítas. Pero el capítulo III en que se hallan estas cosas ha sido modificado y ampliado en la cuarta

edición, y por quitar, sin duda, ciertas asperezas que no podían ser agradables á los españoles, el Padre ha suprimido ó cambiado algo que estaba muy bien en la edición primera. Vaya un ejemplo: "Todo por la Metrópoli, todo para la Metrópoli: tal fue durante tres siglos el sistema colonial español. La colonia vivía en perpetua infancia bajo la tutela del Rey de España, representada por sus virreyes." Aquí está lo cierto; mas en la cuarta edición leemos: "*Todo por la Metrópoli, todo para la Metrópoli*, *parecía ser* la divisa del Gran Consejo de Indias." ¿A qué sustituir la duda á la afirmación? Esta tiene ya, podemos decir, ejecutoria histórica. Cantú dice: "La avidez y las falsas teorías inducían á sacrificar las colonias en provecho de la Metrópoli." (1) Con todo el Padre añade unas líneas que, modificando también el contenido de la edición de 1887, expresan la verdad de lo que pasaba en los dominios españoles en América: "De aquí (del sistema colonial recordado) venía la centralización de todos los negocios eclesiásticos, militares y comerciales, la creación de monopolios y prohibiciones perjudiciales á los intereses de la agricultura, del comercio y de la industria, y, por consecuencia, las quejas y recriminaciones de los colonos, bastante fuertes ya, después de dos siglos de trabajo y de organización, para salir de la infancia y volar un poco con sus propias alas (2)."

Nótese también la diferencia que media

---

(1) Tomo VI, pág. 636, edición citada. Igual tema desenvuelve el Dr. D. Federico González Suárez en su oración laudatoria del 10 de agosto de 1809, pronunciada en la Catedral Metropolitana el 10 de agosto de 1887.

(2) Cuarta edición, pág. 43.

entre los trozos siguientes: (Primera edición) "A pesar de todos estos agravios, las colonias permanecieron fieles á la madre patria tanto tiempo cuanto ella se mantuvo fiel á Jesucristo y á su Iglesia. Dirigíanse humildes representaciones á los reyes, pero á nadie se le ocurrió levantar contra ellos el estandarte de la rebelión, antes que ellos mismos se declarasen independientes de Dios. Este tercero y último atentado (1) lo cometieron á mediados del siglo XVIII, época nefanda en que ellos no se avergonzaron de tratar á la Iglesia como habían tratado á los colonos y los negros." [Cuarta edición] "El americano amaba á España, amaba á sus reyes, les dirigía humildes representaciones; pero jamás se le ocurrió la idea de independizarse de ellos, antes que ellos mismos se hubiesen declarado independientes de Dios, de Cristo y de su Iglesia. El Rey del cielo había dado la América á los reyes católicos, y la quitó á los reyes filósofos y regalistas."

No es exacto aquello de que jamás se le ocurriese á nadie levantar el estandarte de la rebelión: en la historia de las colonias hispanoamericanas hay muchos ejemplares que contradicen esa aserción. Nos contentaremos con recordar la sublevación de Quito en 1592, en la que aparece claramente la idea de la independencia, puesto que los insurgentes tentaron con la corona regia á don Diego Carrera, y para asegurar la emancipación hasta pensaron buscar apoyo en Inglaterra. (2) Pero es más sor-

(1) El primer atentado, según el escritor que nos ocupa, "atentado del despotismo contra la libertad de los hijos de Dios," fue la introducción del comercio de negros en América; el segundo, la explotación codiciosa é injusta de las colonias.

(2) Velasco, *Historia del Reino de Quito.* — Cevallos,

prendente aún que en los días mismos de la conquista se hubiese querido arrebatar de la corona de España la joya con que se la acababa de enriquecer: ¿quién no sabe que después de la batalla de *Iñaquito* [1546], Pedro de Puelles, el Oidor Cepeda y el viejo don Francisco de Carvajal, aconsejaron al victorioso Gonzalo Pizarro que se alzase con el poder, desconociendo la soberanía de España? Una vez abatido el imperio de los indios por la fuerza avasalladora de la raza europea, la distancia inmensa de las colonias respecto de la madre patria; un mundo igualmente inmenso, riquísimo y bello, tentador de la ambición y de la codicia; las costumbres modificadas al contacto de la vida que trajo el pueblo conquistador con la del pueblo conquistado; esta existencia nueva y vigorosa, resultado de la hibridación de la sangre de Europa en la de América, — existencia que si tenía un campo material vastísimo donde desarrollarse físicamente, requería asimismo una esfera moral amplia y desahogada para el alma: todo esto, á nuestro juicio, creó y mantuvo en las colonias en todo tiempo la idea de la independencia y libertad.

Esta idea que, después del fracaso de cada tentativa hecha á destiempo y con insana im-

---

Resumen de la Historia del Ecuador. Es muy digno de notarse lo siguiente, que tomamos del primero de dichos historiadores: "Los eclesiásticos seculares y regulares de todas las órdenes, exceptuados únicamente los Jesuítas, exhortaban públicamente á favor del tumulto, como consta de auténticos y originales instrumentos. Los Jesuítas solos, opuestos al común torrente, nada pudieron conseguir en largo tiempo con todas sus exhortaciones, lágrimas, ruegos y empeños; y fue una evidente prueba del grande amor y veneración con que los miraban, no haberles perdido el respeto, y aun sacrificado á su furor, al verlos contrarios al común sentir." T. 2, p. 70.

prudencia, quedaba latente en el pecho americano, surgió de nuevo á principios del siglo XIX; y sea porque la Providencia quiso castigar á los monarcas españoles, como lo siente el P. Berthe, no con la extravagancia que le achaca el Dr. Borrero, sea porque concurrieron circunstancias propicias que bien pudieron ser preparadas por la Providencia misma, que dispuso el cambio de la suerte de la América, en esta vez la idea creció, se hizo fuerte, se difundió por todas partes, enardeció los corazones de mil y mil héroes, salió ilosa de las prisiones, no sucumbió en los patíbulos, atravesó los campos de batalla ensangrentada pero victoriosa, y al fin se impuso al mundo apoyada en el acero de Bolívar y Sucre, de Páez y Urdaneta, de San Martín, el Bolívar del Mediodía, de Belgrano, el émulo de San Martín; de todos aquellos capitanes de almas y pechos españoles que, para exigir de España por la fuerza la abrogación de su tutela en América y la entrada de los americanos en la mayor edad, surgieron por todas partes desde la tierra de Anaguac hasta la del Fuego, como evocados por los genios de la emancipación y del derecho humano.

Podría asegurarse que la independencia ha sido y es sentimiento ibérico. Prescindiendo de las luchas sostenidas contra los romanos y contra los moros, la historia nos muestra de qué manera portugueses y españoles han gustado de dividirse ellos mismos en grupos autonómicos y libres. Portugal no pudo vivir mucho tiempo bajo el dominio de España, y á su turno la familia lusitana trasladada á América quiso establecer hogar aparte, y lo estableció con su don Pedro I á la cabeza. Cataluña sufre de muy mala gana el ser parte de nación, pues anhela formar nación aparte. Cuba suspira

por dejar de ser posesión española y contarse en el número de los Estados libres del Nuevo Mundo. (1) Colombia misma, como legítima descendiente de raza ibérica, no pudo mantenerse unida sino mientras fue necesario para coronar la empresa de su emancipación; conquistada ésta, se fraccionó en tres grupos, como lo sabe todo el mundo.

El Dr. Borrero y el P. Bertho dan mucha importancia al ejemplo de los Estados Unidos, y nosotros creemos que aún sin él habría venido la independencia de la América española. Para las dos tentativas del siglo XVI, que hemos recordado, no fue menester ejemplo ninguno; el de Norte - América, que sirvió ciertamente para robustecer la idea separatista que existía de siglos atrás, fue decisivo más bien para la adoptación del sistema de gobierno. El Brasil se libró del influjo republicano, porque alcanzó su independencia con elementos monárquicos; la América española que se emancipó combatiendo contra estos elementos, y puestos los ojos en la República del Norte, tenía por fuerza que hacerse republicana. El mal estuvo, no en haber adoptado este sistema, sino en haber querido hacernos demócratas á la manera yankee, como si el carácter de nuestra raza, las condiciones de nuestra vida colonial, el grado de nuestra cultura y otras circunstancias que nos rodeaban al principio del siglo XIX, hubiesen sido semejantes á las en que se hallaron los colonos ingleses del Setentrión en el último cuarto del siglo XVIII.

El inteligente y muy ilustrado Dr. D. Car-

---

(1) Cuando el Señor Mera escribía esta obra, no se había llevado aun á cabo la independencia de Cuba. — [N. del E.]

los Holguín dió á luz hace algunos años un buen estudio histórico sobre la *Independencia*; (1) en él aplaudimos un recto juicio sobre muchos puntos; pero hallamos también apreciaciones que, en nuestro sentir, carecen de exactitud. Tal es, por ejemplo la de que la proclamación de la independencia fue prematura. Nosotros juzgamos, por el contrario, que fue muy á tiempo, que fue en el punto señalado por la Providencia para tan gran suceso: cuando Europa se hallaba conmovida todavía después de haber concurrido á los funerales del antiguo régimen; cuando la excitación producida por las guerras de la República y del Imperio tendía sus oleajes hasta el Nuevo Mundo, enseñando á los hombres á ser héroes; cuando España, á par que daba el ejemplo glorioso de cómo se combatía por la libertad, por atender á salvar la suya no podía acudir á tiempo para apretar las esposas en las muñecas de los *insurgentes* americanos; cuando estaban listos para emprender la gigante empresa y llevarla á término Bolívar, Zea, Páez, Sucre...... esa multitud de genios de la revolución y la guerra, suscitados por Dios, no cabe duda, como instrumentos de sus justos y sabios planes. El triunfo probó cumplidamente la oportunidad negada por el señor Holguín. Es verdad que la emancipación nos costó inmensos sacrificios de todo género; pero ¿los habríamos evitado más tarde? Difícil es probarlo, y para convencernos de lo contrario, ahí está Cuba que harta sangre y oro ha derramado por ver de emanciparse, y no lo consigue todavía; y esto que tiene no sólo el ejemplo de los Estados Unidos sino su vecindad y algo más ..., y el ejem-

(1) Repertorio Colombiano, tomo 1º, pág. 81.

plo también y las simpatías alentadoras de las naciones libres de origen latino.

Los errores políticos, esto de habernos lanzado á un régimen de libertades para las cuales no estábamos preparados, no quita que la independencia haya sido oportuna. Si hubiésemos continuado de colonos hasta hoy, lo poco ó mucho que habríamos ganado en buenas condiciones para la vida autónoma, en virtud del impulso del progreso moderno, habría tenido el contrapeso de los medios más poderosos de parte de España para sujetarnos.

Ya ve el Sr. Dr. Borrero cómo en estas materias no sólo está acorde nuestro común sentir, sino que decimos algo más: él cree que la independencia fue *un hecho inevitable*, y nosotros añadimos que se la proclamó en sazón, porque así lo dispuso la Providencia rodeándola de *circunstancias favorabilísimas*, las cuales, como creyentes de la escuela á que pertenece el P. Berthe, juzgamos que no vinieron de suyo, ni nunca vienen así á *decidir de los acontecimientos* ni de nada. El Dr. Borrero, como católico, gusta sin duda de rezar el *Padre nuestro*, y pide al Señor que nos dé *su reino*, que *nos dé el pan de cada día*, *que nos libre de mal*; y debe también pedir otras cosas más para sí mismo, para la patria y la humanidad, sin aguardar que se las traigan las circunstancias.

CAPITULO IV

Sobre si hay prevención de parte del P. Berthe al juzgar á Bolívar y la Independencia. — Admiración del Padre por el Libertador y sus campañas. — Falsa inculpación del Dr. Borrero al Padre. — Circunstancias que deben tenerse presentes al juzgar la Independencia y á sus próceres. — Influjo de las nuevas ideas en la suerte de Colombia. — Causas de los males de ésta. — Carácter de la guerra de la Independencia. — Juicio de Cantú. — La verdad acerca del estado deplorable de Colombia pintado por el Padre y negado por el Dr. Borrero. — Varias citas que contradicen al Dr. Borrero. — Nuestra opinión.

"Muy á la ligera, dice el Dr. Borrero trata el P. Berthe la historia de nuestra independencia y de la vida militar y política de Bolívar; pero, no por eso deja de incurrir en errores históricos, manifestando suma prevención contra nuestros próceres y suma ignorancia de lo que éstos fueron y de lo que hicieron." (1) Veamos hasta qué punto tiene razón el impugnador del P. Redentorista.

Este no merece que se le censure por haber destinado brevísimas páginas á la guerra de la independencia y á sus héroes, pues no constituyen el tema principal del libro. Tampoco hay justicia en achacar al Padre *suma* prevención y *suma* ignorancia acerca de lo que fueron

(1) Pág. 7.

é hicieron Bolívar y sus compañeros de armas. Cuando uno está dominado de una idea nacida y alimentada del fuego de una pasión, suele engañarse á sí propio y creer que se hallan en otros las malas condiciones que pertenecen más bien á su ánimo. Parécenos que esto ha sucedido con el Sr. Borrero: le lastimó el libro del Padre, se enojó vivamente, perdió la calma y, *sumamente prevenido*, no pudo menos sino hallar *suma prevención* en el Religioso, y también *suma ignorancia*. En cuanto á ésta, no se crea que se la atribuimos al escritor azuayo: todo lo contrario, pues lo tenemos por instruído.

En los cortos párrafos que el Padre dedica á Bolívar como guerrero y á la lucha por la independencia, el calor de su alma está patente: sí, el P. Berthe tiene frases entusiastas. ¿Y qué corazón noble no se exalta y tributa admiración al más grande de los guerreros de América, cuando recuerda su portentosa historia? ¿Qué inteligencia clara no halla en esta historia una mina inagotable de importantísimas enseñanzas? ¡Qué héroe, qué guerra, qué consecuencias las de la guerra!....Si el objeto de la obra que vamos trazando tuviera relación íntima con la historia de Colombia la magna, nos complaceríamos en escribir largas páginas acerca de Bolívar y de la guerra que sostuvo contra España para arrancarle sus colonias y hacer de ellas naciones independientes; pero tenemos que limitarnos á muy poco,— á sólo lo preciso, para combatir lo que nos parece inexacto en los dos escritores en quienes venimos ocupándonos.

"Muchas tentativas de insurrección, dice el P. Berthe, ocurrieron al principio de este siglo, pero sin resultado. Para triunfar de los ejércitos españoles, era necesario un hombre de la

talla de Alejandro y de Napoleón, y Dios suscitó al incomparable Bolívar" (1). No pasemos adelante sin notar que el elogio, tamaño por cierto, que encierra la comparación del guerrero americano con el conquistador del Asia y el sojuzgador de la Europa moderna, va acompañado del elogio á las armas españolas; pero corregiremos, no obstante esos encomios advirtiendo que por mucho heroísmo que haya en un conquistador, es más grande quien emplea el suyo en libertar; y que la espada del gigante Corso se rompió en el choque con la espada de los descendientes de Pelayo y del Cid.

Recuerda en seguida el P. Berthe el juramento de Bolívar en el monte Aventino, juramento más atrevido y noble que el del hijo de Amílcar, y cita varias frases del Libertador que pintan su carácter y demuestran su pensamiento dominante; habla con admiración de la campaña de 1819, y compara [como otros historiadores y poetas lo han hecho ya] el paso de los Andes para libertar la Nueva Granada, con el paso de los Alpes que hizo temblar á Roma ante el valor de Cartago, su rival, personificado en Aníbal, como el heroísmo de Colombia lo estaba en Bolívar; dice que en boca de éste sonaría mejor que en la de César el famoso *veni, vidi, vici;* llama al Libertador *Titán que jamás podía reposar*, etc. etc. (2).

Con que, quien tiene *suma prevención* contra nuestros próceres, ¿es capaz de expresarse en estos términos al hablar del primero de ellos?

---

(1) La edición de 1888 dice: "La América vió surgir repentinamente al incomparable Bolívar!" Nos gusta más la idea de la primera edición, pues creemos que nuestro Héroe fue destinado por la Providencia para que hiciese lo que hizo: independizar la América española.

(2) Pág 28 de la 1ª edición.

Quien para formular tan grandes elogios toma los hechos más culminantes de la historia de Colombia sin equivocarse, ¿muestra *suma ignorancia* de ellos y de los guerreros que los ejecutaron?

Pero el Dr. Borrero replicará que el P. Berthe, al juzgar á Bolívar por su aspecto político, lo presenta como "un ridículo Quijote de la independencia americana," como un "político de cortavista, como todos los hombres salidos de la revolución de 1789, que identificaban en su cabeza la monarquía con el despotismo y la república con la libertad, confundiendo así la forma con el fondo;" que tenía por "su filosofía el *Contrato social* de Rousseau," por su Evangelio, la Declaración de los Derechos del hombre, "por su principio de gobierno, la soberanía del pueblo" (1).

Aquello del *Quijote ridículo* es especie inventada por el escritor azuayo, que no perdona medio alguno de poner mal ante los americanos á su detestado rival. El P. Berthe no podía haber presentado, y no presenta, en efecto, un risible semblante moral del mismo á quien poco antes asemejaba á Alejandro y Napoleón, llamándole incomparable, y cuyas hazañas le arrancan frases de entusiasmo y admiración. El Padre, acertadamente *ó no*, aplica su criterio á las ideas políticas del Libertador y sus compañeros y á sus procedimientos como estadistas. Sin duda ese criterio no está acorde, en algunos puntos, con el del Dr. Borrero ni con el nuestro; pero esta circunstancia no nos faculta para echar en cara al Religioso conceptos que no ha emitido.

Para juzgar con acierto á Bolívar y á los

(1) *Refutación*, pág. 25.

demás próceres de la Independencia, es preciso estudiar, juntamente con su carácter y las ideas políticas que habían adquirido y defendieron con las armas, las circunstancias que habían labrado ese carácter y las fuentes donde bebieran esas ideas; pero este tema fecundo es para desenvuelto en un libro á él sólo dedicado, y no en un capítulo de libro que tira á otro objeto.

Sin embargo, observaremos brevemente que si el pensamiento de la emancipación fué común en infinidad de patriotas, la idea del gobierno democrático fue tomada del ejemplo de los Estados Unidos y de la República francesa por personas que las conocían de un modo inmediato y la trajeron á la América española, ó por libros y papeles clandestinamente introducidos. El General D. Francisco Miranda había servido en los ejércitos de la República francesa, y ya puede suponerse cuáles serían sus ideas políticas cuando se puso á la cabeza de la revolución de Venezuela en 1811; Bolívar se había nutrido de aquellas mismas ideas y en las propias fuentes que su compatriota Miranda; en Nueva Granada, Nariño traducía y daba á luz los *Derechos del hombre* tomándoles de un libro sobre la Asamblea Constituyente de Francia; (1) en Quito el Dr. Espejo apenas podía ocultar sus pensamientos y tendencias opuestos

(1) "Las ideas filosóficas revolucionarias habían pasado de la otra parte de los mares á ésta, como pasan las pestes en las cobijas de los fardos. Las chispas del incendio prendido en Francia llevaban el fuego á todas partes. Uno de los mismos oficiales de la guardia del Virrey, que sin duda sería liberal, franqueó á Don Antonio Nariño el libro de la historia de la Asamblea Constituyente de Francia".... "Nariño no sólo estaba contaminado con las ideas de los filósofos enciclopedistas, sino embebido y empapado en ellas. El mismo nos ha hecho saber en tiempos posteriores que, cuando se le hizo cargo, como á tesorero de diez-

al sistema realista y propicios al que se desenvolvió con la revolución. Mejía, amigo, discípulo y cuñado de Espejo, cuando concurrió á las Cortes de Cádiz en 1812, estaba ya probablemente imbuido de doctrinas democráticas y, por desgracia, volterianas.

En Bolívar pudo también haber influído su maestro y amigo D. Simón Rodríguez, hombre talentoso, muy ilustrado; pero volteriano hasta serlo de sobra, y cuya imaginación fue verdaderamente *la loca de su casa*, y le llevó al cinismo de Diógenes. Es cierto que el Libertador fue, además, muy aficionado de Rousseau: gustaba de leer el *Contrato social*, y aun se dice que lo llevaba en sus viajes. Consta en su testamento que un ejemplar de aquella dulce ponzoña del filósofo ginebrino legó á la Universidad de Caracas, junto con el *Arte Militar* de Montecúcuti. ¡Curiosa unión del arte para organizar ejércitos y ganar batallas, y del que tanto ha servido para desorganizar pueblos y perderlos!

La seducción que la libertad trae siempre consigo; la república no menos halagadora con sus recuerdos griegos y romanos, su brillo actual en Suiza y Norte América y sus promesas á la América del Sur; el poder de la novedad, tanto más irresistible cuanto más sencillo el pueblo al que se impone; el influjo de la gloria conquistada por tantos héroes en la guerra magna: todo contribuía á encauzar los destinos de las que fueron colonias españolas por el

---

mos, de haber hecho sacar de su casa, por la noche del día en que iban á prenderlo, los baules muy pesados con dinero, en oro, esos baules no contenían onzas, como se pensaba, sino las obras de Voltaire, Rousseau, Raynal y otros, etc." (Groot, *Hist. Eclesiástica y Civil* de Nueva Granada, tomo II, págs. 304 y 306; segunda edición.)

lecho político donde los hemos visto después agitarse en ondas cenagosas, con tan breves intervalos de calma y con tantas señales de prolongación en dilatado porvenir (1). Bueno era lo que se quería y se plantaba: el sistema republicano; ni á nuestro juicio, convenía otro en América; pero vino en brazos del filosofismo galo y con su cortejo de utopías ó, cuando menos, de libertades inconvenientes para pueblos que acababan de salir del régimen absolutista; y esto junto con las circunstancias creadas por la guerra misma de la Independencia y con la tentación de imitar el modelo que teníamos al Norte, fue nuestra pérdida. El pueblo entendía menos que ahora de política, y los que le guiaban ó, más propiamente, le empujaban á ella hablándole de su soberanía y sus derechos, no estaban en lo cierto en muchos puntos de las doctrinas importadas de Europa y los Estados Unidos. Teníamos hombres de gran talento, de vasta instrucción, elocuentísimos y llenos de ardor patriótico; mas ¿quién había discutido entonces y puesto en claro, á la luz del criterio católico, en qué consistía, por ejemplo, la soberanía popular? ¿Quién había demostrado la falsedad de las teorías de Rousseau ni combatido el utilitarismo de Bentham? Hubo personas que rompieron en modo absoluto con la tradición católica; (2) pero las más quisieron

---

(1) ¿Cuántas veces hemos pensado en la tristeza que invadía el alma de Bolívar en los últimos años de su vida; y cuántas veces hemos meditado en estas melancólicas palabras de Prescott, al hablar del experimento que actualmente se hace en América del sistema republicano democrático, después de la monarquía absoluta ejercida en ambos mundos: "Desgraciada humanidad si el experimento falla"! — *Historia de la Conquista del Perú.*—Libro 1º, Cap. V.

(2) Véase al principio de la pág. 4 de la *Hist. Ecles. y*

conservarla á par de los nuevos principios que minaban la ortodoxia. De este absurdo nacían las sombras que oscurecían muchas inteligencias y los hechos contradictorios que han dado margen á errados juicios posteriores, como el del P. Berthe y como el del Dr. Borrero. El General Santander, que expidió el decreto de 31 de octubre de 1823 prohibiendo la circulación y venta de algunas obras inmorales ó impías, y que estimaba y respetaba al justo Dr. Margallo, difundía, por otra parte, los libros de Bentham y era corifeo de los francmasones de Colombia (1); el Congreso de Cúcuta que expidió la ley de 2 de agosto de 1821 sobre instrucción primaria, en la cual se prevenía que se enseñase en las escuelas *los dogmas de la religión y de la moral cristiana* [ley citada por el Dr. Borrero], contenía en su seno aquella clase de hombres, de los que habla el historiador Retrespo y recuerda el P. Berthe, que tenían tan vivo empeño en aclimatar en Colombia las doctrinas de Voltaire y de Rousseau; Bolívar mismo, que más de una vez dió muestras de afecto y respeto á las enseñanzas de la Iglesia y cuya muerte fue la de un católico sincero, tomaba muy en serio la soberanía del pueblo como emanación y atributo propio del pueblo. Como el P. Berthe busca en el masonismo el origen de los males de Colombia y el Dr. Borrero lo niega, es preciso no olvidar que esa funesta asociación se

---

Civ. de Nueva Granada, tom. 1º, segunda edición. Allí se dice, al hablar de la irreligiosidad de don Francisco Urquinaona, que la había puesto en moda "el odio á todo lo antiguo y á todo lo que dice relación con España."

(1) "Entonces por la amistad que profesaba á Urquinaona y por la hermandad masónica, dió Santander á Groot el destino de oficial escribiente de la Secretaría de Guerra y Marina."—Obra, tomo y página citados.

había difundido mucho; y como se presentaba adornada de las prendas de la filantropía y del patriotismo, atrajo á ella á muchos excelentes ciudadanos que profesaban doctrinas ortodoxas, y hasta á clérigos y frailes. La heterogeneidad y confusión de ideas parecía ser el patrimonio de casi todas las cabezas.

El P. Berthe lleva razón en atribuir los males de la República creada por Bolívar, á los francmasones, que vinieron á completar la obra de los regalistas; pero no fueron ellos el único origen: los ambiciosos que se creían con derecho á ejercer el poder de que se había despojado á España; los militares que, después de la guerra de la Independencia, pretendían establecer el imperio de su clase, y esa especie de hombres que hacen de los empleos públicos su forzoso *modus vivendi*, se juntaban á los novísimos pretensos hijos de Hiram, para trastornar gobiernos y llevar á los pueblos á la guerra, la anarquía y la miseria.

El impugnador del Padre Berthe quéjase de que éste haya pintado la República de Colombia con negros colores, y á su repugnante cuadro opone el trazado por el escritor bogotano Don José M. Groot. Nadie más entusiasta admirador de la gran Colombia que nosotros, nadie más que nosotros venerador sincero de sus héroes y sus estadistas. Pero ante todo gustamos de reflexionar sobre los hechos históricos por ver si damos en lo cierto. Reflexionemos, pues.

El error del docto Redentorista consiste en haber tomado los males que, durante la guerra, hicieron los españoles y los que como represalia obraron los colombianos, para fundirlos en una sola acusación; y para robustecer esta acusación, haber trasladado á la época de la célebre

República de Bolívar cosas que pertenecen á la de su disolución y á tiempos posteriores. Durante la guerra ciertamente tuvimos el infierno en nuestros pueblos. ¡Guerra atroz, de odio mortal, de exterminio, de incendios, de saqueos, de devastación; guerra en la cual si el heroismo se elevó hasta lo maravilloso, la misericordia fue desterrada de todo pecho y si se vieron algunos actos de generosidad y nobleza, se advirtieron otros de salvaje crueldad; guerra en la cual si Monteverde, Boves, Antoñanzas, Morales y otros mil trataban á los *insurgentes* como á fieras á las que era preciso dar muerte sin piedad, y en la cual Morillo buscaba la flor de los patriotas para despedazarla en el patíbulo, Bolívar se veía en la terrible necesidad de hacer matar ochocientos y más prisioneros y Sucre toleraba el saqueo de Pasto, obstinada en su realismo y perniciosa á la causa de la Independencia. En ninguno de los dos bandos surgió ni por un instante la idea de cejar, aviniéndose al intento del contrario: los patriotas querían á todo trance la libertad, y los realistas habían jurado no concedérsela. Dada esta condición de la lucha y el carácter nada manso y la tenacidad propio de la raza de los contendores, repugnan las crueldades de esa guerra titánica, pero no sorprenden: así tenía que ser. Cantú mienta la *legión infernal* de negros y mulatos sedientos de sangre, capitaneada por Boves y Morales, las bárbaras órdenes de Moxó al Gobernador de la isla Margarita, y las de éste á un capitán para que consienta en el saqueo y prenda fuego á los edificios; en seguida trascribe la proclama de Bolívar de 15 de julio de 1813, en la que, para justificar la declaración de la guerra á muerte, recuerda los males que *los bárbaros españoles* hacían sufrir á los vene-

zolanos, y concluye el historiador: "Así, pues, los horrores de la guerra civil llegaron á ser tan habituales, que parecía que unos y otros porfiaban por ver cual de los dos bandos se mostraba más cruel y sanguinario. La posteridad que no aprecia la justicia de una causa por sólo su éxito, pedirá cuenta de estas atrocidades á Bolívar; pero también la exigirá de quienes dieron ocasión á ellas." (1)

Bolívar no fue cruel, sino que le forzaron á serlo: no halló otro remedio que ahogar en sangre el realismo, ya que los realistas se habían propuesto ahogar en sangre el patriotismo colombiano. Estudiada con la imparcialidad que se debe la guerra de la Independencia, se ve que la culpa de su inhumanidad gravita con más fuerza sobre los españoles que sobre los americanos. Hay otras circunstancias más que abogan por el Libertador: en su grande alma no cabía nada ruin ni infame, y así nunca buscó en el asesinato las ventajas de la guerra, en tanto que, triste es decirlo, fueron españoles las aleves tentativas contra su vida. Tampoco debe olvidarse que mientras el pacificador Morillo se encolerizaba cuando recibía de España la orden de abrir negociaciones á los caudillos de la revolución, y calificaba de locos á quienes así lo disponían desde Madrid, (2) Bolívar miraba contento la ocasión que se le presentaba de ofrecer la paz á los españoles, y no sólo aceptó el armisticio propuesto por Morillo, sino que de él nació la idea de la regularización de guerra: esto es, el fin de la salvaje guerra de exterminio que inundó en sangre y cubrió de

(1) Hist. Universal, tomo VI, pág. 639, edición de Garnier.

(2) Larrazábal, Vida de Bolívar, tomo II, pág. 32.

ruinas y miseria el suelo colombiano. (1) ¡Día de bendición fue el 25 de noviembre de 1820, en que se firmó el tratado por el cual se traía la guerra al campo de la civilización, y los combatientes dejaban de ser fieras para volver á ser hombres!

Hemos dicho que el P. Berthe ha confundido los males que venían de parte de los realistas con los que, en represalia, obraban los patriotas, y que ha puesto en plena Colombia, por decirlo así, cosas de días posteriores, para pintar su funesto cuadro. ¿Es en todo él inexacto su Reverencia? ¿Está toda la razón de parte de su impugnador? Reflexionemos un poco más.

Colombia, que se levantaba independiente y libre de entre las olas de un secular despótico sistema, como había surgido América del seno de mares desconocidos: Colombia, hija del legendario heroismo de Bolívar y sus dignos cooperadores; Colombia, embellecida por las cicatrices de su guerra más que ilíaca y por los laureles con que la coronaron sus adalides; Colombia, nutrida de principios nuevos, que soñaba en un ideal republicano superior al de Platón y se sentía halagada por todas las esperanzas á los umbrales de un futuro como un cielo; Colombia no podía por menos que atraerse las simpatías del mundo y obligar á todas las naciones á batir palmas felicitándola, y creer ella misma lo que todos creían de ella. Sin embargo, tanta grandeza y gloria que han quedado firmes en la historia para asombro de los siglos, tantas imágenes de progreso y ventura, que hoy quisiéramos ver convertidas en realidades, ocultaban gérmenes de muerte y disolución.

---

(1) Id. pág. 52.

Colombia pereció: este Hércules de las naciones de Sud-América que, niño aún, pudo despedazar las serpientes del despotismo que con sus horribles roscas le apretaban el cuello, no bien se halló triunfante y libre, se vió sorprendido de muerte inevitable. ¿Por qué?.... Colombia no fue *la mejor constituída y organizada de las Repúblicas hispano-americanas*, ó lo fue; si lo primero, hay que convenir en que sus políticos y sus legisladores no anduvieron muy diestros y afortunados en el desempeño de sus arduas y trascendentales tareas; si lo segundo, es preciso buscar la causa de la ruina de la Gran República en un elemento tan malo que pudo superar á la obra perfecta y magna de la asamblea de Cúcuta, y de los otros Congresos colombianos. A nuestro juicio hubo ambas cosas: ni la organización fue perfecta, ni faltó el elemento pernicioso que debía consumar la obra de la Independencia. No acusamos, no, á los constituyentes y legisladores por manera absoluta: hicieron lo que les fue posible y lo que juzgaron bueno, aunque en mucha parte de este juicio entrasen ideas cuya aplicación no convenía á nuestros pueblos; pero sí acusamos y condenamos á los hombres que, en vez de irse camino de la moral y del derecho cristiano en busca de la perfección de las instituciones que habían creado la espada de los héroes y la lucubración de los legisladores, se ocupaban en establecer logias masónicas, en desenvolver insanas ambiciones, en atizar la guerra civil y hasta en tramar conspiraciones parricidas.

Saquemos en buena hora á relucir todo el oro y todos los diamantes de nuestra historia; pero no nos enfademos si otros señalan el cieno de que está salpicada. Ese oro y esos diamantes nadie puede arrebatarnos; pero tampoco

nuestro fastidio y enojo pueden limpiar el cieno.

El Dr. Borrero, para contrarrestar al P. Berthe, da á entender que todos los males que éste trae á cuento ocurrieron después de disuelta Colombia; pero, aunque para fundar esta opinión busca el escritor azuayo el juicio de ilustres autores colombianos, no podemos suscribir á ella. Las teorías utópicas, las doctrinas antisociales é impías, la intolerancia radical, la ambición y los celos de partido, habían arraigado desde los orígenes de Colombia como plantas nocivas en medio de hermoso vergel; y fueron sus frutos la creación de las malditas logias en 1820, la adopción del regalismo español en la ley del 28 de julio de 1824, el infame atentado contra la vida del Libertador del 25 de setiembre de 1828, el no menos infame asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho el 4 de junio de 1830, el escandaloso desenfreno de la prensa liberal contra Bolívar y sus partidarios, y tantas otras cosas verdaderamente *malas* que fueron ¡ay! colombianos y dieron al fin muerte al Héroe y á Colombia!

No era, pues, todo luz y arreboles en el cielo de la patria. Si por una parte Santander, el héroe tan querido del Dr. Borrero, fusilaba inicuamente á Barreiro y sus compañeros, reunidos en Boyacá, los soldados libertadores cuyos pechos no tenían ya espacio para tantas condecoraciones gloriosas y cuyas frentes ostentaban centenares de envidiables laureles, se habían acostumbrado á lo voluntarioso é indómito, á los actos opuestos á la moral y la justicia, y hasta á la crueldad. Habría sido milagro que así no fuese, atenta la guerra larga y atroz en que se habían aleccionado esos hombres. Dadas las causas, todo vino á ser natural; pero

esto no quiere decir que no merezca vituperios: significa tan sólo que no debe excitar aspavientos. El Historiador, sobre todo, debe ser bastante calmado, para ver claro hombres y hechos y no equivocarse en sus fallos.

Después de copiar el Dr. Borrero el sombrío y repugnante cuadro de Colombia pintado por el P. Berthe dice: "Esta es la Colombia que crearon Bolívar, Sucre y demás héroes de la Independencia; la que constituyeron los sabios legisladores de Angostura y Cúcuta; la que sorprendió al mundo con sus proezas y hazañas y con la sabiduría de sus instituciones políticas; la que ha dejado una memoria gloriosa que durará tanto cuanto duren las Repúblicas que salieron de su seno y las que ella ayudó á independizar del poder español! Se conoce que el *ilustrado* historiador ignora absolutamente la legislación colombiana etc. (1)." Pero ¿qué quería el Dr. Borrero que hiciese el *ilustrado* historiador, si otros escritores, y colombianos para mayor abono del Padre — ¡qué decimos otros escritores! si Bolívar mismo, diremos le han prestado los colores para su obra?

En 1826 habían llegado las cosas á tan mal punto, que el Libertador en la elocuente carta (2) que desde Coro dirigió al General Páez, le decía, entre otras cosas tristes y hasta significativas: "Aseguro á Ud. con toda mi sinceridad que estoy sumamente fastidiado de la vida pública, y que el primer momento dichoso de mi vida será aquel en que me desprenda del mando delante de los representantes del pueblo en la gran Convención. Entonces se convencerán todos de mis más íntimos sentimientos.

---

(1) *Refutación*, pág. 22.

(2) Se la puede ver en la *Vida de Bolívar* de Larrazábal, tomo 2º, pág. 373 y siguientes.

Y á la verdad ¿á qué puedo aspirar?....Jamás he querido el mando: en el día me abruma y aun me desespera. No combatiré yo por él; digo más, me harían favor en sacarme del caos en que me hallo por una pronta muerte. Yo me estremezco cuando pienso, y siempre estoy pensando, en la horrorosa calamidad que amaga á Colombia. Veo distintamente destruída nuestra obra, y las maldiciones de los siglos caer sobre nuestras cabezas como autores perversos de tan lamentables mutaciones. Quiero salir ciertamente del abismo en que nos hallamos; pero por la senda del deber, y no de otro modo................. ¿Será esta la sexta guerra civil que he tenido que apagar? ¡Dios mío me estremezco!"

Bolívar, ora con tristeza profunda, ora con indignación y despecho, habló á sus amigos de la horrible situación á que la demagogia radical había traído á la patria: conocida es su melancólica exclamación: "¡Hemos conquistado el bien de la Independencia, á costa de todos los demás!" Y en carta de 25 de setiembre de 1829 al señor Vergara, su amigo, decía: "Dentro de tres días me voy hacia Santa Marta, por hacer ejercicio, por salir del fastidio en que estoy, y por mejorar de temperamento. Yo estoy aquí renegado: contra toda mi voluntad, pues he deseado irme á los infiernos para salir de Colombia!" (1)

¿Puede caber concepto más espantoso? ¡El infierno era menos malo que Colombia! Esta es una hipérbole escapada sin duda de la pluma que no del corazón del Héroe, estrujado por la ingratitud y la maldad de sus enemigos; pero, hipérbole y todo, prueba que el P.

(1) Id., pág. 558.

Berthe no anduvo descaminado cuando, talvez siguiendo á Bolívar, dijo también: "Colombia se había convertido en un infierno."

No escasean, pues, los testimonios que sacan veraz al Redentorista en este punto y demuestran la injusticia con que le carga su refutador. La cita misma que éste hace de un elocuente trozo del señor Groot, autor de la *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*, nos parece contraproducente: se lamenta el ilustre escritor bogotano de las ruinas de la Gran Colombia; pero ¿cuáles fueron las causas de esas ruinas? ¿dónde estuvieron? ¿cuándo se desarrollaron? El justo colombianismo que enardecía el pecho del anciano señor Groot le traía recuerdos muy hermosos escondiéndole todos los ingratos; ó, cuando menos, entre esas memorias no se le presentó la de lo efímero del bienestar de los colombianos que se asemejaban á los cristianos de los tiempos primitivos, que *parecía que no tenían sino un corazón y una alma.* Entre estos justos de la política republicana de la década que se cerró con la muerte de Colombia, se arrastraban envidiosas las serpientes que luego debían envenenarlo y destruirlo todo. Estas serpientes se llamaban ideas erróneas traídas del seno de la revolución francesa; masonismo, igualmente originario de Europa; celos mutuos de los colombianos de Venezuela y los colombianos de Nueva Granada; envidia y odio contra Bolívar de parte de los que no habían podido elevarse como él á las últimas cumbres de la grandeza y la gloria; ambición desenfrenada de muchos que, habiendo contribuido poderosamente á conquistar la Independencia, creían que ésta les había creado el derecho de dominar en los pueblos arrancados á la corona de España.... "Murió la madre

y se fué todo el bien; todo lo bueno desapareció con Colombia," exclama el señor Groot. Exacto; pero yá hemos visto que antes que muriese la Gran República, los demagogos le habían dejado muy poco bien, y que la mató el mal cuando llegó á su colmo. Venezuela, Nueva Granada y Ecuador no heredamos de la madre sino la Independencia y la gloria, entre los bienes; en cuanto á los males.... ¡el acervo pasó íntegro á las hijas!

No seguiremos adelante sin copiar unos párrafos del *Resumen de la Historia del Ecuador* de nuestro amigo el benemérito Dr. D. Pedro F. Cevallos, pues nos parecen muy oportunos para el caso que vamos dilucidando, y el señor Borrero no podrá rechazarlos. "Desde los primeros días que se dejaron conocer los soldados de la libertad entre nuestros pueblos, acostumbrados á ver el lujo y aparato de los cuerpos españoles, quedaron como absortos y talvez arrepentidos de haber echado tantos vivas á militares pobres, casi desnudos y sucios (1)

---

(1) El autor cita en una nota una curiosa copla popular, que dice:

"Los diablos en el infierno
Se están finando de risa
De ver á los colombianos
Con casaca y sin camisa;"

pero en el libro de los *Cantares del Pueblo ecuatoriano*, que acabamos de dar á luz, entre las *Antiguallas curiosas*, corre esta cuarteta más significativa:

Tiranos fueron los godos,
Los patriotas son lo mismo,
Y de unos ó de otros modos
La Patria está en un abismo."

Y en una décima se leen estos versos:

"Los mismos libertadores
En déspotas se han cambiado."

que con mil géneros de bromas, díscolas ó ingeniosas, pedían ó quitaban, cuando había resistencia, lo que querían. Un acento é idiotismo distintos de los suyos, fanfarronadas agudas, pero sin término, licencias ruidosas, tarquinadas y toda clase de inmoralidades, una arrogancia opresora para con todos; les hizo saber por primera vez que había en la tierra otra especie de gente diversa en hábitos, costumbres y hasta lenguaje. Repugnábales, sobre todo, ver tantos negros con charreteras, y que hasta éstos les mirasen sobre el hombro, cosa que para ellos no podía estar ni estaba en el mapa, como decimos.

"Los hombres timoratos y de religiosa moralidad creían ver introducida la corrupción entre las familias, y aun pensaban que la antigua Presidencia iba á inficionarse de herejía, porque observaban que ni jefes, ni oficiales, ni soldados oían misa ni rezaban, cuando ellos, en lugar de arengas y proclamas, al principiar los combates, se confortaban con rezos y oraciones: la patria á su juicio andaba á pasos largos camino del infierno. Otros sólo escuchaban las disputas ó sólo veían los mismos excesos que reflejaban al vivo el tiempo de los godos, é incapaces de comprender el estado de guerra en que seguía la República, no podían darse la razón por qué habían deseado tan solícitos una libertad huera, cuando no hicieron más que pasar del despotismo español al despotismo militar. En Quito aun hubo quien aventurara fijar un pasquín que decía:

"Ultimo día del despotismo,
Y primero de lo mismo."

"Los hombres pensadores vieron igualmente con sumo desagrado las exageradas preten-

siones de los que habían venido á favorecer la Independencia, y empezaron á sentir el grave peso de esa gratitud que impone el protector al protegido. De cuanto habían esperado de la Independencia, ya satisfecha, sólo conocían sus excesos y extravíos, término á las veces de aquella noble adquisición; por manera que si no se extinguió del todo su fervoroso entusiasmo, llegó á lo menos á enfriarse y quedar como ahogado. Un largo *sartal* de generales, coroneles, comandantes y oficiales, los más de ellos sin educación ni modales, cundían por las oficinas públicas, y sus mandatos, ejecutivos y despolíticos, tenían agitadas y aburridas á las poblaciones. Comandantes en jefe, comandantes departamentales, comandantes de provincia, comandantes de cantones y aun de parroquias, y cruzándose de aquí por allí, tales eran las autoridades que regían en nuestros pueblos, sin que las civiles tuvieran la menor potestad para reprimir, cuanto más cortar los abusos. Los preparativos de la campaña para el Perú y las dos no terminadas todavía contra Pasto habían estancado todos los poderes, y sólo se oía la atronadora voz de los militares. El vaivén incesante de las tropas, vaivén que demandaba reclutas, dinero, bagajes, alojamientos y más auxilios, sin que los transeuntes pudieran contar con la seguridad de sus personas, ni de sus animales, ni de otras propiedades, apuraba el sufrimiento. Aun nuestro mezquino comercio interior, si no del todo cerrado, estaba paralizado, la agricultura sin brazos, la industria muerta, y los oficios reducidos á los que, según dijimos llamaban *maestranzas*.

"Apenas conocían la Constitución que les regía y menos las leyes y reformas que se habían dado para la República. A la inmensa

distancia en que estaba la Capital para no poder conocer la acción benéfica del Gobierno, se unió el estorbo de la provincia de Pasto que, siempre en disposición de hacer armas, los ponía fuera de comunicación cuando menos se pensaba. Absorbidos en la guerra por dentro y fuera de la República, no se daba un solo paso que pudiera reformar aquel sistema absurdo de privaciones y restricciones con que la Corte de España había ofendido á los colonos. Acaso el único bien que por entonces se obtuvo fue la admisión de los indios á los colegios que en tiempo de la metrópoli les estaban vedados, pues el Libertador decretó en favor de esos desgraciados algunas becas ó plazas.

"Hubo, si, haciendas improvisadas que se levantaron á causa de los mismos abusos de los gobernantes, porque hay ciertos hombres para quienes la patria está en el bienestar de sus personas y en los medros. El Libertador, hombre de bronce y azogue para la resistencia y la movilidad, pasaba, repasaba y trajinaba por nuestros pueblos, según lo demandaban las necesidades, de la política ó la guerra, y estos viajes costaban al Estado sumas inmensas, atenta su pobreza. Autorizados los jefes políticos para hacer los gastos de recibimiento con cuanto lujo fuera imaginable, acudían á los pueblos de su jurisdicción ordenando que uno contribuyese, por ejemplo, con el carbón y leña, otro con las legumbres, otro con la carne de cacería, etc. y en fin, con los bagajes, especie de saqueo legal establecido hasta nuestros días, sin que haya podido repararse el mal del todo. (1) Después que los jefes políticos y aun otras autori-

(1) García Moreno, cuya mano reformadora no descuidaba nada, lo extirpó completamente.

dades superiores tiranizaban así á los pueblos, se databan en las cuentas de quinientos, de ochocientos, de mil pesos invertidos en un almuerzo ó merienda que talvez no probaba el Libertador, porque era tal la rapidez de sus viajes y tales las circunstancias á que estaba sujeto, que muchas veces paraba donde no le aguardaban, ó no descansaba donde debía quedarse.

"Y *todavía* se *habrían conformado* nuestros pueblos aun con estos abusos, sino hubieran asomado otros de distinto género. Un día [12 de abril de 1823] se había agolpado la gente en la plaza de Santo Domingo de Quito, con motivo de ver la ejecución de la sentencia de muerte á que fueron condenados los conspiradores Muñoz y Quiñones, el llamado Valle y un soldado. El *Comandante militar, Teniente coronel* Ramón Chiriboga, bajo la intendencia del General Salom, había tenido dispuesta una recluta y creyendo que la ocasión era la más oportuna para el objeto, dio las órdenes convenientes para llevarla á cabo. Consumada la ejecución, escoltas preparadas de antemano cubrieron los cuatro ángulos de la plaza y las puertas de las casas y tiendas, y entraron otras á tomar y amarrar hombres. El deseo de escaparse hizo que corrieran en distintas direcciones buscando salidas que no hallaban;—de modo—que yendo y viniendo desesperadamente muchachos, mujeres, y arremolinándose en confusión, perseguidos por el sable ó la culata del fusil, resultaron muertas treinta y seis personas de todo sexo y condición, unas á sablazos, otras á culatazos y otras por opresión ó sofocación. La recluta se hizo sin excepción de personas, desde el primer pisaverde hasta los indios aguadores.

"No hablaremos de las flagelaciones dadas

á los Tenientes parroquiales, á quienes obligaban á otorgar recibos del número de látigos, de las groserías é insolencias en los alojamientos, de las orgías escandalosas en que los músicos, cuando menos salían rotos de las cabezas, de las mujeres forzadas ó seducidas; porque esto sería explayarnos demasiado.

"Si los españoles encastillados en el Perú y en actitud dispuesta para lanzarse contra el pueblo que estuviera flaco, no hubieran obligado á tolerar tantos abusos, el Ecuador habría maldecido la protección de sus hermanos del Norte y Centro, y talvez, como Pasto, aunque no fuera sino hasta contar con sus propias fuerzas para vencer á los enemigos se habría mantenido también rebelde y disidente. Pero la guerra de la vecindad, cuyos clarines alcanzaban á hacerse oir hasta nosotros, y cuyos malos resultados habían de pesar más inmediata y principalmente sobre la Colombia meridional, aconsejaban tolerar con prudencia las arbitrariedades y atropellamientos, y miraron nuestros padres como necesaria la resignación de sobrellevar pacientes aquellos males que podían considerarse como transitorios (1)."

El Dr. Borrero convendrá con nosotros en que ese cuadro puesto allí á nuestra vista por un escritor imparcial y concienzudo, es bastante feo y repugnante.

Y bien: ¿qué hacemos ahora? ¿condenamos al P. Berthe y absolvemos á Bolívar y al historiador Cevallos? ¿ó condenamos á todos á cierra ojos? Nosotros no haremos esto, porque no nos gusta renegar de la historia, por más que maltrate al orgullo nacional sacando

(1) *Resumen de la Historia del Ecuador*, por Pedro F. Cevallos, tomo IV, pág. 21 y siguientes.

á plaza flaquezas, vicios y crímenes; con lo que *sí no* podemos convenir es con que la pasión y la falsedad, guiada por ella, se encaramen al puesto que de *juro* pertenece sólo á la verdad. "La historia es historia," dice el célebre autor de los *Heterodoxos Españoles* y por muy severa y cruel que se presente, no hay que hacer otra cosa sino descubrirnos é inclinarnos ante ella. La historia misma, eso sí, cuando la filosofía le pregunta cuáles fueron las causas de los males lamentados que vinieron á contrabalancear los beneficios de la Independencia, responde que fueron la revolución y la guerra que siempre lo conmueven todo y lo desquician, pues traen por compañeras la violencia y la desmoralización: revolución es trastorno del orden, siquiera sea para restablecerlo sobre otras bases; guerra es barbaridad, por más que se la haga para conquistar ó restablecer un derecho, y á la revolución y á la guerra se obligaron nuestros padres, una vez resueltos á desmembrar de los dominios de España el territorio americano en el cual querían fundar su patria libre. El corte dado al tendón que unía la España europea y la España americana dejó terrible llaga en una y otra; en aquella fué dolorosa y tardó en cicatrizarse, y en ésta fue, además, purulenta y cancerosa — llaga que hasta vino á engendrar gusanos asquerosos!.... Pero el corte fue completo y decisivo; esto es, la revolución alcanzó su principal objeto, cual fue la Independencia: grande bien, no hay como dudarlo, que si vió surgir inmediatamente tras él la anarquía y la desmoralización, no fue por culpa del hecho de la emancipación, pues el bien no puede ser origen del mal, ni menos á causa del Héroe que la conquistó, sino que brotaron de otros elementos agenos á la inmensa y trascendental

evolución política susodicha y á la voluntad del genio que la efectuó.

La llaga [volviendo á nuestra alegoría] no sólo causó daño mortal á la Gran República y consumió la preciosa vida de su creador, sino también se trasmitió, cual por herencia á los Estados en que se dividió Colombia. ¡Y qué pertinacia de úlcera! Ciérrase á veces, pero en falso, y la demagogia, que se alimenta de ella, cuida de rasgarla y avivarla con frecuencia. ¿Cuál será el remedio? Cuál ha de ser, sino la acción enérgica y perseverante de un patriotismo ilustrado y lleno de abnegación, de una política juiciosa y libre, por lo mismo de toda utopía y todo sueño calenturiento de innovaciones *á la moderna*, y de una moral rígida y sólida que no se salga un punto de las prescripciones cristianas, y de la cual estén embebidas Constitución y Leyes, costumbres privadas y públicas, todas las enseñanzas que se dan á la juventud, todas las magistraturas y todos los componentes gubernativos y administrativos del poder público así nacional como municipal, tanto civil como eclesiástico. He aquí en síntesis el plan de la política reformadora de García Moreno, tan censurada por los que no la comprendieron, tan combatida por la demagogia que veía en ella la ruina de su imperio.

Pero no pasemos adelante sin tocar otros puntos traídos á juicio por el P. Berthe y el Dr. Borrero, y que están pidiendo dilucidación siquiera breve.

———

CAPITULO V

Bolívar político. — Bolívar cristiano. — ¿Hubo en la América española verdadera soberanía de Jesucristo?—García Moreno trabajó por establecerla en el Ecuador. — Errado concepto del Dr. Borrero acerca de la protección que se daba á la Religión en Colombia. — El Patronato. — El Congreso de Cúcuta. — El Obispo de Mérida.— El Dr. Baños. — Testimonio respetable del Arzobispo de Caracas.—Falsedad ó hipocresía de los decretos del Congreso y del General Santander, en sentido ortodoxo y moral.

No nos parece que el sentir del P. Redentorista va por sus cabales, cuando mira á Bolívar como político. Es cierto que en el cerebro ardoroso del Libertador habían prendido varias de las ideas político-sociales que privaban en su tiempo, y aún sin la enseñanza de D. Simón Rodríguez, su maestro, que juzgamos no fue mucha ni poderosa como acaso se ha creído, nuestro Héroe no habría podido librarse del filosofismo que reinaba al amparo de la moda. Había visto y palpado la honda y trascendental evolución que cambió la faz moral de Europa, y halagado por sus ventajas reales ó ficticias, no paró mientes en sus partes malas. Con todo, el claro talento de Bolívar y su admirable buen juicio hicieron que las teorías que le habían seducido no pasaran de teorías. Parece que las había colgado en la galería de su memoria sólo como cuadros artísticos, mas sin ánimo de imi-

tarlos. El Bolívar práctico difería mucho del Bolívar soñador con el *Contrato Social:* jamás quiso ser protagonista de una novela romántico-política, sino de una historia severa y grandiosa. Por esto le odiaron de muerte los liberales, que le hallaron contradictorio: habían creído ver en él señales de ser suyo, y dieron con un conservador y católico que no podía acomodarse á las ideas y pretensiones de ellos tan brillantes de corteza y tan nocivas de meollo. El odio de los liberales y masones contra el Libertador, es la mejor justificación de su política. Fácilmente podríamos probar con la exposición de numerosos hechos cuanto acabamos de decir en brevísimo compendio; pero no es éste el asunto principal de nuestro libro, y añadiremos sólo algunos conceptos que nos parecen necesarios para corregir los del P. Berthe. En seguida rectificaremos también algunos errores del Dr. Borrero, y concluiremos esta parte de nuestra labor, en la que el nombre de García Moreno brilla apenas incidentalmente. Ya vendrá el *Héroe-mártir* á llenar las páginas de este volumen, acompañado de su panegirista que derrama sobre él la luz del amor y la veneración, y de su fiscal que trata de envolver á elogiado y elogiador en sombras de odio y vituperio.

Bolívar no fue un *político de cortos alcances*, sino todo lo contrario. El guerrero y el estadista se juntaban en él en perfecta armonía, y si le vemos más afortunado en las armas que en la política, no es por su culpa: las fuerzas con que combatió siempre fueron unas; mas no las fuerzas contra las cuales combatió. Los españoles cayeron bajo la espada del Libertador; pero los demagogos, más fuertes que los españoles, abatieron al Libertador y destrozaron á Colombia. Estos dos resultados en luchas tan

diversas, no arguyen contra la política del Héroe: sólo son un ejemplo más en la historia de que muchas veces el elemento bueno es arrollado por el malo, inmediatamente después que ha sucedido lo contrario. La Independencia fue una gran victoria, y el triunfo de la demagogia y la anarquía una gran derrota; la primera fué obra de Bolívar y la segunda de quienes de él se separaron, no ya para obrar en beneficio de la patria, sino sólo de sí mismos (1).

Por intuición política comprendió Bolívar la necesidad de la independencia americana juntamente con la precisión de aprovechar, á fin de alcanzarla, lo propicio del tiempo en que la Providencia le llamaba á la escena pública. Creemos que esa penetración está visible en el juramento del Monte Sacro que tuvo algo de providencial y profético. Obra del tino político del Libertador fue el haberse decidido por la forma republicana centralista. La República fue necesaria, porque á ella tendía el pensamiento de casi la generalidad de los próceres; porque la guerra se hizo no sólo contra los *españoles*, más también contra los *realistas*; porque la revolución había levantado el elemento popular, y porque el ejemplo yankee se imponía como tentación poderosa; y el centralismo era indispensable para que la República se sostuviera contra los elementos que la combatían, entre los cuales era todavía á la sazón el principal

(1) "En la época marcial.... el genio de Bolívar se levanta y rige, por natural imperio, una legión de héroes. Bolívar, el libertador, pudo ser también organizador; facultades tenía para serlo, como lo demostró en medio de los afanes de la guerra; pero le faltaron fuerzas para contrarrestar los elementos destructivos que aparecieron y le impidieron consolidar su obra." — Don Miguel Antonio Caro.—*Artículos y Discursos*, tomo 1º, pág. 205.

el elemento godo. No podría haberse continuado la guerra sin la fuerza de la unidad de Colombia — sin Colombia con una sola cabeza, un solo corazón y un solo brazo. Obra de consumada política fue la ayuda prestada al Perú y Bolivia para que sacudiesen el yugo colonial, y el poder español no conservase en Sud-América punto ninguno de apoyo para una reacción. Obra de sabia política fue, por fin, el haber rehusado Bolívar la corona imperial después de haberse ceñido los laureles de Libertador. Si la organización de Colombia fue un tanto defectuosa, si sobrevinieron los males que hemos traído á colación, si sucumbió el Héroe y cayó su obra en desbarajuste y ruina, todo debió tener una causa, la cual no podía ser otra que la que hemos apuntado; causa que se presentó tan poderosa, que habría dado los mismos fatales resultados aun cuando Colombia hubiese tenido la virilidad de la República del Norte y Bolívar hubiese imitado la política de Washintong. Seamos francos y confesemos que no faltó buena política bolivariana, sino que sobró acción demagógica. No hay justicia en negar á Bolívar el título de verdadero Libertador de los pueblos, á causa de los que malearon su obra redentora; no hay justicia, no, en decir que "si él arrojó de la América á los tiranos que la oprimían en nombre de la omnipotencia real, fue para entregarla á una horda de tiranuelos que la arruinaron en nombre del pueblo soberano." Bolívar no se la entregó, sino que los tiranuelos la atraparon violentamente; y para hacerlo derribaron primero á Bolívar.

Es oportuna la cita que hace el Dr. Borrero del juicio del P. Solano sobre el Libertador. El sabio religioso azuayo, para enaltecer al Héroe, trae algunos pensamientos de éste en su

discurso cuando presentó su proyecto de Constitución al Congreso de Angostura. ¡Qué pensamientos! Con razón entusiasmaban al P. Solano. Nosotros también queremos ponerlos aquí: "La libertad es un alimento, pero de difícil digestión. Nuestros débiles conciudadanos tendrán que robustecer su espíritu, mucho antes que logren el saludable nutritivo de la libertad. Entumecidos sus miembros por las cadenas, debilitada su vida en las sombras de las mazmorras, y aniquilados por las pestilencias serviles, ¿serán capaces de marchar con paso firme hacia el augusto templo de la libertad? ¿serán capaces de admirar de cerca sus espléndidos rayos y respirar sin opresión el éter puro que allí reina?.... Muchas naciones antiguas y modernas han sacudido la opresión; mas son rarísimas las que han sabido gozar de algunos preciosos momentos de libertad; muy luego han recaído en sus antiguos vicios políticos, porque son los pueblos más bien que los gobiernos, los que arrastran tiranía.... No aspiremos á lo imposible, no sea que por elevarnos á la región de la libertad, descendamos á la región de la tiranía. De la libertad absoluta se desciende siempre al poder absoluto, y el medio entre estos dos términos es la suprema libertad social. Teorías abstractas son las que producen la perniciosa idea de una libertad ilimitada."

Añadamos algo más que corrobore á maravilla el concepto que el P. Solano tenía de Bolívar, y que, en vez de mostrarle al mundo cual *político de cortos alcances*, preséntalo como político filósofo digno del calificativo de *incomparable* que le ha dado el P. Berthe. D. Guillermo White había censurado el discurso del Libertador pronunciado en el Congreso de Guayana, y el Héroe, sin ofenderse de la censura de su

amigo, le escribía con fecha 26 de marzo de 1820 explicando y dando amplitud á las ideas de su discurso. Larrazábal se admira con razón "del lujo de verdades políticas y de razones prácticas, decisivas, que parecen, cada vez más, dictadas por el genio de la sabiduría y que revelan el conocimiento anticipado que aquel hombre extraordinario tenía de todas las cosas"; y luego extracta las siguientes sentencias que son terrible reproche desde entonces lanzado por el Libertador á la faz de cierta escuela política que, para daño de la América, tanto se ha difundido en ella en tiempos posteriores. ¡Atención, liberales, que Bolívar habla!

"Sin moral republicana no puede haber gobierno libre." "Si ha de haber República en Colombia, es preciso que haya virtud política." "Yo tengo poca confianza en la moral de nuestros conciudadanos." "Tan tirano es el gobierno democrático absoluto, como un déspota." "Sin estabilidad, todo principio político se corrompe y termina por destruirse." "La educación forma al hombre moral; y para formar un legislador se necesita ciertamente educarlo en una escuela de moral, de justicia y de leyes." "No hay libertad legítima, sino cuando ésta se dirige á honrar la humanidad y perfeccionar su suerte; lo demás es de pura ilusión, y quizás de una ilusión perniciosa." (1)

Podría formarse un libro del *espíritu de Bolívar* entresacando los mejores pensamientos de sus proclamas y discursos y, sobre todo de sus cartas, y sería un espíritu de política conservadora muy sesuda, muy pertinente, sobre todo, para llenar las necesidades de Colombia

(1) Vida del Libertador, tomo II, pág. 43.

tan "joven, bella, rica y con esperanzas de serlo todavía más (1)."

Ya hemos dicho que la mayor parte de nuestros próceres habían roto con la tradición católica, seducidos por los principios erróneos traídos de fuera; pero Bolívar fue quien resistió más á la peste heterodoxa con la fuerza del talento y el juicio. Al hablar de la fe del Libertador, Restrepo se contenta con decir que "pensaba libremente", mas en la historia hallamos pruebas de que pensaba como católico. La libertad, la luz, el honor y la dicha eran para él dones de la Providencia divina (2); se congratulaba de que los Padres de San Francisco de Bogotá hubiesen asociado "el saber de la Religión á los sencillos preceptos de la naturaleza." Hacía luego el elogio del instituto franciscano, "orden que fue siempre la primera en santidad monástica", y añadía: "No: jamás las bendiciones del Cielo han podido derramarse á la tierra por un canal más puro que el del ministerio de nuestros maestros, de nuestros pastores, de nuestros oráculos. La augusta verdad no puede ofrecerse á los hombres bajo formas más majestuosas, sino cubiertas con el manto celestial y resplandeciente con los rayos de la *Sabiduría Eterna* (3)." Bolívar llevaba siempre consigo un capellán, y que lo respetaba, dícelo el hecho de haberle defendido una vez en Valencia contra los ultrajes del impío Escuté, á quien reprendió ásperamente (4). Los pensamientos mismos que hemos transcrito

(1) D. José Caicedo Rojas, *Recuerdos y Apuntamientos*, pág. 199.

(2) Proclama del 8 de mayo de 1820. Larrazábal, página 22.

(3) *Larrazábal, pág.* 24.

(4) Id., pág. 384.

para demostrar la cordura política del Libertador, ¿no son pensamientos cristianos? Pero el testimonio más elocuente de la hortodoxia de Bolívar, es su carta al Obispo de Popayán, Ilmo. Sr. Jiménez de Padilla, negándose á admitirle la renuncia de su alto cargo eclesiástico. Larrazábal cita de ella sólo un corto párrafo; mas Groot tráela *in extenso*, así como lo hace el Dr. Borrero. Imitemos á los dos últimos: "Ilustrísimo Señor: Tengo la honra de contestar la muy favorecida carta de US. Ilma., que poco antes de entrar á esta ciudad [Pasto] anteayer, tuvo la bondad de poner en mis manos el señor Secretario del Obispado, Don Félix Liñán y Haro.—Es ciertamente con la más grande complacencia que he visto expresar á US. Ilma. los sentimientos de consideración y aprecio hacia mi persona y las protestas francas y generosas con que descubre el fondo de su conciencia religiosa y política. No son los franceses solos los que han estimado y áun admirado á los enemigos constantes, leales y heroicos. La historia, que enseña todas las cosas, ofrece maravillosos ejemplos de la grande veneración que han inspirado en todos tiempos los varones fuertes, que, sobreponiéndose á todos los rigores, han mantenido la dignidad de su carácter delante de los más fieros conquistadores, y áun pisando los umbrales del templo de la muerte. Yo soy el primero, Ilmo. Señor, en tributar mi entusiasmo á todos los personajes célebres que han llenado así su carrera hasta el término que les ha señalado la Providencia. Pero yo no sé si todos los hombres pueden entrar en la misma línea de conducta, sobre una base diferente. El mundo es uno; la Religión es otra. El heroísmo profano no es siempre el heroísmo de la virtud y de la Religión; un

guerrero generoso, atrevido y temerario es el contraste más elocuente de un pastor de almas. Catón y Sócrates mismos, los seres privilegiados de la moral pagana, no pueden servir de modelo, á los próceres de nuestra sagrada Religión. Por tanto, Ilmo. Señor, yo me atrevo á pensar que US. Ilma., lejos de llenar el curso de su carrera religiosa en los términos de su deber, se aparta notablemente de ellos, abandonando la Iglesia que el Cielo le ha confiado, por causas políticas y de ningún modo conexas con la viña del Señor. — Por otra parte, Ilmo. Señor, yo quiero suponer que US. Ilma. está apoyado sobre firmes y poderosas razones para dejar huérfanos á sus mansos corderos de Popayán; mas no creo que US. Ilma. pueda hacerse sordo al balido de aquellas ovejas afligidas y á la voz de Colombia, que suplica á US. Ilma. que sea uno de sus conductores en la carrera del cielo. US. Ilma. debe pensar cuántos fieles cristianos, tiernos é inocentes van á dejar de recibir el sacramento de la Confirmación, por falta de US. Ilma. y cuántos jovenes alumnos de la santidad, van á dejar de recibir el augusto carácter de Ministros del Creador, porque US. Ilma. no consagra su vocación al altar y á la profesión de la sagrada verdad. US. Ilma. sabe que los pueblos de Colombia necesitan de curadores, y que la guerra les ha privado de otros divinos auxilios por la escasez de sacerdotes. Mientras Su Santidad no reconozca la existencia política y religiosa de la Nación Colombiana, nuestra Iglesia ha menester de los Ilustrísimos Obispos que ahora la consuelan de esta orfandad, para que llenen en parte su carrera mortal. — Sepa US. Ilma. que una separación tan violenta, en este hemisferio no puede sino disminuir la universalidad de la Iglesia Roma-

na, y que la responsabilidad de esta terrible separación recaería más particularmente sobre aquellos que pudiendo mantener la unidad de la Iglesia, hayan contribuido, por su conducta negativa, á acelerar el mayor de los males, que es la ruina de la Iglesia y la muerte de los espíritus en la eternidad. Yo me lisonjeo de que US. Ilma. considerando lo que llevo expuesto, se servirá condescender con mi ardiente solicitud, y que tendrá la bondad de aceptar los cordiales sentimientos de veneración que le profesa su atento, obsecuente servidor. —Bolívar." Vaya un trozo más respecto de lo que venimos tratando, y que nos perdonen quienes no gusten de la superabundancia de pruebas. "He mandado, decía el Libertador al Señor Méndez, Arzobispo de Caracas, que se invite á los Ilustrísimos Arzobispos y Obispos de Colombia para que hablen á su Clero y diocesanos con motivo del criminal suceso de la noche del 25 (1) ....; pero quiero dirigirme á U. con particularidad para que, con mayor instancia, exhorte á los Ministros á que no cesen en la predicación de la moral cristiana y de la necesidad del espíritu de paz y de concordia para continuar en la vía del orden y de la perfección social. Del desvío de los sanos principios ha provenido el espíritu de vértigo que agita al país; y cuando se enseña y se profesan las máximas del crimen, es preciso que se haga también oir la voz de los pastores que inculque la del respeto, de la obediencia y la virtud (2)."

Hemos defendido al Libertador como polí-

---

(1) La noche del 25 de setiembre de 1828, en la que se atentó contra la vida del Libertador.

(2) Larrazábal, *Vida de Bolívar.*

tico y como hombre de fe religiosa. Pudiéramos habernos extendido más en consideraciones á este respecto; pero, lo repetimos, es otro el objeto principal de nuestra obra. Veamos ahora *si el Dr. Borrero tiene razón en otras cosas en* que combate contra el P. Redentorista.

Lleva á mal que éste haya dicho que para la salvación de América era preciso otro Bolívar, "bastante fuerte para arrojar de ella á los revolucionarios, y bastante cristiano para reemplazar la soberanía del pueblo con la de Cristo y los derechos del hombre con los de Dios." "No *comprendemos*, añade el escritor azuayo, lo que el P. Berthe ha querido decir. Cristo ha sido soberano en América, desde los tiempos de la conquista; lo fue en la antigua Colombia, y lo es hoy: y su soberanía es tal, que ningún gobierno, ni ningún parlamento del mundo, han hecho lo que el Congreso y el Gobierno del Ecuador, hicieron en 1887: manifestar por medio de un acto legislativo, no sólo su adhesión á las enseñanzas de León XIII, como Jefe de la Iglesia católica, sino también su adhesión á la soberanía temporal de los Papas."

No hay exactitud en decir que era necesario *reemplazar* con la soberanía de Cristo la del pueblo y con los derechos de Dios los del hombre: no se *reemplaza* una cosa que no existe, y antes de la revolución que triunfó con Bolívar no había en la América española soberanía del pueblo ni derechos del hombre: sólo había el gobierno despótico de los reyes de España que reemplazara al gobierno igualmente despótico de los emperadores y régulos indios. Por lo demás, no puede ser más clara la idea del P. Berthe: quiere el Padre que las instituciones que vinieron con la emancipación fuesen amoldadas á la doctrina católica, y creemos que el

Dr. Borrero sabe como nosotros cual es esa doctrina y de qué manera la República puede armonizar con ella.

En cuanto á la soberanía de Jesucristo en América, si consistiera únicamente en la fe del carbonero, en rezar mucho, en la abundancia de clérigos y frailes, en la riqueza de los templos, la magnificencia de las fiestas y la exclusión de todo otro culto que no sea el católico, diríamos que el refutador del Redentorista tiene razón: todo eso había en América; pero algo más, por no decir mucho más, era necesario para que Jesucristo reinara verdaderamente. La fe era ardorosa, mas no fecunda, excepto en algunas almas privilegiadas, que se elevaron hasta la santidad; las costumbres tenían mucho de patriarcal, merced al aislamiento y á la ignorancia de cuanto pasaba en el mundo, pero predominaban en ellas gustos y prácticas materiales que no estaban acordes con las prescripciones evangélicas; se oía misa y se rezaba el rosario, mas la frecuencia de sacramentos, especialmente en la alta sociedad, era casi desconocida: la gente de nota no confesaba y comulgaba sino *in artículo mortis*; las fiestas religiosas eran suntuosas, pero, con raras excepciones, el clero había tocado en los últimos extremos de la relajación; no se toleraba, no diremos un error contra el dogma, pero ni aun palabras malsonantes que pudieran ofenderlo, mas la disciplina de la Iglesia yacía postrada bajo el peso abrumador de los intereses de la Corona sostenidos por el regalismo. Tal era el *imperio de Jesucristo*, á quien parece que los reyes de España habían dicho: la fe es para tí y todo lo demás para nosotros. De aquí venía que en la América estuviese en práctica el consejo que Lutero daba á su amigo Melancthon:

"Peca fuertemente, pero más fuertemente cree y alégrate en Cristo."

¿Conque Jesús "ha sido soberano en América, desde los tiempos de la conquista; lo fue en la antigua Colombia, como lo fue en el Ecuador, antes de García Moreno, y lo es hoy?" García Moreno quiso que lo fuese verdaderamente en nuestra patria; quiso que á la fe que los ecuatorianos tenían y tienen aún por abolengo, se añadiesen las buenas obras que la vivifiquen, las costumbres arregladas que la demuestren; quiso más, y fue dar á ese imperio divino cimientos que le hiciesen resistir á los embates del liberalismo que viene bregando por quitar toda potestad al Hijo de Dios para darla al demonio. Y el Dr. Borrero, para aumentar fuerza á su raciocinio, añade que la soberanía de Jesucristo en nuestra República "es tal, que ningún Gobierno ni ningún parlamento del mundo, han hecho lo que el Congreso y el Gobierno del Ecuador hicieron en 1887: manifestar por medio de un acto legislativo, no sólo su adhesión á las enseñanzas de León XIII, como Jefe de la Iglesia Católica, sino también su adhesión á la soberanía temporal de los Papas." No ha querido decir el escritor azuayo si esto le pareció bien ó mal: habríamos deseado que lo dijese. Mas pase esta omisión, cualesquiera que hayan sido los motivos de ella, y vamos á un punto de más importancia. ¿Cómo probaría el Dr. Borrero que no es verdad cuanto acabamos de decir acerca del estado religioso y moral del Ecuador, bajo el régimen monárquico y hasta muchos años después de la Independencia? ¿Sería capaz de negar que aquel estado lamentable vino á reacción poderosa y feliz, merced á la iniciativa é impulso de García Moreno? Y aquel hecho del Gobierno y Con-

greso ecuatorianos en 1887, ¿dónde tuvo su verdadero origen si no es en la reforma promovida y llevada á término, en cuanto le fue posible, por ese hombre extraordinario? Actos parecidos al que ha recordado el impugnador del P. Berthe, honrando sin quererlo la memoria de García Moreno, hizo éste años antes; y ahí está como ejemplo entre otros que pudiéramos citar, la enérgica protesta contra la usurpación de los dominios del Papa, cuando todos los Gobiernos del mundo callaban ante ese delito perpetrado por la ambición y la impiedad. ¿Por qué el Dr. Borrero no ha hecho siquiera breve alusión á esa protesta que tan aplaudida fue por los católicos de ambos mundos, como vituperada por la prensa liberal y masónica? ¡Ah! obra de García Moreno ¡qué iba á ser buena! .... ¡qué iba á ser digna de que se la recordara en un libro destinado á echar por tierra el catolicismo del hombre á quien tan erradamente llama el P. Berthe *Vengador y Mártir del Derecho Cristiano*! ....

El Dr. Borrero, en apoyo de su juicio respecto del catolicismo en Colombia y después en el Ecuador, trae á cuento varias disposiciones legislativas ó procedentes de los Gobiernos, las cuales tienen en verdad fondo y colorido muy ortodoxos. No queremos ni podríamos negar la autenticidad y valía de esos documentos, ni habría para qué. Pero ¿se practicaba lo que se ordenaba? No tenemos noticia de ello. Sin duda hubo ocasiones en que la buena fe y la convicción religiosa de los legisladores y los Gobiernos produjeron decretos y órdenes favorables á los intereses de la Iglesia y de la moral; pero las más de las veces obedecían á una necesidad política, porque era manifiesta la conveniencia de halagar el sentimiento católico del pueblo ó

de acallar la conciencia de los eclesiásticos. Conseguido esto, el decreto ó la orden ministerial pasaban al cementerio á donde va toda *letra muerta* : al archivo de donde, andando los tiempos, puede sacarlos algún historiador ó algún polemista para el uso que le convenga. Diga el Dr. Borrero si esto no es verdad. Si se hubiesen practicado esas disposiciones, claro se está que las cosas, en punto á religión y buenas costumbres, habrían andado de muy diversa manera, y la soberanía de Cristo no habría sido combatida áun por los católicos mismos con obras que tanto discordaban de su fe. ¿Quiérese una prueba de que los decretos legislativos en esta materia tenían sólo congruencia ficticia y eran por tanto estériles? Véase cómo si el Congreso de Cúcuta, por ejemplo, daba la ley del 22 de agosto, citada por el Dr. Borrero, según la cual los RR. Arzobispos, Obispos ó sus vicarios reasumían la jurisdicción eclesiástica, se advertía que era *puramente en lo espiritual*; pues por otra parte se quería conservar, y se conservaba en efecto intacto el Patronato, activo fomes de desarreglos y otros males para la Iglesia. Es verdad que dicho Congreso no declaró que el Patronato era ley de Colombia, pero tampoco abolió el derecho que á este respecto habían ejercido los reyes, y esa ley se hallaba vigente de hecho, mientras no se celebrase el Concordato, para cuyo acto fue investido el Gobierno de las facultades necesarias. Y el Concordato quedó en proyecto, y vino el Congreso de 1824, y este Congreso, como no lo ignora el Dr. Borrero, expidió la "Ley que declara que toca á la República el ejercicio del derecho de Patronato, tal como lo ejercieron los reyes de España." (1)

---

(1) La aprobó el Congreso el 22 de julio de dicho año,

Los dos primeros *considerandos* de esa ley son los siguientes: "1º Que el Gobierno de Colombia no sólo debe sostener *los derechos que tiene* como protector de la Iglesia, sino también los que le *competen* en la provisión de beneficios en razón de la disciplina, bajo la cual se establecieron las iglesias de este territorio, *que hasta ahora no ha sufrido alteración;* 2º Que esta disciplina ha sido la del Patronato, de que estuvo en posesión y ejercicio, *sin ninguna restricción ni limitación* el Gobierno Español, por espacio de siglos que duró su dominación en estos países." Los tres primeros artículos dispositivos son estos: "Art. 1º La República de Colombia debe continuar en el ejercicio del derecho de Patronato que los reyes de España tuvieron en las iglesias metropolitanas, catedrales y parroquiales de esta parte de la América. Art. 2º Es un deber de la República de Colombia y de su Gobierno *sostener este derecho, y reclamar* de la Silla Apostólica que en nada se varíe ni innove; y el Poder Ejecutivo *bajo este principio* celebrará con Su Santidad un Concordato que asegure para siempre é irrevocablemente esta prerrogativa de la República, y evite en adelante quejas y reclamaciones. Art. 3º El derecho de Patronato, el de tuición y protección, se ejercerán: 1º por el Congreso; 2º por el Poder Ejecutivo con el Senado; 3º por el Poder Ejecutivo sólo; 4º por los Intendentes; 5º por los Gobernadores. La Alta Corte de Justicia y las Cortes Superiores, conocerán de los asuntos contenciosos que se suscitaren en esta materia, y que se detallarán por esta ley."

Los artículos del 4º al 42º que es el último,

---

y la sancionó el 28 el Gral. Santander, Encargado del Poder Ejecutivo, como Vicepresidente de la República.

contienen la parte reglamentaria de la ley: ley que conculcaba los derechos de la Iglesia, que maniataba á los prelados, que daba al poder civil facultades amplísimas en asuntos que en manera alguna le correspondían; ley impía y sacrílega cuyo estudio explica en gran parte la lucha casi perpetua en que vivían los Obispos con las autoridades laicas, y la relajación de las costumbres del clero y de la sociedad civil. Hemos textado intencionalmente ciertas palabras y frases que por sí solas demuestran lo que fue el Patronato, que *no había sufrido alteración ninguna* hasta que el Congreso Colombiano de 1824 lo recogió de entre los despojos monárquicos que quedaron después de la Independencia, y que *había sido ejercido sin ninguna limitación ni restricción.* Este sólo documento basta para anular la fuerza que podían tener los citados por el escritor azuayo como argumento en favor de su afirmación acerca de la soberanía de Cristo en Colombia. ¡Bonita soberanía, en la cual los derechos de la Iglesia habían caído en manos profanas, no para ser defendidos, sino para ser desvirtuados y á veces abolidos en provecho de los intereses políticos del Estado!

'Muéstrase el Dr. Borrero entusiasta defensor de la Convención de Cúcuta, asamblea superior, en su concepto aún al Congreso que Bolívar llamaba *el admirable.* Es verdad que á esa Convención concurrieron patriotas eminentes é ilustradísimos; pero la mayor parte eran hombres que juntaban á sus virtudes cívicas y sus luces, ideas nada conformes con la fe y la doctrina moral de la Iglesia. Bajo este aspecto el P. Berthe no anda fuera de camino; pero sí se equivoca, sin duda por falta de buenos informes y documentos, cuando dice que

ese Congreso se juntó bajo la dirección del General Santander; por el contrario hasta fue opuesto á la reunión de la Asamblea de Cúcuta, no porque temiese que salieran de ella leyes y decretos contrarios á los principios católicos, sino porque recelaba que menoscabara los fundamentos del Gobierno militar que era tan de su gusto, como que se prestaba y presta siempre á la preponderancia de la fuerza bruta contra la justicia. Santander hasta llegó á injuriar gravemente al Congreso en la Gaceta de Cundinamarca (1). Por lo demás, no debió de disgustarle cuanto hacía el Congreso en armonía con sus ideas irreligiosas (2). Para persuadirse de que no eran ortodoxas las ideas domi-

---

(1) *Documentos para la historia* publicados en *El Orden* de Bogotá; Nº correspondiente al 15 de noviembre de 1890; Carta V, pág. 390.

(2) Véanse los mismos documentos, número de *El Orden correspondiente* al 11 de diciembre de 1890, *Carta* XI, pág. 490. En ella se acusa á Santander de haberse rodeado de hombres inmorales, de haber sembrado la discordia y predicado la irreligión. En este punto hay una nota que dice: "recordamos que Santander, á presencia de muchos, se pronunció abiertamente contra la existencia de uno y otro clero, y manifestó su disgusto de que en este país se hubiera dicho la primera misa." El Sr. D. Miguel Antonio Caro, que ha juzgado á Santander con más serenidad que el Sr. Urizarri,—aunque éste le lleva la ventaja de haber sido testigo ó conocedor inmediato de los hechos en que funda sus acusaciones,—en su sesudo y luminoso artículo sobre las *Memorias del General Posada*, y en la *Adición* al mismo, trae conceptos acerca de aquel General que le vindican en parte respecto de su heterodoxia. "El General Santander, dice, no era metafísico ni teólogo y entendía torcida ó confusamente en algunos puntos dogmáticos y morales el catolicismo; pero nunca fue anticatólico por sistema. Como particular profesó siempre la fe católica, cumplía con sus deberes religiosos, y á sus víctimas no negó nunca los auxilios espirituales"...."Hay más: el General Santander consideró

nantes en aquella Convención, basta el hecho de la *omisión voluntaria* del *artículo* sobre cuál era la religión del pueblo colombiano.

No es raciocinio aceptable el del crítico azuayo cuando, para robustecer su defensa de los legisladores de Cúcuta, trae la circunstancia de que de entre ellos salieron los Arzobispos y Obispos de la Iglesia de Colombia, los Ministros de Estado, los Ministros Diplomáticos, &, &. Si hubiese hablado sólo de los primeros, en hora buena, y al P. Redentorista le habría hecho alguna fuerza el argumento; aunque bien se explica que habiendo eclesiásticos de

---

siempre la religión como esencial elemento del orden social, &." Cita luego la circular de 16 de Diciembre de 1819, que trae también el Dr. Borrero en su Refutación, *y la cual comienza:* "*El Gobierno de la República, Protector de la Iglesia Católica*, ha acordado auxiliar la jurisdicción eclesiástica contra los principios subversivos del dogma y de la disciplina que desgraciadamente pudieran *introducirse por una que otra persona ignorante ó de mala* intención, &." En otras páginas hemos demostrado las inconsecuencias y la hipocresía de Santander que por una parte daba decretos favorables á la Iglesia y la moral católica, *y por otra fomentaba el estudio de autores heterodoxos.* Los dañosos frutos de estas enseñanzas han quedado vivos en Colombia, sin que hayan obstado aquellos decretos. Si Santander como particular profesó el catolicismo, y *como gobernante toleraba la impía propaganda* de Azuero y declaraba obligatoria en los colegios la enseñanza del utilitarismo, tanto peor para él: si es respetable el hombre que se muestra sinceramente religioso en privado y en público, nos parece detestable la conducta de quien en su casa dobla la rodilla ante el divino Salvador, y en la calle le abofetea ó consiente que otros le ultrajen, pudiendo impedirlo. Según asevera el Sr. Caro, Santander nunca descuidaba la concesión de los auxilios espirituales á sus víctimas. Esto se parece á lo que cuentan de cierto clérigo español, guerrillero carlista, que al tender el fusil, antes de dispararle, absolvía con él al enemigo á quien iba á matar. ¿Y luego Vega, Serrano, Sardá, Bolívar?.... Les administraron los Sacramentos ¡sus asesinos!

mérito en el Congreso hubiesen sido preferidos en la elección para estos honrosos puestos; mas en cuanto á los otros el P. Berthe podía decir: ¿qué tiene que ver la cuestión religiosa con esos Ministros de Estado, esos Diplomáticos, esos Jueces de las Cortes de Justicia, é Intendentes y Gobernadores? ¿Acaso necesitaban ser creyentes y religiosos para ocupar estos altos destinos? — Y todavía es menos aceptable otra cosa del Dr. Borrero: el Ilmo. Obispo de Mérida Dr. D. Rafael Lasso de la Vega fue del memorado Congreso, y estuvo por la supresión del artículo religioso y no halló inconveniente para suscribir la Constitución atea; el historiador Groot lo cuenta sorprendido y el Dr. Borrero lo repite sin hacer el más breve comentario acerca del error del Ilmo. Prelado. Nosotros le haremos en dos palabras: cuando un Obispo se dejó arrastrar por tamaño error, ¿cuán inficionados del virus anticatólico estarían los otros de la mayoría del Congreso, que no eran obispos? Viene luego la anécdota de la expulsión del Dr. Baños, por haberse negado á firmar la Constitución atea; y en esto el Dr. Borrero no anda asimismo muy feliz; porque cuanto dice el P. Berthe en una línea está confirmado con lo que más extensamente refiere Groot y cita el autor de la Refutación. Y no repara éste en el contraste de la conducta del Dr. Baños, con todo *su juicio* trastornado, y la del Ilmo. Lasso de la Vega á quien parece que en Cúcuta se le resolvió el sentido moral.

¡Cuán diferente y digno de un sucesor de los Apóstoles fue el proceder del Ilmo. Arzobispo de Caracas, Dr. D. Ramón Mendez, diez años después y en una causa idéntica! Este docto y virtuoso Prelado, en la carta que dirigió al Presidente de Venezuela, General Páez, con

fecha 2 de enero de 1831, (1) dice entre otras cosas al tratar de la Constitución de Colombia en que no corría el artículo acerca de la religión de los colombianos: "¡Cuántas heridas de muerte ha recibido la Iglesia por haberse omitido este artículo en la Constitución de Cúcuta! ¡Cuántos y cuántos males tienen que llorar la Religión y el Estado por no haber proclamado desde entonces cual era la fe del pueblo y la regla de su moral! De aquí ha venido el plan que desde 1821 para acá se ha seguido con tenacidad de despojar á la Iglesia gradual é insensiblemente de muchos de sus derechos." Sigue la enumeración de los desafueros cometidos contra la Iglesia y el mismo Prelado, á quien llegó á prohibirse en absoluto la comunicación con "prohibición tanto más injusta, degradante y ofensiva al Episcopado y á la cabeza visible de la Iglesia, cuanto que no sólo sujeta la jurisdicción espiritual á una dependencia directa de la civil, erigiendo á ésta en juez y árbitro definitivo de la disciplina y de la fe; sino que sofoca y ahoga los recursos y relaciones más esenciales en el orden jerárquico, que como tales los ha mirado la Iglesia en todo tiempo, y son más necesarios en el de persecución." "Al silencio funesto de aquella Constitución, añade el Ilmo. Sr. Méndez, debe atribuirse el descaro con que se ha negado de hecho el poder de la Iglesia para la edición y lectura de los libros que contienen y esparcen la mala doctrina, sea contra el dogma ó contra la santidad de la moral; y de allí también vienen la impudencia é impunidad con que en estos diez últimos años

(1) Reimpresión hecha en Guayaquil en 1840, en la imprenta de Murillo. La carta del Ilmo. Mendez no es desconocida por el Sr. Dr. Borrero.

se ha trabajado, por cierta clase de hombres, en desmoralizar al pueblo introduciendo con profusión, y haciendo de moda, la lectura de cuantos libros impúdicos é impíos ha abortado el libertinaje en todo el mundo, prefiriendo solamente los que sueltan más la rienda á las pasiones, los que dilatan los asquerosos senos de la voluptuosidad, y los que mortifican menos la soberbia y el orgullo".... "No se ha omitido, en fin, artificio alguno para pervertir al pueblo, amortiguar sus sentimientos religiosos, adormecer las conciencias, y conducirnos insensiblemente al indiferentismo, á la impiedad y á la irreligión."

El General Santander....Acerca de este personaje tan simpático para el Dr. Borrero, bastante hablaremos luego; pero nos apresuramos á hacer notar que las citas que, para abonarle, trae el autor de la *Refutación* pierden su valor ante las que nos ha proporcionado la carta del venerable Arzobispo de Caracas. — Pero, se nos dirá, el Sr. Mendez no se queja de Santander, sino del Congreso de Cúcuta. Cierto; mas al quejarse contra este Congreso, los cargos son también contra el *Hombre de las leyes* (1), porque sus ideas fueron las mismas que las de la mayoría de los Legisladores de Cúcuta y sus procedimientos obedecían á los propósitos que en ellos dominaban. Además, el Dr. Borrero no trae á cuento solamente los decretos de Santander, sino asimismo la ley de 22 de agosto de 1821 sobre el modo de conocer y proceder en las causas de fe, la de 17 de setiembre del mismo año sobre libertad de imprenta &. Aun prescindiendo de la autoridad del Sr.

(1) Sólo por ironía pudo haberse dado este sobrenombre al Gral. Santander.

Mendez, en quien se ve un argumento vivo contra la impía política cucutana y santanderiana, pues á ella debió el ser perseguido, ultrajado y expelido de su diócesis y de su patria, el criterio menos listo descubre en esa política falsedad, insidia é hipocresía. ¿Qué otra cosa fue, en efecto, el declamar que uno de los primeros deberes del Congreso general de Colombia, era el conservar en toda su fuerza la religión católica, apostólica, romana," después que la había proscrito del Código fundamental de la Nación? No se había dicho con esto á los colombianos: no tenéis religión, vuestra conciencia de hoy más queda libre de toda obligación de fe, de disciplina y de moral? ¡Se echaba en tierra la religión católica, y se la quería conservar "en toda su fuerza"! ¿Y qué otra cosa sino falso é hipócrita se mostró el Vicepresidente de Colombia que expedía decretos prohibiendo la circulación de libros perversos, cuando era al mismo tiempo uno de los propagadores más activos de las obras de Bentham y de Tracy? (1) Por más que la historia, según

---

(1) A quien desee completar sus conocimientos respecto del Libertador en oposición á las tendencias impías de Santander, le recomendamos la lectura de la *Disertación presentada por Ernesto Santamaría V. &.*, que lleva por título BOLÍVAR LEGISLADOR; la cual corre en la excelente revista bogotana *Anales de la Instrucción Pública de Colombia*, Nº 121, correspondiente al mes de agosto de este año (1892, pág. 122). No siéndonos posible transcribir todo ese documento importante por su fondo, tomamos sólo un trozo que cuadra muy bien en este punto, y que recomendamos al Dr. Borrero; dice así: "Bolívar quiso que Colombia gozase siempre de los beneficios sin cuento que la Iglesia proporciona á la sociedad: y en los actos públicos de su vida social, si tomaba alguna participación en las cosas públicas, trabajaba siempre para que la Iglesia gozase de sus derechos en la sociedad, como consta por

el duro juicio de un pensador moderno, venga siendo de años atrás una constante rebelión contra la verdad, los delitos con que se ofende á ésta y al honor de la conciencia social, tarde ó temprano son descubiertos y sufren el castigo que merecen. Hoy, si conocemos que en la guerra, en los congresos y los gobiernos de la Gran República, hubo héroes de primer orden, sabios distinguidos, y patriotas virtuosos, conocemos también las faltas y delitos que se cometieron, vemos ya sin ese velo de un prestigio ocasional la figura de muchos personajes, y sabemos distinguir el oro del oropel, tejer coronas sólo para quienes lo merecen y sacudir el látigo en las espaldas de los perversos. Los escritores honrados y juiciosos, en vez de fomentar esa impía *rebelión contra la verdad*, por deber y por honor se ponen del lado de esta hija del cielo para defenderla y presentarla al mundo tal cual es y triunfante.

---

los hechos.—Pues cuando el Gral. Santander ☞ declaró, en ausencia de Bolívar, obligatorias en los códigos las doctrinas utilitarias de Bentham, elevaron hacia el Libertador los padres de familias las más dolorosas quejas, á fin de que revocase este Decreto, que lo juzgaban destructor de la sociedad y del hogar doméstico, violando los derechos de la Iglesia.—A mediados de 1827 se multiplicaron de tal manera las reclamaciones contra la designación de *Bentham* como texto para la clase de Legislación, que el Gobierno tuvo que dictar una providencia sobre el particular.—Encargado del mando el Libertador, oyó benignamente y con interés el clamor de los pueblos contra las doctrinas utilitarias. Así, el 12 de marzo de 1828 expidió un decreto cuyo artículo 1º decía: "En ninguna de las Universidades de Colombia se enseñarán los tratados de legislación de Bentham, quedando por consiguiente reformado el artículo 168 del plan general de estudios."—No bastó esto, sin embargo: el impulso estaba dado, y ya se sabe que es difícil refrenarlo y hacerle perder su dominio en el corazón."

CAPITULO VI

La soberanía del pueblo. — Error del Dr. Borrero á este respecto y concepto injurioso que lanza contra León XIII. — De donde emana la soberanía. — Los gobiernos. — Gestión que toca al pueblo. — Los Papas han reconocido las formas de gobierno, mas no la soberanía del pueblo. — Cítase la Encíclica *Immortale Dei* sobre la intervención del pueblo en la cosa pública. — El Dr. Borrero defensor de los Generales Lamar y Santander. — Lo que fue verdaderamente este General. — Pruebas y argumentos que lo condenan.

El pueblo en sus conexiones con la política, ya como objeto de ella, ya como concurrente á formarla ó como su ejecutor, ha dado que pensar y decir á muchos filósofos desde la más remota antigüedad, y todavía da margen á constantes y reñidas discusiones. Hay más: en nuestros días en que la idea republicana se ha difundido tanto en el mundo civilizado, la cuestión de la soberanía popular es una cuestión magna en la que se ocupan así los talentos distinguidos como los que sólo á fuerza de audacia se meten á tratar de las cosas más arduas sin comprenderlas. Desde Aristóteles que la encuentra dificultosa por todos lados y tiene por peligroso el que se confíe la magistratura á la masa de los ciudadanos (1), hasta el P. Mariana que, á juicio de los liberales, se inclina

(1) *Política*. Lib. III, Cap. VI.

á creer en la potestad emanada del pueblo (1); desde Rousseau que de un *contrato* sin bases y absurdo deduce que el pueblo es soberano, hasta el P. Taparelli que dilucida el punto á la luz del criterio católico, las teorías democráticas han sido anatomizadas y escudriñadas para ver si en ellas están la justicia y conveniencia del gobierno de las naciones. ¡Ojalá fuesen sólo los hombres competentes por su ilustración y recto criterio quienes enseñasen al pueblo lo que es y la parte que puede tomar en la política sin salirse de lo justo y sin avanzar por el camino de las libertades públicas no fundadas en razón, con peligro de caer en la sima de la desgracia, antes que ascender á la altura de la felicidad! ¡Ojalá no fuera el periodismo frívolo y corruptivo, sino el que brota de cerebros de hombres de bien, ó la cátedra y el libro en que hablen la sabiduría y la virtud, los que sazonan y ministran el alimento intelectual del pueblo! ¡Pueblo infeliz! cómo se le envenena con la adulación! cómo se le hace ejercer sus fuerzas contra sí mismo! cómo se lo levanta para precipitarlo!....

El Dr. Borrero, sujeto de inteligencia no escasa, ni pobre de luces, ni voluntariamente mal intencionado; pero á quien las aficiones liberales y las ojerizas de partido impiden con frecuencia la rectitud de criterio: el Dr. Borrero ha escrito lo siguiente: "La soberanía del pueblo emana de la de Cristo, y quien proclama aquella, proclama también ésta".... "León XIII reconoció la soberanía del pueblo, cuando reconoció la independencia de las Repúblicas hispano-americanas; Pío IX reconoció la soberanía del pueblo, cuando reconoció el impe-

(1) *De Rege et Regis institutione.*

rio de Napoleón III, y, después, la República de M. Thiers; y León XIII ha reconocido también, no sólo la soberanía del pueblo, sino gobiernos como el de Veintemilla ..." [1].

Las últimas frases encierran una irónica censura contra nuestro actual venerado Pontífice: quieren decir que León XIII ha sido capaz de reconocer hasta gobiernos fundados en el crimen y la infamia. Para hacer más percuciente su pensamiento, el escritor cuencano hasta ha añadido unos puntos suspensivos que dicen mucho al entendimiento del lector. Véase en esto una de las muchas pruebas de que la pasión malea y extravía el juicio del impugnador del P. Berthe.

¿Conque la soberanía del pueblo emana de la de Cristo, y ambas son iguales, puesto que quien proclama la una proclama también la otra? No recordamos haber visto quien haya avanzado más en esta materia. Sabíamos que Jesucristo vino al mundo á salvar á la humanidad, dentro de la cual están todos los pueblos, mas no á igualar á su potestad divina la potestad de la sociedad humana. Aunque errónea, podíamos haber disimulado la primera parte de la proposición, pues otros escritores católicos la han asentado también [2], siquiera sea para acomodarse, explicándola en sentido menos disonante, á un sentir que se ha hecho bastante común entre los demócratas; pero ese agregado de que quien proclama la soberanía del pueblo, proclama la de Cristo, da á toda la proposición un colorido que no puede por menos sino cho-

---

(1) *Refutación*, pág. 26.

(2) Puede verse el art. 1º del *Programa del Partido Republicano* dado á luz en Quito en 1883. Su propio autor tiénelo ahora por poco ajustado á la doctrina católica.

car á las almas que gustan de la pureza de la doctrina católica.

Puesto que nos *oponemos al principio del* Dr. Borrero sobre la soberanía popular, nos vemos en la necesidad de explicar el nuestro que nos parece más ajustado á la doctrina de la Iglesia. Para el caso no haremos sino exponer las ideas que hemos recogido en nuestras lecturas y las que han brotado de nuestras meditaciones; aunque estas ideas no pueden ser sino secundarias, dirémoslo así, y encaminadas á robustecer aquellas, pues tanto se ha dicho acerca de la materia que tratamos, que ya es muy difícil dar con argumentos nuevos.

Así los individuos como las sociedades son obra de Dios. Si el hombre no fue criado para el aislamiento, es claro que en el plan de la creación del hombre entraba el plan de la sociedad. Esto es *comprensible á cualquier* entendimiento. El hombre como individuo, ó diremos el hombre solo, fue dotado de libertad, y la sociedad naturalmente participa de la libertad de quienes la componen; pero la libertad misma así en el individuo como en la sociedad, presupone la necesidad de leyes morales que la reglen y la guíen. Dios lo ha criado todo perfecto, á todo ha señalado un fin bueno y en el individuo y la sociedad no podía comprenderse la perfección sin la libertad; y si ésta es necesaria para la perfección individual y social, es claro que ha de estar exenta del abuso que la desvirtúa y pervierte; ó en otros términos, es evidente que necesita la regla y la dirección de la justicia para que sea lo que Dios *ha querido que fuese*, esto es, una condición indispensable de aquella doble perfección.

Pero en la vida y movimiento, en la agitación constante del individuo y de la sociedad

producidas por sus múltiples necesidades ó insaciables aspiraciones, esa regla y dirección tienen que ser prácticas, y véase aquí que por manera lógica hemos venido al conocimiento de una necesidad ó más bien de otra ley moral que complementa la de la regla y dirección de que hemos hablado: la autoridad.

¡ Maravilloso encadenamiento de los componentes de la más grande obra de la creación ! El hombre libre y sociable; la sociedad libre para ser perfecta como el hombre ; la libertad perfecta á su vez por la regla y la dirección de la justicia, y la justicia ejecutada por la autoridad !

El principio de autoridad ó sea necesidad de gobierno existe y es absolutamente imprescindible desde que los hombres se asocian, sea en pequeños ó grandes grupos, para encaminarse á su destino providencial; mas el hombre ni como individuo ni como colectividad, es fuente de ese principio, como no lo es de ninguna ley moral. El gobierno, en abstracto, existe porque Dios lo ha puesto en los pueblos para bien de ellos. El gobierno como ley moral de la sociedad, es de origen divino, mas no la facultad de traerlo á práctica. El Dr. Borrero sospecha que el P. Berthe cree en el derecho divino de los reyes; ¿no podremos creer nosotros con más razón que el refutador del Padre ha divinizado el derecho del pueblo, cuando ha puesto la soberanía de éste á nivel de la del Hijo de Dios?

Dada la existencia del gobierno en abstracto, como necesidad inherente á la sociedad humana, he aquí cómo se le ha traído á práctica: un hombre que por la fuerza del mérito, ó por la de las armas, ó por ambas fuerzas juntas se ha hecho superior á los demás, les dice: "Yo

debo mandaros y regiros;" y ellos se someten á ese hombre, acatan sumisos su potestad, y nace la monarquía absoluta. Después (y aquí está uno de los inconvenientes de este sistema) ya no es preciso el mérito: se ha creado el derecho hereditario y la potestad se trasmite á los sucesores del monarca, que cuenta muchas veces no tanto con la fuerza de ese derecho, sino más con la de las armas. — Cámbiase el pensamiento y la voluntad de los vasallos, y, por tanto, se modifican las circunstancias; y dícenle al monarca: "Conserva las prerrogativas y facultades que te corresponden; mantén la dinastía, instituye tus herederos; pero no sea tu voluntad absoluta nuestra ley: aquí tienes la constitución y los códigos que hemos creado para que nos gobiernes, aquí está el parlamento que ha de moderar tu poder." Y nace la monarquía templada. — Los nobles, los principales de una nación se juntan y dicen: "Tenemos condiciones que no tienen los demás, somos superiores á las muchedumbre; nos corresponde ejercer la autoridad;" y la ejercen, y he aquí la república aristocrática. — Levántase el pueblo y dice: "No me parece buena ninguna de esas formas de gobierno; voy á elegir de entre los míos quienes organicen mi vida pública por medio de una constitución y de leyes, y quien se encargue de ejecutarlas;" y hé aquí la república democrática.

Las formas de gobierno, la manera de ejercer la soberanía, son, pues, variables; mas no es mudable, no está sujeto á ninguna alteración el principio ó llámese ley moral establecida por Dios para el orden, la armonía, el régimen y la conservación de la sociedad: el principio de autoridad emana de Dios y, por lo mismo, es inmutable. El hombre, solo ó colectivamente,

no hace sino poner en práctica el principio, de la manera que quiere ó le parece que es conveniente; y aquí está el peligro de errar, porque el motor de esa práctica es la libertad y, por desgracia, ésta obedece á las pasiones y hasta á los caprichos del hombre.

León XII, Pío IX y León XIII han reconocido la forma de gobierno que adoptaron los pueblos americanos después de su independencia, el imperio de Napoleón III creado por un plebiscito, y la república de M. Thiers. En cuanto al gobierno de Veintemilla, ya no se trataba de un sistema, porque ya le había: se trataba sólo del personal que se había cambiado para el régimen de la República. Los soberanos Pontífices han obrado perfectamente, porque la Iglesia tiene por buena cualquiera forma de gobierno, "con tal que no le falte capacidad de obrar eficazmente el provecho común de todos" (1). El Papa no puede reconocer lo que no existe, ni aprobar un principio erróneo, ni menos atribuír á la ilusoria soberanía del pueblo, como tácitamente lo hace el Dr. Borrero, el carácter sagrado de la soberanía de Cristo. No terminaremos estas líneas sin hacer una reflexión, que ojalá el escritor azuayo la hubiera hecho también antes de trazar las suyas. Veintemilla ¿subió al poder por haberlo querido el pueblo soberano? Si así fue, muy bien subido estuvo, y el Dr. Borrero no tenía razón de quejarse y maldecir contra la revolución que abatió su poder para crear otro. Mas si el gobierno de Veintemilla no fue obra del pueblo, ¿á qué citarlo como reconocido por León XIII, en prueba de que los Papas no son adversos á la soberanía popular y de que la

(1) Encíclica *Immortale Dei.*

aceptan? En el primer caso, el Dr. Borrero obra con inconsecuencia rechazando el efecto natural y legítimo de un principio para él inconcuso y por él mismo proclamado; en el segundo caso, hallaremos patente la intención de ofender, ó cuando menos el poco respeto á León XIII, antes que el propósito de argumentar en pro de la soberanía del pueblo. Si no nos engañamos, en todo el párrafo que hemos censurado hay tendencias á una heterodoxia doctrinaria, si podemos decirlo; pues en la dogmática no puede incurrir un hombre como el Dr. Borrero que ha dado siempre muestras de ser buen católico.

El Sumo Pontífice, en su admirable Encíclica ya citada, después de asentar que ninguna forma de gobierno es en sí misma reprensible, añade: "Ni tampoco es de suyo digno de censura que el pueblo sea más ó menos participante en la gestión de las cosas públicas, tanto menos, cuanto que en ciertas ocasiones, y dada una legislación determinada, puede esta intervención, no sólo ser provechosa, sino aún obligatoria á los ciudadanos." Hé aquí lo que debe ser y hacer el pueblo: debe concurrir á la gestión de las cosas públicas; en ocasión de necesitarse establecer un nuevo sistema de gobierno ó cuando el sistema representativo, ó parlamentario se halla ya establecido sea en la monarquía templada, sea en la república democrática, en las que hay leyes determinadas y propias de esa manera de política; y en la democrática, sobre todo, la intervención popular llega á ser no solamente útil, sino obligatoria á causa de la ley; y como el obedecimiento á la ley es un deber, la intervención es obligatoria también á causa de la conciencia. ¿Vése en esto la soberanía del pueblo, ni procedente

de él mismo ni emanada de Dios? ¿Está allí, por ventura, el reconocimiento de tal soberanía de parte de León XIII, según lo piensa talvez el Dr. Borrero? No, nada de eso: allí se ve al pueblo ejerciendo un derecho ó dando cumplimiento á un deber, para que de esos actos venga la práctica de la autoridad legal que ha de sujetar los ímpetus de su voluntad, ha de reglar todas sus acciones y ha de conducirle por el camino de la razón y la justicia.

Vamos á rematar este capítulo hablando un poco de un personaje colombiano que parece haberse atraído las simpatías del Dr. Borrero, sin embargo de que "no fue *liberal* sino *conservador de tuerca y tornillo* y, por lo mismo, de la escuela del Sr. García Moreno, el héroe del P. Berthe (1)."

Ante todo, se nos ocurre una reflexión que cae de lleno sobre el refutador del P. Berthe: si Santander fue conservador por el hecho de haber gobernado "con las constituciones conservadoras de 1821 y 1832," ¿lo ha sido también el Dr. Borrero que durante el año que permaneció en el solio mandó con la constitución, no sólo conservadora, sino *garciana* de 1869?.... ¡A cuántos comentarios se presta el meollo de esta pregunta!

Vamos al grano; pero no sin adelantar una observación, que talvez no es inútil: el Dr. Borrero, fiscal tan cruel de García Moreno que, diga cuanto dijere, es una grande gloria nacional, ha hecho la defensa de dos personajes cuya conducta la historia presenta como poco defendible: los Generales Lamar y Santander. El primero desleal é ingrato para con Colombia, su patria, tomó la espada extranjera y la blan-

(1) *Refutación*, pág. 20.

dió contra su noble pecho; pero cayó tristemente: la gloria de haber sido colombiano y guerrero de la Independencia rodó en el *Portete* envuelta en sangre de hermanos y en sangre extraña. Colombia triunfó; Colombia había tenido un hijo que cometió el crimen de parricidio; pero la justicia sostenida por el acero de Sucre, la vengó y coronó de nuevos laureles. Muchos años después un joven poeta (1) visitaba en Lima la tumba de Lamar; y el poeta era ecuatoriano, esto es nieto, por decirlo así, de la legendaria y gloriosa Colombia, y sintió excitarse su indignación, y vituperando al General delincuente, al hijo ingrato de la patria le decía:

"Venga al suelo el arduo monte
Antes que te dé una piedra
Que rinda gloria á tu nombre,
Que nuestro rubor encienda."

Picóse el Dr. Borrero de ver que el poeta deseaba que Lamar no tuviese para su monumento ni una piedra del suelo que profanó, quiso defenderle y entró en campo con el joven que, dejando la lira, tomó la pluma del polemista. El defensor del enemigo de la Patria tuvo también su *Portete*....¿ Qué le sucederá en su lucha en favor del enemigo del padre de la Patria, del Gral. Santander, más famoso por lo malo que por los servicios que prestó á Colombia y á Nueva Granada? No nos creemos capaces de vencer al ilustrado escritor azuayo; pero combatimos contra él á fuer de amantes

---

(1) El Dr. D. Honorato Vázquez, paisano del Dr. Borrero.

de la justicia y con armas limpias — con armas de caballero y de católico.

Algunos rasgos de lo que fue Santander quedan ya estampados en las páginas anteriores; concluyamos el retrato y hagamos notar que el Dr. Borrero, no obstante haber tomado algunos colores de ajenas respetables paletas, no ha sido muy feliz en el que por su parte ha pintado.

Como el libro que vamos escribiendo tiende principalmente á no dejar sin correctivo nada que nos parezca irregular en materia de religión y moral, hagamos ante todo una observación. Dice el impugnador del P. Berthe que ha demostrado que Santander no fue ateo ni materialista (1). Pero ¡por Dios! ¿son por ventura solamente los materialistas y los ateos quienes persiguen á la Iglesia y hacen daños á la sociedad? ¿Son ellos los únicos que malean la política, envenenan las legislaciones y cometen crímenes? Creyentes han sido los heresiarcas que han desgarrado el seno de la Iglesia; creyentes muchos filósofos y estadistas que han causado graves males á las naciones; creyentes unos cuantos malvados que han escandalizado al mundo con sus crímenes, y en días de vivos los católico-liberales han hecho cosas tan ajenas del espíritu del Evangelio y de sus divinas enseñanzas, que Pío IX los llamaba *funesta plaga* y *perniciosísima peste*. En nada favorece, pues, al susodicho General el haber probado su amigo Borrero que no fue ateo ni materialista.

Las cartas del Dr. D. Eladio Urizarri, dirigidas al Gral. Santander y que *El Orden*, periódico de Bogotá, reimprimió hace algunos años con el título de *Documentos para la Historia*, están

(1) Pág. 18.

trazadas por la desapiadada mano de un enemigo; pero unas veces traen hechos que la Historia ha recogido ya, y otras veces refieren cosas con tales caracteres de credibilidad que no pueden ser rechazadas por la crítica imparcial. ¡Qué figura moral tan deforme la de Santander en esas cartas! El verla así nos duele en el alma, porque no quisiéramos hallar tan feas manchas en el cuadro radioso y sublime de la gran Colombia, recién salida de las llamas purificadoras y salvadoras de la guerra de la Independencia. ¡Oh! con qué entusiasmo admiramos el heroísmo de esta guerra, y cuán ardientemente amamos las glorias de esa difunta madre Patria!

No se puede negar sin injusticia que el Gral. Santander prestó servicios importantes á la causa de la Independencia. La campaña de Casanare le honra, sobre todo porque ella fue la base de la campaña atrevida y maravillosa que emprendió Bolívar y tuvo feliz remate con la victoria de Boyacá. Santander era talentoso, vivo, activo y emprendedor. Urizarri aún le acusa de falto de valor; mas no tenemos por fundada esta acusación. En esos tiempos y en esa guerra, era preciso ser valiente hasta por fuerza, aunque la naturaleza le hubiese hecho á uno cobarde; porque el miedo no salvaba la vida del patriota que caía en manos del realista, ni la de éste si le alcanzaban las del patriota; y lo que era mucho peor, á quien no mostraba denuedo y hasta temeridad en los combates, y sangre fría en el cadalso, se le miraba con desprecio y se le befaba. Con todo, la figura de Santander puesta en el campo del heroísmo junto á la de Páez, Sucre y otros guerreros de su tiempo, es bastante pequeña, y al lado de la de Bolívar es liliputiense. Para quien la estu-

dia bajo el aspecto de la política, la moral y el honor, aun llega á ser antipática.

Santander no se contuvo en los límites de una ambición que pudo ser justificada; sino que se propasó hasta causar con ella terribles males á la Patria; y, lo que es peor bajo cierto aspecto, juntó á la ambición la codicia. Esta acusación no puede desvanecerse, porque es sabido que cuando subió al poder fue muy pobre; y en pocos años poseía una riqueza cuyos orígenes no podían ser los del trabajo, la honradez y la economía decente y bien entendida, ni podían explicarse por sólo las generosidades de Bolívar.

Santander fue pésimo administrador de los bienes nacionales, y abusivo y hombre de mala fe. "¿Cuáles fueron, pregunta Urizarri, las mejoras interiores que se promovieron ó practicaron? ¿qué arreglos se hicieron para mejorar la disciplina y la moral del ejército, y para introducir en sus cajas una escrupulosa contabilidad? ¿no estuvo la Hacienda nacional en el último desgreño? ¿Cuál fue el sistema que se introdujo para que hubiese una económica y regular administración?"...."La consecuencia de ese desarreglo, prosigue Urizarri, de ese descuido, de esa falta de administración, fue el ominoso empréstito de 1823; empréstito que es un verdadero cáncer social. La República gime bajo el horrible peso de una deuda exorbitante, y cuando hoy los pueblos podían estar aliviados en sus contribuciones, tienen que trabajar para estar pagando los intereses de una deuda que lejos de disminuírse va creciendo por momentos. Más de trescientos mil pesos deben salir anualmente para Londres, y todavía no se alcanzarán á pagar los intereses; el pueblo se priva de esa crecida suma y el mal

queda en pie. ¿Y esto á quién se debe? A Ud. y sólo á Ud. Éstos son los bienes que Ud. ha hecho á la Nueva Granada; estos son los 28 años de servicios. — A Ud. y sólo á Ud. se debe este mal; porque Ud. fue quien propuso y promovió ante el Congreso que se levantara ese empréstito; porque Ud. fue quien dió las instrucciones y nombró los comisionados; porque Ud. fue quien aprobó las operaciones de sus agentes, no obstante haberse justificado plenamente que no hubo buen manejo; porque á consecuencia de esa aprobación perdió la República algunos millones por haber quebrado la casa de Goldsmith poco tiempo después; porque ya que se había levantado ese empréstito de la manera que se levantó, debía habérselo dado una buena inversión, ¿y cuál fue la que se le dió? Muchas veces se ha dicho; pero no está demás repetirlo, para que al fin acaben los pueblos de conocer á Ud. — Se compraron, ó bien se recibieron *sin autorización del Congreso*, á cuenta del empréstito, por precios exorbitantes, velámenes, cables, cadenas y fogones de navíos, cuando no teníamos navíos ni esperanza de tenerlos, balas de un calibre enorme para cañones que no hay entre nosotros, y otros efectos semejantes." Continúa la pintura del loco é indigno despilfarro del empréstito en manos del Gral. Santander, quien, eso sí, cuidaba de hacerse pagar con él puntualmente sus sueldos; y añade el autor de las *Cartas:* "Así se disipó el empréstito, sin quedar más que la noticia de sus productos, y el peso insoportable de la deuda que hoy y por mucho tiempo estará causando desgracias al país, mientras Ud. tiene hacienda, casas y dinero en abundancia" (1).

(1) De las tres secciones en que se dividió Colom-

Santander fue envidioso y rencoroso: envidiaba y odiaba al Gral. Nariño, y cuando éste murió, "manifestó la mayor alegría, quedó como enajenado, y dió saltos de contento"..... "Nunca, prosigue Urizarri dirigiéndose al nada generoso Santander, en su vida ha dado Ud. tantas muestras de placer, y no contento con haberlo perseguido por todos los medios posibles mientras vivió, quiso perseguir hasta su memoria, dirigiendo una carta amenazante al doctor Guerra para impedirle que pronunciase el elogio funeral y que se celebrasen exequias en su honor."

Santander fue adulador y desleal é ingrato: no hubo género de adulación que no emplease con Bolívar, mientras veía en su amistad con este grande hombre el camino seguro de los honores y la riqueza; pero cuando Bolívar asumió el poder y lo llevó al término que era del gusto de Santander mismo (1), para ver de corregir los males funestísimos de la patria, obra de este General y de sus partidarios, se irritó de no seguir siendo el primero en el mando, y

---

bia, la más perjudicada por este desastroso empréstito fue nuestra República, que no aprovechó nada de él. En 1834 los Plenipotenciarios de Nueva Granada y Venezuela, con falta de equidad y sobra de injusticia, cargaron al Ecuador veintiuna y media unidades de la deuda, esto es más de 22 millones de pesos; y el Congreso de 1837, con sobra de ligereza y falta de patriotismo, aceptó lo hecho por esos Plenipotenciarios. Todos los ecuatorianos conocemos lo que ha sido y es la *deuda extranjera* que nos abruma todavía, sin esperanza de alivio, y sí engendrando temores de llevarnos á peor condición.

(1) Santander no sólo se mostró partidario de la *Presidencia vitalicia* del Libertador, sino de un gobierno militar y fuerte, y le aconsejaba que usase de violencias, como necesarias. Puede verse sobre estas materias el artículo ya citado del Sr. Caro.

olvidó todos los beneficios y convirtió las adulaciones en vituperios, y se presentó como encarnizado y mortal enemigo del Libertador.

No traigamos á cuenta otros rasgos característicos del Gral. Santander que le enajenan la estimación de la posteridad, para fijarnos en su crueldad y barbarie. Estas á veces suelen tirar por caminos que las alejan de la ruindad é infamia: suelen ser como la ferocidad del león, y no como la de la hiena. Santander se gozaba en las ejecuciones sangrientas, que eran para él verdaderas fiestas. La ejecución del Gral. Barreiro y sus compañeros horripila. Oigamos á Urizarri: "A las 8 del día comenzaron á sacar las víctimas, por partidas de ocho en ocho, entre la algazara, al són de la música, que en vez de marcha mesurada, no tocaba sino la *Guabita*, el *Sanjuanito* y *las Emigradas*. No se colocaron patíbulos, sino que los fusilaron de pie y sin vendar. Los soldados eran bisoños, y les causaban muchas heridas antes de darles la muerte. A muchos de ellos los despedazaban á sablazos en medio de los gemidos y de los ayes de los moribundos; de modo que más parecía matanza de perros, que ejecución de hombres. Los que salieron primero fueron más felices, porque á lo menos no se multiplicaron sus muertes oyendo los tiros que se hacían muy cerca de donde ellos estaban, ni tuvieron que pasar por el dolor de ver á sus compañeros moribundos y casi descuartizados. Había entre los prisioneros un padre y dos hijos, todos granadinos; en la primera partida se sacó á uno de los hijos, en la segunda al otro, y en la tercera al padre, ¡como para que se recrease su vista paternal en los cuerpos despedazados de sus hijos!.... Terminada la *agradable* función, que Ud. presenció atestiguando una

grande complacencia, ¿se acuerda Ud. lo que hizo? Montó á caballo con el Sr. Zabala y otros, y pasaron casi por sobre los miembros palpitantes de los desventurados prisioneros, cantando *las Emigradas;* y continuaron la misma ocupación por las calles más públicas de la ciudad, hasta después de las doce del día. Por la noche dió Ud. un baile en su casa, en que lució el vino tinto que se había encontrado en la repostería de palacio, etc." (1).

Esto de hacer fiestas con los fusilamientos, de deleitarse en los sacrificios humanos, está comprobado con la confesión del mismo Santander. El Sr. Caro recuerda que el 5 de Diciembre del año 19 decía en carta á Bolívar: "Me traen de Neiva al famoso Segovia, con quien pienso romper una fiesta muy solemne en esta plaza pública" (2). Y así procedió con infinitos conspiradores ó no, y godos ó colombianos. El 3 de Diciembre del propio año 19, mandó fusilar al español D. Juan Aguirre, Gobernador del Chocó, cuando ya no tenía en contra suya otro delito que el de su nacionalidad, ó cuando, en todo caso, era ya innecesario ese acto de rigor. Acto tanto más digno de vituperio, cuanto poco antes el Gobernador realista de Cartagena, teniendo presente que había cesado la *guerra á muerte* indultara á ilustres patriotas que tenía prisioneros. Para el Gral. Santander era muy mala cosa que cesase esa guerra de odio, furia y exterminio. Atendamos un poco á la autorizada voz del Sr. Caro. "En 10 del propio mes, refiriéndose á varios prisioneros traídos de lejanos puntos á la capital, decía Santander al Libertador: 'Todos tomarán un premio co-

(1) Carta 5ª, Nº 217 de *El Orden.*

(2) Artículo citado.

rrespondiente á sus maldades, con inclusión de diez y ocho que aquí tenía aún gastando víveres. Me parece que pueblo que presencia la ejecución de un godo hace sacrificio por su libertad'....“En 1821 decía á Bolívar: 'General mío, no se confíe mucho con sus prisioneros españoles; al fin son malos'....Pero no sólo quiere que se use de rigor con los godos sino también con los Generales granadinos que alimentan entre sí desavenencias. Con respecto á éstos, dice en carta de 19 de Setiembre de 1820: 'No hay remedio; es preciso todavía ahorcar gente sin proceso ni juicio.” En su sentir muchos de sus compatriotas “merecían de justicia el asiento de Piar' [1] é hizo en efecto que lo ocupase, en 1825, el Coronel L. Infante, héroe de Boyacá, juzgado y condenado por un crimen de que con toda probabilidad estaba inocente, no sin que tal ejecución interpretada desfavorablemente, llevase el alarma y la desconfianza al ánimo de los Generales venezolanos, influyendo no poco, sin que Santander lo imaginase, en la separación de Venezuela. — Aun hombres pacíficos é inofensivos, sólo tildados por sus opiniones privadas, fueron desterrados arbitrariamente. En 1820 salieron expulsados para Casanare varios eclesiásticos ancianos y respetables. Al oficial que les conducía [Capitán Sánchez] se le dió orden [que autógrafa hemos visto] de que pusiese oído atento á las conversaciones de aquellos desafectos, y que si vertían expresiones mal sonantes contra el Gobierno, los pasara por las armas,

---

(1) General muy distinguido, á quien sin embargo Bolívar se vió en la necesidad de castigarle con el patíbulo por conspirador.

sin darles más tiempo que el necesario para auxiliarse recíprocamente, etc." (1).

Iríamos demasiado lejos si continuáramos el examen de las malas cualidades y los delitos del Gral. Santander. Para terminar, detengámonos sólo en la consideración de que sus instintos feroces le llevaban hasta el asesinato. ¿Que nó? Pues ahí están clamando contra él ante la humanidad, desde las páginas de la Historia. Vega, Serrano, Sardá; y si fuese posible disipar la niebla que cubre el origen de la occisión de D. Mariano París, quizá se descubriera la voluntad de Santander moviendo el brazo del oficial Calle. ¿Por qué no? ¿El Capitán Sánchez no recibió orden de matar á varios desvalidos ancianos sacerdotes, si proferían *palabras malsonantes contra el Gobierno?* Santander no pudo temer á esos pobres viejos; pero sí temía á París y "vió su muerte como un fausto suceso. — *Buen muerto ha hecho*, se nos asegura que ha dicho Ud. algunas veces; *un revolucionario menos, una garantía más á favor del orden y de la tranquilidad*" (2).

Pero, sobre todo, ahí está Bolívar. El atentado del 25 de Setiembre de 1828, bastaría para justificar la odiosidad que inspira el nombre de Santander á cuantos no han reñido con la justicia y el honor, ni reniegan de los héroes de la Independencia y las glorias de Colombia. Sea porque el Libertador se dejó llevar de las inclinaciones inmotivadas, pero á veces irresistibles, que suelen sojuzgar el corazón humano; sea porque, como algunos lo han sospechado, quiso como un expediente político halagar á los granadinos enalteciendo y colmando de fa-

(1) Artículo citado.

(2) Urizarri, carta 10ª

vores á un compatriota suyo; sea porque de buena fe creía que Santander era merecedor de esas muestras de aprecio y de esas recompensas, el hecho es que se las prodigó, sobre todo después de Boyacá; y Santander pagó los beneficios que recibiera de Bolívar asesinándole! Sabido es que aunque marró la infame tentativa de la noche del 25 de Setiembre, el Libertador quedó mortalmente herido en el alma, y que esta herida le derribó al fin en la tumba. En esta ocasión Santander se mostró no sólo ingrato, pérfido y cruel, sino hasta cobarde; pues, concertado el plan del asesinato, se opuso á que se ejecutara mientras no estuviese lejos de Colombia. Quería que otros arrostrasen los peligros de su obra, para él cosechar los frutos á salva mano. "Santander era el alma de la conspiración," dice Larrazábal; "Santander es la causa de todo", decía Bolívar mismo, hablando del suceso con el Gral. París; los conspiradores cuando se les juzgaba, declararon que se habían comprometido con la convicción de que era Santander el jefe secreto del movimiento [1]. Fue condenado á muerte, al fin como aconsejador y auxiliador de la conspiración, la que aprobaba, y daba consejos y opiniones sobre ella, y quería que se llevase á efecto después de su salida de Colombia [2].

Caro habla de Santander con la imparcialidad propia de su conciencia recta: ni le niega méritos ni abulta las acusaciones; sin embargo, el General no sale bien librado del examen del escritor; y parécenos que parte de la rigidez del juicio está en el empeño con que Caro llama la atención del lector hacia la cir-

(1) Caro, Artículos y Discursos, pág. 224.

(2) Larrazábal, obra citada, pág. 459.

cunstancia de que Santander era rayano. "Sabido es, añade, que la comarca donde estaba radicada su familia, y donde él recibió las primeras impresiones de la vida, más pertenece al tipo nacional venezolano que al granadino." Y al hablar del fusilamiento de los prisioneros de Boyacá agrega todavía: "Difícilmente se hubiera hallado un General granadino que tuviera valor para ordenar una ejecución semejante; porque los oficiales granadinos, aún en medio de la guerra á muerte, se distinguieron siempre por un corazón humanitario y compasivo" [1].

He ahí el Gral. Santander, aunque le pese al Dr. Borrero. Ya tiene el P. Berthe á qué atenerse.

Pero el escritor azuayo ha de quemar su último cartucho recordándonos que Santander tan bueno, tan lleno de méritos para con la patria y la Iglesia, que mereció la carta de S. S. León XII, de fecha 20 de Febrero de 1827, en la cual lleno de contento y entusiasmo por el celo en favor de la Iglesia y el respeto á la Santa Sede del Vicepresidente de Colombia, hasta "le abrazaba con singular benevolencia y amor paternal." Mojemos el cartucho.

Ya hemos visto lo que fue Santander en materia de catolicismo, y puede medirse el grado de sinceridad y buena fe de quien, siendo francmasón y apóstol de las doctrinas de Bentham y Tracy, se mostraba ferviente en favor de la Iglesia y respetuoso para con la Santa Sede Apostólica. Y más ostensible se presenta su hipocresía, al ver cómo hablaba al Padre Santo de los peligros que corría la Iglesia en Colombia; pues ¿quién si no él y sus amigos eran los creadores y responsables de esos peli-

(1) Obra citada.

gros? La escuela impía cuyos cimientos ellos pusieron vino á ser, andando los tiempos, no sólo un peligro, sino un hecho terrible y funesto que destruyó los altares de Cristo en Colombia y empapó en sangre sus ruinas, que anegó en lágrimas los corazones de los buenos colombianos, envolvió en luto al pueblo y escandalizó al mundo católico.

En los tiempos de Santander eran difíciles las comunicaciones entre América y Europa, y las dificultades se habían aumentado á consecuencia de la guerra larga y sangrienta que acaba de sacudir á la América para transformarla moral, social y políticamente; así, pues, no era posible que se supiese en ultramar toda la verdad de lo que pasaba entre nosotros; León XII, al recibir la carta de Santander, como no tuviese noticias que la contradijesen, pudo imaginarse que era un católico sin tacha. Cuánta fue la satisfacción del Sumo Pontífice que le arrancó las palabras de entusiasta afecto que se leen en la mentada carta dirigida al Vicepresidente de Colombia, puede comprenderlo quien sepa que el sucesor de Pío VII proseguía los cuidados pastorales de éste contra las invasiones de la impiedad (1), y vió de seguro en la conducta de Santander, dorada por la hipocresía, un excelente medio de llenar sus santos deseos en la nueva República Americana.

Por otra parte ¿quién no sabe que el corazón del Vicario de Jesucristo es vaso de amor y bondad para todo el mundo? En la Edad Media, en la que el elemento bárbaro estaba como agarrado al organismo social, y la Iglesia luchaba por desprenderlo para conducir al hom

(1) Cantú; *Hist. Universal*, edición ya citada, tomo 6º, pág. 581. El mismo, *Los Herejes de Italia*, Discurso LV.

bre y los pueblos, libres con la libertad de Dios, hacia su alto destino, el *Soberano Pontífice* se sobreponía con frecuencia al *Padre de los fieles:* aquella bondad, aquel amor, cedían á la fuerza de las circunstancias y obraba de preferencia la energía de la justicia. En el siglo XII, Barbarroja, el sanguinario devastador de Italia, humillaba la frente bajo la mano de Alejandro III, que á par de herirle con la excomunión, protegía la Liga Lombarda; en el siglo XVIII, Clemente XIII traspasado de dolor escribía al Rey de España, devastador de la Compañía de Jesús, estas palabras de tierna y honda queja: "Y tú también, hijo mío!" Antes la energía del Pontífice iba delante de su bondad; hoy ésta va delante de su energía; pero siempre han existido juntas, porque no han faltado en los sucesores de San Pedro, ni faltarán jamás el amor y la justicia — orígen de la bondad, el amor; engendradora de la energía, la justicia.

Creemos que queda mojado el cartucho; si esto no basta, despedacémosle. ¿Conque León XII escribía á Santander, abrazándolo con singular benevolencia y amor paternal? Pues también el Gral. Veintemilla, escandaloso usurpador del poder público y que hizo graves daños á la Iglesia, á las buenas costumbres y á la moral política, mereció ser bondadosamente tratado por Su Santidad León XIII. Monseñor Mario Moncenni, Delegado Apostólico ante el Gobierno ecuatoriano, fue solemnemente recibido el 17 de Julio de 1880, y al entregar á Veintemilla la carta autógrafa del Papa, entre otras cosas le dijo: "Por la cual (por la carta) V. E. verá el paternal afecto que el Padre común de los fieles profesa á V. E." (1). Salva la

(1) V. el Periódico Oficial, Nº 157, correspondiente á

tamaña falsedad de que fue "llamado al Poder Supremo" y de que "hubo de considerar como uno de sus más altos y preciosos deberes el dejar libre y expedito el ejercicio del culto que, por fortuna, profesa la Nación, y por consiguiente libre también y sin trabas á la potestad religiosa en la órbita que le pertenece para la dirección de las costumbres y bien de las almas", el discurso de contestación de Veintemilla contiene ideas justas y verdades dignas de un buen católico. Pero lo que más ajusta á nuestro propósito es lo siguiente: "Guardo, pues, con gratitud y júbilo la Carta autógrafa del Padre Santo que os habéis servido entregarme, y espero que ella sea para el Ecuador la siempre verde oliva de paz, como es para mí una prueba elocuentísima ☞ de ese amor y mansedumbre que son los caracteres peculiares y distintivos de la Santa Iglesia Católica." A fe que Veintemilla dió en el clavo. La Iglesia ó el Papa, que para el caso es lo mismo, emplean amor y mansedumbre con los Santanderes y Veintemillas, y aún con gente peor.

---

la fecha indicada en el texto. No hemos podido conseguir la carta autógrafa; pero es indudable que Monseñor Moncenni no faltó á la verdad cuando se refirió á ella; y quizás la carta contenía muestras más explícitas de benevolencia y amor, que las que trae el discurso del Delegado Apostólico.





LIBRO SEGUNDO

DE 1830 Á 1860

CAPITULO I

Primeros años de la República. — Flores y Rocafuerte. — Ojeada sobre su tiempo y su política.

AL estudiar con la atención necesaria la historia de cualquier agrupación humana, buscando las leyes morales que la han guiado, se descubre un encadenamiento de ideas y de hechos que comenzando á veces en tiempos muy remotos y oscuros vienen á explicar no pocos sucesos de ayer y de hoy. Por esto creemos que para comprender bien la política de García Moreno, esencialmente práctica y activa, es preciso estudiar siquiera sea brevemente la de sus antecesores. La fundación de la República y la política á que fue sometida en los primeros años de su existencia, no son cosas remotas, ni hay en ellas oscuridad capaz de impedir el descubrimiento de la verdad. Pueden haber desaparecido algunos pormenores, ó venido á nosotros algo desfigurados, á causa de haber puesto en ellos las manos las pasiones

de bandería, tan propensas á la exageración y la falsedad; pero, no obstante, en el conjunto, en la masa, diremos así, de los hechos históricos puede darse con lo cierto. Si hay dificultades para ello, no son de las que resisten á un examen prolijo y á una crítica severa.

Sea por las causas indicadas ó porque hubiese ignorado algunas circunstancias especiales que rodearon ciertos pormenores de nuestra historia, el P. Berthe se ha equivocado al relatarlos y apreciarlos; y consecuencia de este error involuntario es la aplicación de los epítetos injustos con que á las veces ha colorido personas y sucesos. Hemos notado ya que el docto Redentorista, con modestia que le honra no poco, ha acogido los reparos que se le han hecho, y que las ediciones posteriores de su libro no tienen muchos de los defectos que se advertían en la primera. Es indudable que á medida que vaya perfeccionando sus conocimientos históricos respecto de nuestra República, vaya también retocando su obra y dándole más elevados quilates. No han faltado ecuatorianos, y de los inteligentes y de luces, que se han fijado en los errores y equivocaciones del historiador de García Moreno, y han condenado el libro sin apreciar sus aciertos y mérito indisputable, como ultrajante á nuestra República; y de aquí viene que en concepto de esos hombres la *Refutación* del Dr. Borrero ha venido á llenar una necesidad histórica y á vengar al Ecuador. Pero que ellos me perdonen si les digo que su juicio va extraviado: el patriotismo tiene también preocupaciones injustas; y el patriotismo, exacervado por los conceptos poco favorables de un extranjero respecto de algunos personajes nacionales, no ha reparado en que la medicina de la refutación

es mucho más dañosa á la patria, que el libro refutado.

Pero no adelantemos nuestro juicio y procuremos poner en orden cronológico los hechos. Todavía, antes de entrar en la historia agrupada en torno de García Moreno y por él animada, para llenar el objeto principal que nos hemos propuesto, se nos hace necesario decir cómo vemos y juzgamos los tiempos de Flores y Rocafuerte.

El P. Berthe ha dedicado el capítulo IV de su obra á Flores; pero en él trata también de Rocafuerte. El Dr. Borrero consagra á los dos el capítulo VI de su *Refutación*. Tócanos ahora presentar un breve cuadro del Ecuador en sus primeros años de vida independiente, y aplicar nuestro juicio sereno é imparcial á la política de esos dos personajes.

Desencadenadas la ambición personal y la enemiga entre los mismos colombianos, especialmente entre los hijos de Nueva Granada y los de Venezuela; muerto Bolívar; asesinado Sucre; relajados todos los afectos de fraternidad que habían constituído la fuerza principal en la lucha contra el Poder español, vino á ser imposible la existencia de Colombia. Dadas esas circunstancias, quizás era conveniente la disolución; porque dentro de la unidad, si hubiese habido quien la sostuviera, la guerra civil habría sido más desastrosa con el combustible de los odios y rencores de venezolanos contra neogranadinos, de ecuatorianos contra éstos y viceversa. Nadie se habría convenido ni por un momento con la preponderancia del ótro, y habríamos tenido colisión permanente de intereses políticos y fiscales, y hasta de ideas y principios de otro género; en tanto que, dividida la Gran República, aunque no nos hemos librado

de la guerra intestina, ésta ha sido relativamente menos gigante y menos duradera, y la paz nos ha favorecido por temporadas más ó menos largas.

Aceptada, ó más bien impuesta la necesidad de la división de Colombia, los tres grupos que salieron de ella estaban indicados por la topografía, las tradiciones gubernativas de la colonia, la política actual y hasta las costumbres. Tocóle al Gral. D. Juan José Flores la suerte de verificar la separación de los departamentos del Sur y de crear con ellos la República del Ecuador; si bien dejó al Norte descabalada la antigua *Presidencia de Quito*, consintiendo que Nueva Granada se llevase bellas y ricas comarcas que habían pertenecido á esa Presidencia, y no recabando del Perú la devolución de las no menos importantes de que por su parte nos había despojado. Falta de fuerzas para impedir que se apropiaran de lo nuestro, ó influjos políticos y conveniencias particulares, es lo cierto que nos hemos dejado perjudicar por los vecinos. En la pérdida de los pueblos setentrionales, sobre todo, el fundador de la República no está limpio de culpa. Sin embargo, no hemos de desconocer el beneficio que nos hizo, y está bien que se le llame *Padre de la Patria*. ¡Ojalá este título lo mereciese también por otros beneficios hechos á ella!

El Ecuador, ó más bien los que dirigían su política, no estaban por la separación completa: querían la confederación colombiana, y en esta idea está basada la Carta de 1830. Carta defectuosa, más no *insensata* como la llama el P. Berthe (1). No podía exigirse una Constitu-

(1) En las ediciones posteriores la califica de ultraliberal.

ción perfecta en aquel tiempo en que no eran profundos ni extensos los conocimientos que se tenía para el caso, ni las condiciones sociales habrían permitido un código con artículos que no armonizasen en lo posible con ellas, ó que pudieran ser aplicados por fuerza en beneficio de los pueblos. No había un estadista del temple de García Moreno.

El Dr. Borrero advierte que el P. Berthe echó menos en la Constitución de Cúcuta el artículo sobre la religión del Estado que trae la Constitución de Riobamba, censurada por el Padre. El escritor azuayo se vale de esta ocasión para afirmar una vez más que en el Ecuador ha existido siempre la *soberanía de Cristo;* pero se desentiende de la manera cómo el Gobierno debía proteger la Religión católica, apostólica, romana: era *en ejercicio del Patronato*, y ya hemos visto cómo el tal patronato conculcaba los derechos de la Iglesia, reduciendo á puramente nominal la soberanía del Hijo de Dios; esto es, haciendo burla de ella. Hay más, la cita del artículo constitucional hecha por el Dr. Borrero carece de exactitud: "La religión católica, apostólica, romana, es la religión del Estado, *con exclusión de cualquier otra,*" ha escrito; y el artículo 8º de la Constitución dice literalmente: "La religión católica, apostólica romana, es la religión del Estado. Es un deber del Gobierno en ejercicio del patronato, protegerla con exclusión de cualquier otra." Los demás cultos estaban, pues, *excluídos* de la protección oficial, pero no había prohibición para que existiesen sin ella. Además, el artículo 5º contenía una disposición que dejaba sin base segura al 8º; decía: "Los artículos de esta Carta constitucional que resultaren en oposición con el pacto de unión y

chincha, aceptaron el nuevo orden de cosas, sin duda no de corazón, más por conveniencia, y á poco rodearon y sirvieron á Flores defensor de la causa por ellos atacada la víspera.

Está en lo cierto el P. Berthe cuando dice que la luna de miel del Gral. Flores en sus relaciones con la República, se eclipsó muy pronto. Y tampoco se va fuera de camino cuando asienta que "el Ecuador se veía literalmente carcomido por la soldadesca extranjera." Por mucho que este decir indigne al Dr. Borrero y por mucho que á todo patriota le duela, ahí está la verdad. Recuérdese lo que, alegando testimonios irrecusables, hemos dicho del Ecuador en los días que inmediatamente siguieron á la consumación de la Independencia con la victoria de Pichincha. El heroico ejército, cubierto de gloria en las campañas de Venezuela y Nueva Granada, vino á ayudarnos á conquistar la independencia que había llegado á ser imperiosa necesidad de nuestros pueblos y ardiente deseo de nuestros padres; pero no nos trajo ningún elemento de moralidad y de orden: si había en él gente honrada y buena, abundaban jefes, oficiales y soldados que no tenían otras virtudes que el valor y la decisión por la causa que abrazaran y venían defendiendo. No escaseaban los militares en cuyo pecho cubierto de honrosas y merecidas condecoraciones, palpitaba un corazón de hiena. El Dr. Borrero, en su prurito de atacar al historiador de García Moreno, le culpa de haber pintado al Ecuador como *una horda de bandidos*, y no es exacto: el P. Berthe no ha hecho esta injuria á nuestra patria, porque no pudo tomar por el pueblo ecuatoriano á los soldados extranjeros que le oprimían y vejaban: quien ha confundido á los unos con los otros para formar una sola horda,

es el refutador del Padre; cosa tanto más notable, cuanto en el mismo trozo citado por él, dice el P. Berthe que Flores rehusaba reducir su ejército y "colmaba de honores á los extranjeros con menosprecio de los hijos del país;" y añade muy poco después lo siguiente, que el Dr. Borrero no ha querido citar: "Echábasele también en cara (á Flores) que entregaba el país á los extranjeros, mientras que los Matheu, los Sáenz, los Montúfar, los Elizalde, los Gómez de la Torre, hijos del Ecuador y antiguos guerreros de la Independencia, vegetaban en el olvido y menosprecio." [1]. Estas líneas y otras que omitimos por innecesarias, demuestran que el intento del P. Berthe ha sido censurar á los opresores, y no el de confundir con ellos á todos los ecuatorianos para presentar al lector una sola masa de mala gente, como lo da á entender el escritor conquense.

El Gral. Flores, inteligente y previsivo, comprendía muy bien lo difícil de su situación, y que le era indispensable el ejército extranjero para sostenerse. No podía ocultársele que las simpatías que le rodeaban por el momento, desaparecerían en cuanto se robusteciera la ambición de algunos personajes hijos del Ecuador, que se juzgaban, no sin justicia, con derecho á alternar en el ejercicio del poder. Y, sobre todo en los primeros años de la Independencia, no había otro ejército que el forastero; los pocos soldados y oficiales nativos del Estado estaban interpolados en él, y podía decirse que no se los veía. Después fueron creándose algunos cuerpos en los que preponderaba el elemento nacional; pero siempre con oficialidad en la mayor

(1) Pág. 101, primera edición.

parte venezolana ó colombiana. Si Flores hubiese cometido la imprudencia de despedir sus batallones advenedizos, para buscar apoyo sólo en los formados de hijos del país, habría caído en la primera de las muchas revoluciones que se le hicieron.

Pero áun suponiendo que hubiese tenido voluntad de deshacer ese ejército, fiado en la buena estrella y en los halagos de la popularidad, no vemos que le hubiese sido fácil llevarla á ejecución. Al intentarlo, aquellos audaces y terribles veteranos habrían hecho con él, lo mismo que recelaba de los nacionales. Veíase, pues, Flores entre dos gravísimas dificultades: ó conservaba el ejército extranjero y disgustaba á los ecuatorianos, ó se quedaba sin él, con peligro por una parte de ser destrozado por los mismos á quienes licenciase, y por otra de caer á los golpes de la ambición de sus rivales ecuatorianos. Atúvose á lo primero, y aunque acertó á tomar una medida que las circunstancias le indicaban como la mejor para su política personal ó, en otros términos, para su ambición, muy pronto vió cambiarse el aspecto de la sociedad ecuatoriana para con él: vino el descontento, vinieron las murmuraciones, se desató la prensa, no sólo en acusaciones, sino en improperios, estalló la guerra civil y se ensangrentó el país. A medida que crecía el odio contra Flores y los militares extranjeros que le sostenían, estos militares y Flores, que habían fundido sus intereses en una sola causa, se sostenían con cortas excepciones, mutuamente. Flores, con suma habilidad, empleó medios de conciliación y de atracción, y procuró neutralizar el mal efecto que producía su política basada en una fuerza extraña y dañosa á la Nación; vióse un tiempo, cuando ya la revolución se había encen-

dido y devorado muchas víctimas, rodeado de personajes importantes. No pocos de éstos volvieron á ser sus enemigos y á combatirle; pero muchos también le fueron fieles hasta que cayó y aún hasta después de caído.

La sonrisa de la benevolencia nacional para con el Gral. Flores, fue pues momentánea; el Ecuador, política, social y moralmente, se hallaba en situación deplorable, y el afamado jefe, si contaba con fusiles y lanzas para sostenerse, no poseía otras fuerzas para conjurar el mal y traer á bienandanza los intereses públicos. Esas mismas armas que á par que le sostenían, eran cadena y tormento para la Nación, dábanle que hacer constantemente: faltaba la subordinación en los jefes de inferior graduación, y las rebeldías de los cuarteles, en que ellos suelen ser las víctimas, no escaseaban. Estos sangrientos é inmorales actos de la soldadesca ocurrían desde los primeros años del gobierno de Flores: en Octubre de 1831 sublévase el batallón *Vargas*, y en Agosto de 1832 el *Flores*. Pero la justicia de la historia no ha echado toda la culpa sobre las tropas que así procedían: diríase que se las obligaba al delito por parte de los superiores que eran más delincuentes. Oigamos á nuestro respetable historiógrafo Cevallos. Habla del ejército y la escuadrilla que mantenía la Nación, y añade: "Ni ese ejército, ni esos marinos estaban siquiera medianamente satisfechos de sus sueldos, porque ó no había con qué, ó si lo había era invertido entre los Generales y Jefes de cuenta, y los empleados superiores favorecidos del Gobierno, hallándose los demás no sólo descontentos, sino en mendicante miseria. — Uno de los funestos resultados de la congojosa situación de entonces, fue la insurrección de las tres

compañías del batallón *Vargas*; insurrección ocasionada por el hambre y desnudez de los soldados, que hacía meses no recibían un solo sueldo, por más que el Gobierno pretendió atribuirla á otros motivos. Verdad es que el sargento primero de la compañía de *Volteadores*, Miguel Arboleda, que la fraguó, se hallaba preso y expuesto á ser fusilado por sentencia del consejo ordinario de guerra. Pero esto, por sí solo, no le habría hecho obtener que fuera tan fácilmente seducida su compañía, cuanto más las otras, si todas las clases y soldados no hubieran estado aburridos desde muy atrás de su miserable estado, viendo que se les retenía hasta el mezquino sobrante del pre diario que les pasaba la Nación. Los jefes de los cuerpos, lo diremos de paso, por cuyas manos se pagaban alguna vez los sueldos, habían dado con los medios más hacederos y seguros de enriquecer á costa del Gobierno, y á despecho del hambre de sus propios soldados, sin más que presentar como efectivas todas las plazas de que contaban, aunque estuvieran en comisiones ó hubiesen desertado. Y aún de las raciones mismas escatimaban también cuanto podían, ahorrando para sí los provechos procedentes de las compras que hacían por mayor para la comunidad del rancho. Un jefe de cuerpo estaba más seguro entonces de enriquecer que cuantos Ministros de Hacienda y tesoreros manejaban los caudales públicos, porque á lo menos éstos tenían que presentar llegado el tiempo, los documentos de cargo y data, y podía hacerse efectiva la responsabilidad. En cuanto á muchos de los jefes, digámoslo con lisura, no conocían el pundonor, y la mala tentación era constante para dejar de aprovecharse de las ventajas que tan á la mano les venían. Gene-

rales hubo que continuaron sirviendo como jefes de cuerpo, por no perder tan lucrativos como seguros medios de enriquecer" (1).

Las rentas nacionales, sobre ser deficientes, eran patrimonio de especuladores sin conciencia y de alegres manirrotos; la inmoralidad descendía de las alturas del poder y se difundía por entre las capas sociales de toda clase, abriendo nuevas fuentes de corrupción ó ensanchando la de los antiguos vicios; la instrucción pública, sin medios de sostenerse, cuanto más de dilatar su acción benéfica, no daba un paso fuera del terreno en que obraba antes de la Independencia; la Iglesia seguía maniatada, y el clero moralmente perdido. El bienestar que pintaban algunos periódicos y muchas lenguas en tertulias y corrillos, sólo existía para cuantos hacían su agosto sacrificando al pueblo: queríase cubrir la podredura social con un tejido de brillantes mentiras y ahogar las amargas quejas de la patria con el ruido de los festines de palacio y de las diversiones públicas.

Tenemos documentos que prueban todo esto y mucho más; pero en vez de citarlos con peligro de aridecer nuestra relación, arrimémonos nuevamente al testimonio de Cevallos. Poco antes del párrafo que hemos transcrito, dice así: "Habíase reunido el primer Congreso constitucional (1831)....Una gran corrida de toros, paseos, banquetes, bailes, cuantas diversiones, en fin, podía brindar el Gobierno; todo, todo se había preparado y ejecutado en festejo de su instalación, y el Ecuador, á juzgarse por tantos recreos, se presentaba como rebosando de sosiego y dichas. Los periódicos, y mucho más

(1) *Resumen de la Historia del Ecuador*, tomo 5º, pág. 50 y siguientes.—Primera edición.

el oficial, pintaban la unión, la concordia y el contento de los pueblos como resultados de la prudente gobernación que los regía, y nacionales y extranjeros estaban á punto de pregonar la prosperidad y ventura del nuevo Estado.— Cuasi de seguida, sin embargo, los papeles públicos fueron desmentidos, y desengañada la opinión por el Mensaje del Presidente, en que hizo ver que lejos de hallarse la Nación con tan brillante perspectiva, sólo se habían dejado palpar los riesgos de su independencia, la desmoralización y el por demás angustioso estado de la hacienda nacional. El Presidente del Estado dió cuenta de la insurrección de Urdaneta, sus movimientos y resultados, de la defección de los dos escuadrones de *Granaderos*, de la paralización del orden y progresos gubernativos, y de la destrucción del *edificio de las leyes*, por haberse convertido el territorio *en un piélago de crímenes*. Por un Mensaje separado, manifestó con claridad y desenfado que había un déficit de trescientos mil pesos, sin incluir los gastos extraordinarios, ni las cantidades que debían reservarse para pagar los intereses de las deudas doméstica y extranjera; esto es que el Estado no podía subsistir. El Ministro añadió en su *Memoria* que el Gobierno se había visto en la dolorosa necesidad de imponer por vía de subsidio una contribución de treinta mil pesos al departamento de Quito; y en oficio pasado algunos días después, que aún sobrevendría la de declarar que la Nación se hallaba en estado de bancarrota. Y era verdad, etc."

Hé ahí la suerte del Ecuador en sus orígenes; y así continuó por muchos años, porque no hubo quien penetrara que para salvar las costumbres y las leyes y levantar la hacienda nacional, era necesario lavar aquellas en las

puras aguas del catolicismo, sin hacer caso de las viejas preocupaciones que se opusiesen al remedio, y poner en ésta una mano honrada, diligente y firme, que matara el agio y el latrocinio, y la trajese al orden y la economía. Para aplicar esa medicación á la República moribunda, era indispensable un hombre de carácter de acero, de civismo puro, de gran inteligencia, de instrucción capaz de abarcar con fruto los diversos ramos del Gobierno y la administración, y cuya mirada no se detuviese sólo en las desgracias presentes, sino que penetrara en lo futuro á fin de preparar un campo donde no pudiesen arraigar. En el curso de nuestro escrito veremos si los directores de la política y los gobernantes del Ecuador, hasta que se presentó García Moreno, reunieron esas cualidades.

Rocafuerte tuvo muchas de ellas, pero no dieron los frutos que debían, porque les faltó la vitalidad é impulso del catolicismo. Este crea la abnegación sincera, y la abnegación es indispensable al genio para ser fecundo y poderoso en el bien. En cuanto al Gral. Flores, por las frases mismas que de su *Mensaje* ha tomado el historiador, y por otros documentos oficiales de esos tiempos, se puede juzgar que no era el hombre requerido por las deplorables circunstancias del Estado. A pesar de su innegable talento, perspicacia, sagacidad y valor, le llevaban de vencida. Para justificarle, pudiéramos decir de él lo que dijimos de Bolívar, esto es, que no fue culpable, porque la revolución tuvo fuerzas superiores á las suyas; pero no cabe que lo digamos, en razón de que esas circunstancias, si fueron malas cuando Flores subió al poder, Flores mismo contribuyó á hacerlas peores. A veces logró sobreponerse á

ellas; mas, como sus tendencias fueron oligárquicas, y los intereses propios y de su círculo absorbían los de la Nación, sus triunfos no tenían base segura. Flores acertó con gran tino á crear la República en el punto que convenía: ese acto fue necesario y bueno; pero no supo ni pudo hacer de esa creación una sociedad capaz de sacudirse de los vicios del antiguo régimen y de lanzarse con decisión y brío á la conquista de la libertad y del progreso moral y material. El joven y distinguido Teniente de Bolívar dió un bello hijo al mundo republicano; mas no supo educarlo, ni apartarle de los peligros que le rodeaban amenazando su existencia misma.

Sobre los males que el Gral. Flores no pudo conjurar, vinieron los de las revoluciones, hechas para conseguir lo que á él no le fue posible, ó para remediar los daños debidos á su propia mala política. Dadas las condiciones violentas á que había venido la República, era poco menos que imposible contener el torrente revolucionario. A principios de 1832 el Ecuador brotaba ya los hilos del agua que había de formar muy pronto ese torrente irresistible. De parte de cuantos no se dejaban alucinar por las fiestas públicas, los banquetes de palacio y el don de gentes de Flores, se escudriñaban los manejos políticos y administrativos, y se hacían comentarios desfavorables al Presidente y al Ministerio. Los elementos de la oposición se iban multiplicando y aumentando; hiciéronse ostensibles por medio de la prensa; pero *El Republicano* y *El Hombre Libre* fueron sólo como relámpagos amenazantes: brillaron un día, mostraron que había fuerte descontento en la sociedad ecuatoriana y desaparecieron. En 1833 la oposición tomó una forma más seria,

que no había tenido hasta entonces, en la asociación llamada de *El Quiteño Libre*, la cual fundó un periódico hebdomadario con el mismo nombre. Formábanla gentes de valía por varios conceptos: allí estaban la aristocracia, la riqueza, la ilustración y los títulos que dan los servicios prestados á la Patria. Quienes tomando en cuenta solamente los males que sobre ésta pesaban, quienes ofendidos en sus personas, todos estaban animados de grande enojo contra Flores y los extranjeros que le rodeaban y apoyaban, y en todos asimismo no cabe duda, el enojo se sostenía y avivaba por la ambición burlada que, como siempre acontece, se encendía más á medida que tardaba la satisfacción de sus vehementes antojos.

Entre los Matheu, Ascásubi, Zaldumbide, etc., nativos del país, contábanse algunos que no lo eran, como Hall y Wright, ingleses que en el ejército que batalló por la Independencia habían alcanzado el ascenso de Coronel. El segundo se distinguía sólo por su valor; pero Hall era talentoso y muy ilustrado, aunque como amigo y discípulo de Bentham, se hallaba imbuído de pésima doctrina, y llegó á ser pernicioso: no era de esos hombres que guardan para sí sus pensamientos por respeto á la sociedad en que viven, sino insinuante y activo propagandista. Pronto se vió rodeado de discípulos, y fue uno de los redactores de *El Quiteño Libre*.

CAPITULO II

(Continuación del anterior.)

Hacía poco que D. Vicente Rocafuerte había regresado á Guayaquil, su cuna, después de largos años de ausencia.

Bien sea por la importancia nada común del personaje, bien por el influjo que llegó á ejercer en la República, convenía que tratáramos de él en el punto á que hemos llegado; pero atenta la índole de nuestro libro, aun hay la circunstancia muy notable y que favorece al intento que le informa, de la similitud de carácter, tendencias y hechos entre Rocafuerte y García Moreno. Ambos llevaron la energía hasta la inflexibilidad; ambos eran activos y vehementes; ambos estaban dominados de ambición, mas no de la ambición egoista y vulgar, sino de la que tiene sus orígenes en el más noble y generoso patriotismo. Pero Rocafuerte había respirado el ambiente revolucionario francés y se maleó su naturaleza moral, como se dañaron en aquellos tiempos por la misma causa otras naturalezas de suyo excelentes. Mucho fue, sin embargo, el haberse librado de caer en el extremo de los errores en que dieron no pocos de sus contemporáneos. Rocafuerte tuvo siempre espíritu religioso, y miraba las enseñanzas evangélicas como los seguros fundamentos de toda moral; pero no habiendo he-

cho estudios profundos sobre el cristianismo, cual conviene, sobre todo, á las inteligencias batalladoras, no tuvo ideas claras respecto de esas mismas divinas fuentes de moral, y obró algunas veces con inconsciente contradicción. ¿Quién no admira la nota oficial que el Dr. Borrero copia íntegramente en su libro, en la cual Rocafuerte se muestra celosísimo contra la propagación de obras prohibidas y contra los curas que faltaban á sus deberes canónicos? Sin embargo, el Magistrado que así procedía en 1836, cuando simple ciudadano en 1819, había enseñado francés á varios jóvenes imponiéndoles la obligación de leer la *Historia de Norte-América* de Raynal, el *Contrato Social* de Rousseau y el *Espíritu de las leyes* de Montesquieu. ¿Se habían corregido las ideas de Rocafuerte en el lapso del año 19 al 36? Creemos que no, y nuestra creencia se funda en que en los mismos días que dictaba aquel oficio justamente encomiado por el Dr. Borrero, no sólo toleraba que el cuáquero Whillwright divulgase Biblias sin notas, sino que le hacía maestro de un importante colegio de niñas; y se funda también aquella creencia nuestra en el hecho de que en 1844, en el Nº 11 de *La Nación* que publicaba en Lima, refiere lo de la recomendación ó más bien precepto de la lectura de Raynal, Rousseau y Montesquieu como meritorio para quien le había impuesto. Que Rocafuerte no fue volteriano, puede asegurarse: si lo hubiera sido, no habría buscado para nada la moral de Jesucristo, como indudablemente la buscaba y aún practicaba, y habría tratado de *aplastar al infame* á todo trance.

Sus costumbres en privado y en público fueron siempre austeras; le indignaba la inmoralidad bajo cualquier forma que se presentase.

En punto á ortodoxia, no puede revocarse á duda que se andaba fuera de camino. "Rocafuerte, dice del Dr. Borrero, lejos de tener alma de *sectario* y de haber procurado introducir el protestantismo en el Ecuador, tuvo alma de católico, y procuró fomentar el catolicismo de la manera más eficaz"; y cita el escritor azuayo la erección del obispado de Guayaquil, la propuesta del Sr. Garaycoa para que ocupase esa silla, y su comportamiento durante la fiebre amarilla en 1842. "Fue un modelo de magistrados cristianos", añade el Dr. Borrero, y nosotros negando lo absoluto de tal aseveración, añadimos también que en su porte durante esa terrible epidemia se mostró imitador de San Carlos Borromeo: fue admirable. En seguida adornan las páginas de la *Refutación* unas líneas de nuestro inolvidable amigo el Dr. Cevallos Salvador en su excelente libro contra el Dr. D. Pedro Moncayo; dicen esas líneas que "Rocafuerte, al encargarse de la Presidencia de la República, juró proteger la religión católica, apostólica, romana, *con exclusión de cualquiera otra*," y que "no fue mera fórmula el juramento de Rocafuerte: su interés por esa religión iba más allá que á protegerla." Ya es tiempo que nosotros también copiemos esa nota, en la parte que conviene á nuestro propósito. "República del Ecuador etc.—Quito, á 26 de Agosto de 1836.... El Poder Ejecutivo ha llegado á saber con bastante escándalo que algunos de los libros prohibidos por las leyes vigentes circulan en manos de los ciudadanos; y como semejantes libros no pueden dejar de corromper sus corazones y relajar sus costumbres porque todos ellos tienden á establecer la impiedad y destruir la moral evangélica; y deseando S. E. evitar por cuantos medios estén á

su alcance que se propague el contagio de un mal que ha sido tan funesto en todos tiempos al orden público y á los hábitos religiosos de todas las naciones, me manda prevenir á US. que siendo del encargo especial de la autoridad eclesiástica velar que no se introduzcan semejantes libros ni anden en manos de los ecuatorianos, desplegue US. todo su celo y actividad para descubrir por los medios legalmente permitidos donde quiera que existan todos aquellos que estén prohibidos por las leyes actuales de la República y los recoja, dando cuenta al Gobierno del número de los que encuentren, de los títulos y autores, y nombres de los individuos en poder de quienes se hallaren, cuidando US. que los Vicarios y Curas coadyuven al logro de esta medida patriótica y religiosa del Supremo Gobierno." La última parte del oficio contiene la orden de compeler á los Curas de montaña á volver á sus feligresías, pues el Gobierno sabía que algunos las habían abandonado etc. Ya hemos elogiado este oficio cual lo merece; pero advertimos que en él se habla de libros *prohibidos por las leyes actuales de la República*, y no sabemos qué leyes hubiesen sido éstas; nosotros no conocemos sino el *Indice*, ley de la Iglesia católica contra los partos intelectuales del error y la corrupción. Los poseedores de esos libros ¿no pudieron haber dicho á la autoridad eclesiástica: No se los entregamos á US., porque no consta que ninguna ley del Ecuador los prohiba? "Haremos ahora al P. Berthe, dice el Dr. Borrero en tono de triunfo, la pregunta que el Dr. Cevallos hace al Dr. Moncayo: "De los libros prohibidos á que se refiere el anterior oficio ¿estarán exceptuadas las obras de Lutero, Calvino, Zwinglio y demás autores protestantes?" A nuestra vez pregun-

taremos al refutador del Padre: ¿estaban esas obras prohibidas por alguna *ley ecuatoriana?* ¿lo estaban las de Raynal, Rousseau y Montesquieu, cuya lectura recomendaba Rocafuerte?

Repetimos que Rocafuerte tuvo alma religiosa; áun se le veía cuado se hallaba presidiendo la República concurrir á misa todos los domingos, con su devocionario á la mano, y oirla con muestras de respeto y devoción; pero no asentimos á la afirmación del escritor conquense de que tuvo *alma de católico;* á lo más podemos conceder que fue de aquellos que admiten como buena la doctrina cristiana en punto á moral, así conforme al símbolo católico como según el vario y contradictorio de los disidentes. Por esto, si le vemos dirigiéndose á la autoridad eclesiástica para que recoja libros prohibidos dañosos á la moral y la religión, le hallamos también dando preferencia á autores protestantes para difundir sus obras: tradujo el *Curso de filosofía moral de Allen;* hizo traducir con su amigo el Dr. D. Joaquín Lorenzo Villanueva la *Teología natural* de Paley y escribió el prólogo para la versión de la *Filosofía moral* del mismo autor. No es menos significativo el hecho de que, habiendo mostrado que aceptaba el sacramento de la confesión, en el acto de haberlo solicitado en su última enfermedad, quiso confesarse y lo hizo, en efecto; pero con el clérigo apóstata Vigil. Quizás este dato sirva para juzgar que Rocafuerte se inclinaba al *pietismo.* Pero para que le tengamos con toda certeza como adverso á la Iglesia católica y, por más que le duela al Dr. Borrero, podamos decir que el P. Berthe lleva razón cuando juzga á Rocafuerte por su faz religiosa, este mismo nos proporciona argumentos concluyentes. Con ocasión de cierta nota suya en que lastimaba los intereses tem-

porales de la Iglesia en el Ecuador, decía al Gral. Flores en carta fechada en Guayaquil el 12 de febrero de 1840, que estaba penetrado de "la importancia de no consentir nunca que haya dos autoridades en la República, una en Roma y otra en Quito," y pocos renglones abajo añadía: "Le asegnro que lejos de enfadarme porque me hagan pasar por hereje, me lleno de ufana complacencia y les agradezco la circulación de esta noticia, porque hereje en el vocabulario del siglo XIX significa hombre ilustrado, que no sigue el vulgar sendero de añejas preocupaciones y cuya razón despejada es superior á los errores, que un clero astuto sabe cubrir del manto del egoísmo religioso, para engañar á los pueblos y sacar de su credulidad el dinero que necesita. Mientras más repitan que soy un grandísimo *herejote*, tanto más honor me hacen, pues es lo mismo que decir que en medio de tanta ignorancia y de tanta superstición, no falta un verdadero ecuatoriano que sostenga con desinterés y firmeza los principios del siglo y que impertérrito campeón de la libertad racional, considerada bajo todos sus aspectos, se ha desdeñado cubrirse con la máscara de la hipocresía, que siempre está de moda entre los fanáticos y esclavos de Roma". En la carta del 18 de marzo al mismo General, califica de mentecatez la prohibición eclesiástica de la Biblia sin notas, y en otra anterior hallamos que el editor ha puesto puntos suspensivos en medio de una oración que contenía sin duda un concepto muy ofensivo contra el Pontífice ó la Iglesia, y que á pesar de la reticencia se alcanza á traslucirlo. Por fin, el *alma de católico* que el Dr. Borrero atribuye á Rocafuerte, no guardaba afectos muy benévolos para el Clero, según se echa de ver en sus cartas, y sus labios no se

percataban de cerrarse para la mofa y los calificativos picantes contra frailes y clérigos de importancia y respetables. Si el Dr. Borrero escarba un poco su memoria, podrá recordar cómo fueron tratados por Rocafuerte el justamente afamado P. Solano, el Dr. Villamagán y otros sacerdotes (1).

Como al emprender y proseguir esta obra no tenemos otra mira que la indagación de la verdad para que nuestros juicios no den ni quiten nada sin justicia, hemos de volver un momento al cuáquero, "á quien Rocafuerte, dice el Dr. Borrero, encargó la dirección científica del Colegio de niñas .... Whillwright fue asociado á la Sra. Josefa Carrión para la enseñanza moral de las niñas, y al Dr. N. Ortiz, capellán del establecimiento, para la enseñanza religiosa." Estas propias palabras nos traen reflexiones, que á

---

(1) Las cartas de Rocafuerte, á las que hemos acudido porque también gustamos mucho de documentos, como el refutador del ilustrado P. Redentorista, y que todavía nos han de servir para acabalar el retrato moral y político de aquel célebre guayaquileño, fueron dadas á luz en el periódico oficial en 1889, por el Dr. D. Ramón Borrero, hermano, como ya lo hemos advertido, del Dr. D. Antonio. Es lástima que no se hayan publicado todas. No las conocemos originales. ¿Estarán copiadas *ad pedem litterae?* El Dr. Borrero advierte que ha omitido *los capítulos que no tienen relación con nuestra política interior*. ¡Cuántas cosas contendrán estos capítulos muy buenas para conocer el pensamiento de Rocafuerte en orden á la política general, á la religión, etc.! En los capítulos mismos publicados ¿no habrá cedido el Dr. Borrero á la prudencia ó á la conveniencia, y (así como en un punto delicado quitó letras para poner puntos) añadido algo, suprimido ó trocado algo?.... En todo caso, el Dr. Borrero, por servir á la memoria del General Flores en defensa de la cual escribía, ha servido á la historia, siquiera sea con detrimento de la memoria de Rocafuerte, sobre todo ante el criterio católico, y aunque las cartas sobredichas contengan, como contienen, argumentos contra el impugnador del P. Berthe.

pesar nuestro tenemos que acortar por la índole de nuestro libro. ¿Conque Whillwright *enseñaba* también moral y religión? ¿Podrían ser éstas, á pesar de la Sra. Carrión y del Dr. Ortiz, amoldadas al espíritu de la Iglesia católica, detestada por todo protestante? "Además añade el escritor azuayo, no era un colegio de niñas el establecimiento más á propósito para introducir el protestantismo, como tan candorosamente lo ha creído el P. Berthe, porque las niñas, tanto por su natural piedad, cuanto porque estaban vigiladas por la directora, no tenían ocasión ni tiempo de recibir lecciones de protestantismo etc." Juzgamos que el candor está más bien de parte del Dr. Borrero. Sabemos que Whillwright era ilustrado, agradable é insinuante, y además poseía *científicamente* los errores de su secta, en tanto que el Dr. Ortiz y la Sra. Carrión no profesaban talvez de igual modo las verdades del catolicismo; de donde se deduce que ni éllos mismos, cuanto más las educandas, pudieron estar libres de la seducción de los sofismas del cuáquero (1). En fin, dígase lo que se dijere, fue un escándalo el ver un establecimiento católico de enseñanza dirigido por un heterodoxo. Pero estos *candores* del Dr. Borrero, hijos de su envenenada prevención contra el biógrafo de García Moreno, aparecen con frecuencia en su libro. Pues ¿no dice también que el materialista Hall, "que permaneció en Quito desde el año 22 hasta el 33, en que fue asesinado, en nada pudo corromper la

---

(1) Whillwright aún llegó á ser acusado por el Fiscal eclesiástico de Quito, como *dogmatizante contra la creencia católica*, motivo por el cual publicó una *Vindicación*, y ésta dió motivo á que el Dr. D. Joaquín de Araujo escribiese su *Disertación sobre la lectura de la Biblia en lengua vulgar*, opúsculo muy erudito publicado en la Capital en 1828.

fe ortodoxa de los hijos de Pichincha?" Y sin embargo no sería muy corta la nómina que pudiéramos hacer de las inteligencias que pervirtió aquel inglés, ilustrado en verdad, y loco, como después le llamaba Irrisarri: con la locura del impío exaltado y del propagandista, podíamos añadir nosotros.

Volvamos á nuestro compatriota Rocafuerte y sigámosle en su carrera política.

Había estudiado en un colegio de París, y fue condiscípulo de jóvenes distinguidos que después llegaron á figurar en la política de Europa. Cualesquiera que hayan sido las enseñanzas que en ese colegio recibiera, es lo cierto que volvió á Guayaquil imbuído de las ideas democráticas encobadas por célebres revolucionarios, criadas al vapor de la sangre de un millón de víctimas, triunfantes en la América inglesa, y en la española acariciadas como esperanzas celestiales por gente de valía. Los hispano-americanos deseaban mejorar su condición moral, económica y política, y había llegado para ellos el tiempo del delirio de las transformaciones. Rocafuerte no podía escapar del influjo del espíritu de la época y se entregó á él con el ardor propio de la juventud y, sobre todo, de su carácter.

Desacertado anda el P. Berthe cuando dice que Rocafuerte, antes de su vuelta al Ecuador en 1833, no fue sino un *aventurero político*. Decidido por la Independencia, fue activo propagandista y servidor de su causa. No perteneció á los ejércitos, pero sí á la prensa, á la tribuna y á la diplomacia, campos en los cuales se obra á las veces con más provecho que en la arena de los combates. No buscaba aventuras por satisfacer una inclinación natural hacia ellas: buscaba ocasiones de ser útil á la América es-

pañola, á la cual llamaba *su patria*, porque *deliraba con el singular proyecto de formar entre todas las nuevas Repúblicas de América una federación pecuniaria, ó bien un acto de asociación mancomunada. . . . para atraer al seno de la América* las capitales que en Inglaterra y Holanda circulaban á bajo interés [1]. De este *cosmopolitismo americano*, si es lícito decirlo, venía su buena voluntad para servir así á Méjico como á Colombia, y habría servido á cualquier otra sección del Nuevo Mundo si se lo hubiese pedido ó él hubiera estado en posibilidad de hacerlo. Sus escritos y las publicaciones que se hicieron por su iniciativa, como las del inglés Ackerman, tuvieron ese carácter: fueron para toda la América. La actividad de su inteligencia estuvo en armonía con su actividad física, y al mismo tiempo que atendía solícito á los intereses de su familia, pensaba en los medios de que deberían valerse los patriotas para alcanzar la Independencia, y popularizaba sus pensamientos. Por 1807 ó 1809 ya urdía con el Dr. Morales el plan revolucionario, si bien parece que no tenía como oportuna la ocasión, en tanto que éste sí la tuvo por buena, y el 10 de agosto del año 9 le vemos como uno de los principales actores de la insurrección de Quito.

La autoridad sospechó que Rocafuerte había tenido participación en esta revuelta y le persiguió y aún arrestó; pero librado por influjo de su familia, que era una de las más nobles y pudientes de Guayaquil, continuó empleando su actividad en la política menuda de su país,

(1) *A la Nación*, Nº 11, pág. 31.—Este número que contiene la autobiografía de Rocafuerte, nos ha proporcionado todos los datos relativos á su vida hasta 1833. Además de que no hay otra fuente, su autor nos merece completa fe.

hasta que en 1812 fue nombrado Diputado á Cortes. Llevó á éstas, como era natural, sus ideas republicanas, y se ligó con lazos de amistad y política con españoles y americanos de nota que se le asemejaban en pensamientos y en propósitos de innovaciones liberales. Rehusó un día concurrir á un besamanos de Fernando VII, porque lo creyó no sólo opuesto á sus ideas políticas, sino ofensivo á su dignidad personal, y fue perseguido. Felizmente pudo fugarse; mas habiéndosele dificultado la vuelta á su patria, se dió á viajar por Europa, deteniéndose en Italia, la noble seductora de las almas generosas y elevadas, y especialmente en Roma cuyos recuerdos obran con irresistible poder en las mentes juveniles, y cuya actualidad religiosa y artístico-cristiana encierra tanta magia para los corazones amoldados á la verdadera civilización (1).

---

(1) Como los escritos de Rocafuerte son muy poco conocidos, no creemos fuera de propósito copiar aquí un trozo en que se revelan sus impresiones en Roma, mezcladas de espíritu cristiano, entusiasmo artístico y delirio democrático, todo propio del carácter ardiente de nuestro compatriota. "De Toscana dice, pasé á los Estados Pontificios, y al ver, á poca distancia de la reina del mundo, la cúpula de San Pedro que domina toda la campiña de Roma, tuve un arrebato de admiración seguido de un sentimiento de tristeza: esa cúpula, inmensa mole que parece estar suspendida en los aires, como para indicar el camino de la tierra al cielo; esa Eterna Ciudad de inmortal renombre está colocada en medio de un desierto, rodeada de campos áridos que predisponen á la melancolía; por allí no se ven parques, no hay arboledas, no se nota ningún palacio en ruinas, no interrumpen la monotonía de la perspectiva las almenas de algún castillo morisco, nada anuncia la cercanía de la grandiosa y omnipotente Roma. Entré en la ciudad por la puerta del Pópolo y la calle del Corso, y á los pocos días de haber llegado me agradó tanto su residencia, que me detuve seis meses viendo las antigüedades, observando los usos y costumbres de ese pueblo extraordinario, penetrándome de la importancia del estudio

Al fin, de Nápoles pasó á Burdeos, de aquí á la Habana y luego se vino á Guayaquil, no sin haber cedido á la condición que le impusieron las autoridades españolas de que durante dos años no se mezclaría en la política. Este

---

práctico del hombre, y gozando de las bellezas de las artes liberales. Con viva curiosidad corría al Capitolio, subía á la Roca Tarpeya, bajaba al Foro; me estremecía la Cárcel Mamertina; sobre los arcos triunfales de Vespasiano, de Severo y de Constantino veía esculpido el triunfo de nuestra Independencia; mi imaginación atónita al aspecto de la Columna Trajana la trasladaba á la cima del Chimborazo, como trofeo de nuestra emancipación política; al ver el abismo de Curcio me sentía con bastante valor para seguir su noble ejemplo; comparaba el triste y *flavo* Tíber al risueño y undoso Guayas; cerca de la fuente Ejeria me parecía ver á Numa, inspirado por la Ninfa de esa corriente, exhortando á los Romanos al orden, á la unión y á la gloria, y ocupado en sujetar la fuerza brutal en que Rómulo apoyó su poder militar, y á la virtud, á la moral y á la probidad, garantidas por la santidad del juramento. Me paseaba entre las ruinas del Coliseo, del templo de la Victoria, del de Júpiter Stator; al pasar por los rostros ó tribuna me figuraba oír á Cicerón dirigiéndose al pueblo, y repitiéndole: *Quod si quis existimat me aut voluntate esse mutata, aut debilitata virtute, aut animo fractio, vehementer errat.* El principio democrático se reproducía en mi mente de mil diversos modos; hasta en las Catacumbas percibía en los huesos de los mártires, de esos primeros héroes del cristianismo, ese perfume de santidad y de virtud, esa esencia de abnegación evangélica, que comunicada á las futuras generaciones había de hacer triunfar la democracia, aboliendo la esclavitud, introduciendo la igualdad de derechos entre los hombres y brotando del mismo seno de la religión hermanada con la filosofía esos raudales de luz, que tanto realzan el brillo de la moderna civilización. La Basílica de San Pedro, verdadera maravilla de la opulencia y de las artes, la iglesia de Santa María la Mayor, San Pablo, San Juan de Letrán, el Vaticano, los obeliscos, las fuentes, las termas, el castillo de San Angelo, el palacio Quirinal, el Museo, las Bibliotecas, las galerías de pintura y otras infinitas curiosidades, todo lleva en el interior de Roma el sello de la grandeza, todo habla al alma, eleva los sentimientos, inspira amor á Dios, entusiasmo por el estudio de las ciencias, y gusto por las bellas artes."

hecho, por sí solo, prueba la importancia que ya por entonces se le daba á Rocafuerte. Se temía su influjo. Sea porque se propuso llenar esa condición, ó por otras causas, le vemos bastante tiempo ocupado sólo en sus negocios particulares.

Ardía entre tanto por todas partes la revolución, y las armas de los patriotas obtenían victorias ruidosas y de gran importancia. Guayaquil se preparaba también á la lucha. El año 19 tocaba á su fin y el 20 debía ser el que viese al Guayas correr libre del régimen é influencias españolas. Rocafuerte debía tomar parte en la insurrección; pero vemos con sorpresa que ese genio inquieto y ardiente, cuya lengua no podía verter sino frases de libertad é independencia y cuya pluma derramaba odio contra el realismo, vemos con sorpresa, repetimos, que Rocafuerte se aleja de las playas ecuatorianas la víspera de la revolución redentora de la patria. Discúlpase de este hecho por el amor filial y la necesidad de complacer á *la más tierna* y *amable de las madres*. Ese afecto y veneración filiales honran á Rocafuerte [1]; pero le obliga-

---

(1) Son dignas de transcribirse aquí las palabras de Rocafuerte en el opúsculo citado, al tratar de los motivos que le obligaron á separarse de Guayaquil en 1819: son estos: "Todo anunciaba que se acercaba el triunfo de la Independencia, todo me llenaba de contento y henchía mi corazón de gratas esperanzas; pero en lo que yo veía motivos de alegría, mi virtuosa y excelente madre hallaba causas de tristezas; élla no podía olvidar los riesgos que corrí en España....; su maternal cariño se alarmaba por la suerte del único hijo varón que le había quedado y temía por mí la transición de un sistema á otro. Con singular previsión me anunciaba, que en los trastornos políticos que se preparaban, perderían mucho los hombres honrados y ganarían los malos, que los seres más viles y degradados se apoderarían de los primeros empleos y del mando supremo, y serían más déspotas, más indecentes y

ron á que, como patriota, se alejara bastante del deber supremo á que le atraían el temple de su alma, sus ideas políticas y los intereses de la nación. Prefirió no desagradar á la madre á quien debía la vida á sacrificarse á esotra madre para quien debía ser su vida, como fue la de Bolívar, la de Sucre, la de todos los americanos que se levantaron á pelear contra el Gobierno colonial hasta alcanzar la independencia.

Sin embargo de este paso que se presta á la censura como desacorde con los afectos patrióticos y el carácter de Rocafuerte, le vemos en seguida ocupado constantemente en servir á la causa americana con su pluma, su influjo y sus atinadas gestiones de diversos géneros en el viejo y en el nuevo mundo. Desde esta época comienza verdaderamente la fecunda vida política de Rocafuerte, primero consagrada al servicio de la Independencia y al establecimien-

---

más rapaces que los españoles de quienes tanto nos quejábamos, y con lágrimas en los ojos me rogaba fuera á los Estados Unidos, mientras pasara la tempestad que amenazaba y le quitaba el sosiego. A pesar de mi repugnancia para emprender entonces un viaje que tanto me alejaba del centro de mis afecciones, cedí á las instancias de la más tierna como amable de las madres, y con tanto menos disgusto la complací, cuanto que he sido de opinión, que el primer vínculo que liga al hombre á la patria, es la familia, y que no puede ser buen patriota (generalmente hablando) el que no es buen hijo, buen hermano, buen esposo, buen padre y buen amigo. Del hogar doméstico se desprende la chispa que enciende en los corazones sensibles el amor á la patria, que reconcentra todos los afectos que exalta el entusiasmo y que arrebata del alma la viva exclamación: *A tous les coeurs bien nés, que la patrie est chère!*"

Merece observarse que la madre de Rocafuerte y la de García Moreno, los que más se han elevado por sus méritos en la política del Ecuador, y tanto se han asemejado mutuamente, profesaban principios monárquicos y fueron opuestas á la Independencia.

to de los nuevos estados de Colombia y Méjico, y después á los negocios del Ecuador, su patria. Hasta que volvió á ésta en 1833, le hallamos entendiendo hábil y activamente en negociar importantes empréstitos, en salvar de apuros pecuniaros á Colombia, en arreglar asuntos diplomáticos, en hacer publicaciones de distintos géneros, etc. De 1833 á 1847, año de su fallecimiento, Rocafuerte se consagró todo á su patria con valor, abnegación, pureza y elevación de miras. A pesar de que sus doctrinas religiosas y políticas no eran del todo impolutas, desdicha de la cual es necesario no culparle sin entrar en cuenta que la padeció, como tantas otras descollantes inteligencias, á causa de las enseñanzas del filosofismo entonces á la moda; á pesar de las caídas á que le arrastraron la impetuosidad de su carácter y la falta de conocimiento de los círculos políticos de una nación en que no había residido tantos años; á pesar de las acusaciones que se le han hecho, en algunas de las cuales hay justicia; á pesar de todo esto, decimos, Rocafuerte es una de las figuras que más se elevan en los fastos de nuestra República, reclamando con sobra de razón el acatamiento de la posteridad. El austero García Moreno respetaba también la memoria de su ilustre paisano, aplaudió el pensamiento, realizado más tarde, de honrarle con una estatua, y hasta escribió en su elogio una composición poética (1).

Rocafuerte había vuelto, pues, al Ecuador después de trece años de ausencia; y si por ventura no contaron con él los oposicionistas de su capital para establecer la sociedad y fundar *El*

---

(1) V. *Escritos y discursos de García Moreno*, tomo 1º, pág. 286.

Quiteño Libre, sí le buscaron y hallaron fácilmente para que dirigiera el partido antifloreano, cuando era preciso hacer algo más que asociarse para echar á volar papeles. A fe que no pudieron hacer cosa más acertada, atenta la valía del personaje, ante el cual, en verdad, se achicaba la talla de los revolucionarios de la sierra, no obstante que no faltaba quien la tuviera distinguida. El prócer guayaquileño tomó cartas en la política del Ecuador con toda la vehemencia de su carácter y todo el ardor de su no disimulada ambición. Ambición noble, eso sí, de esas que brotan del anhelo de conquistar beneficios para la patria, no de las nacidas de miserable egoísmo. ¡Vengan á menudo los hombres dominados de ambición - virtud, y los bendeciremos! La detestable es la ambición que, puestos los ojos sólo en el interés personal ó de un bando, ajusta pactos hasta con el crimen y la infamia, si estos monstruos le aseguran el triunfo. Desgraciadamente en todas partes y todos los días vemos esta laya de ambición y estos pactos.—"Yo, y después la patria." Las más de las veces, "yo, y la patria ni después ni nunca." Hé ahí el pensamiento de la mayor parte de los políticos que aspiran á elevarse al poder y hacen revoluciones, y ensangrientan los pueblos, y cubren de luto las familias, y derrochan caudales ajenos y despedazan tronos ó sillas presidenciales. Con tal que éllos queden enhiestos, triunfantes, con el poder en la mano como instrumento de acumular riquezas para sí, de proporcionarse honores y placeres, ¿qué importa la patria cubierta de escombros y miseria, el destierro de la moral y la religión y el aniquilamiento de la honra nacional? ¡Oh! maldita sea la ambición-egoísmo!

Enrevesadas y crudas por demás se halla-

ban ya las cosas, cuando el llamamiento á Rocafuerte para que las dirigiese. El Congreso de ese año [1833] no sirvió sino para empeorarlas. Las facultades extraordinarias de que invistió al Gobierno trajeron inmediatamente las consecuencias que eran de temerse, cuales fueron, entre otras, la persecución de los principales oposicionistas y, por tanto, el acrecentamiento del odio y rencor contra Flores y los suyos. La Sociedad de *El Quiteño Libre* quedó disuelta; algunos de sus miembros fueron desterrados y otros tuvieron que esconderse ó fugarse. Como era natural, el periódico cesó de publicarse. A Rocafuerte, que había concurrido á la Legislatura como diputado, no le valieron su nombre respetable y su influencia, y fue sacado de Quito rodeado de fuerte escolta. El Gral. Flores como se ve, quiso mostrarse enérgico; pero la energía no suele dar buenos frutos cuando viene después de las muestras de mansedumbre y contemplación, que han servido acaso para dar alas y audacia á los enemigos. La energía es provechosa cuando tiene cimientos de justicia y de vigor de carácter.

La irritación de los ánimos y el desconcierto de la política en la Capital, alentaron al comandante Pedro Mena y otros oficiales en Guayaquil, para que volviesen contra el Gobierno las armas que les diera á que las emplearan en su defensa y sostenimiento. Mena y sus compañeros eran gente de aquella que los vicios y crímenes hacen suya para arrastrarla al presidio ó al cadalso. Gente, sin embargo, protegida por Flores, no indudablemente porque la consideraba digna de amparo, sino porque no sabía cómo librarse de ella; y gente, sin embargo asimismo, que atrajo á Rocafuerte á su rebelión.

La manera cómo había sido tratado por Flores, obró quizás en el ánimo de Rocafuerte para que aceptara el mando que le ofreció Mena. El ultraje es muchas veces venda de los ojos del alma de quien le sufre. O bien creyó que podía dar buen curso á la revuelta para derrocar á su enemigo. En todo caso, la conducta de Rocafuerte fue errada y digna de censura. Comenzaba á intervenir en la política militante del Ecuador y le convenía ser más circunspecto y procéder de modo que no se amenguase su crédito. Además debió advertir la inconsecuencia que había en buscar apoyo para combatir contra Flores, en los mismos soldados extranjeros que eran causa principal de que Flores fuese odiado por los ecuatorianos. Lo que atenúa la responsabilidad de Rocafuerte, es la consideración de que talvez convino en ponerse á la cabeza de tan mala gente para ver de contenerla en sus desmanes: en este caso se impuso un sacrificio para salvar á Guayaquil. Por lo demás, no estuvo sólo en el desacierto, pues le acompañaron las personas de más valía de la ciudad. Todas ellas deseaban sacudirse de la dominación de Flores, el deseo se había convertido en pasión ardiente, y la pasión no reflexiona.

En Quito se había pensado ya en acudir al medio extremo de la revolución armada para derribar al Gobierno. La oposición creyó llegada la oportunidad de lanzarse por ese arduo camino, cuando supo el suceso de Guayaquil que, naturalmente, debía llamar la atención de Flores y obligarle á dividir sus fuerzas. Los revolucionarios comprometieron á los Sargentos Peña y Medina para seducir por medio de ellos á un cuerpo de tropas que hacía la guarnición de la ciudad. Los Sargentos fingida-

mente empeñados para el trance, comunicaron el plan al Gobierno, y éste, sin que le repugnase la felonía y la deshonra, tendió una red en que cayeron de seguro los incautos patriotas, como así sucedió. Peña y Medina, instrumentos del Ministro, aseguraron á los conspiradores que todo estaba dispuesto para que la noche del 19 de octubre les fuera entregado el cuartel. Entretanto las tropas y muchos empleados que estaban en el secreto, se preparaban á recibirlos á balazos y lanzadas.

Hemos dicho que el Gral. Flores tenía genio manso y amable trato; mas no hemos podido ni podremos asegurar que cuando el demonio de la política se enseñorea del corazón del hombre, no expulsa de él todo sentimiento humanitario y le reemplaza con la crueldad, á veces acompañada de circunstancias que la hacen más odiosa de lo que es por sí misma. Flores ¿conoció la trama que se preparaba contra sus enemigos? ¡Quién podrá dudarlo! Y no sólo la conoció, sino que probablemente fue su autor; pero que no lo hubiese sido y que solamente hubiera acogido el plan, no por eso la historia dejaría de condenarle. Sea por no presenciar el desenlace del drama y por alejar sospechas, sea porque urgía el atender á la rebelión de Guayaquil para sofocarla antes que tomara mayores proporciones, el Presidente había salido con un batallón el día 18, camino de la costa. El 19 por la noche, Medina llevó al cuartel á un numeroso grupo de patriotas, y éstos que esperaban confiados iba á ser secundada por la tropa su voz de insurrección, oyeron sorprendidos la de los fusiles, y el ruido de los sables y lanzas que los asesinaban.

Horrible fue la escena. Cayeron las primeras víctimas y corrió la primera sangre en la

lucha del elemento civil nacional contra el militarismo extranjero. El inglés Hall y algunos quiteños amanecieron el 20, cadáveres desnudos, pues la rapacidad de los soldados les habían despojado de sus vestidos. El primero, además, fue suspendido de una horca por disposición del Vicepresidente, que en ausencia de Flores se hallaba á la cabeza del Poder Ejecutivo. El salvajismo concurrió, pues, á hacer más repugnante el cuadro del crimen derramando en él sus sombras.

El abismo abierto entre Flores y sus enemigos llegó á ser profundo y sumidero de raudales de sangre. La situación del fundador de la República no podía ser más violenta; era difícil un cambio de política que la mejorase; y aun cuando hubiese hecho el prodigio de mejorarla, ¿habría complacido y desarmado á la oposición? Juzgamos que no: la oposición había llegado á aquel punto en que el odio y el rencor ponen vendas á la razón que no puede ver luz ninguna ni tomar camino recto hacia la justicia. Aunque Flores se hubiera convertido en ángel, sus enemigos le habrían visto demonio.

Entretanto, en Guayaquil y otros pueblos de la costa la revolución iba á su término de desastre en desastre. Rocafuerte que se prestó á dirigirla, se veía envuelto en mil dificultades y conflictos. El Presidente Flores empleó su hábil táctica y su conocido valor en el ataque á la plaza de Guayaquil, la tomó y creyó haber dado el golpe de gracia á la revolución. Los perdidos, sin embargo, quisieron rehacerla, y Rocafuerte, animado de la cólera que suele encender una derrota en las almas altivas, se dejó seducir de nuevo y más fácilmente por las promesas de sumisión y perseverancia de la gente

vil que no supo ó no quiso luego sostenerle. Retiróse á la isla Puná con algunas fuerzas, organizó como pudo un Gobierno provisional y desplegó la energía necesaria para seguir obrando contra Flores.

La situación de ambos contendores era por cabo difícil, y la de toda la Nación, deplorable: consumíanla á par la miseria, la anarquía y el crimen. Flores triunfando sobre Guayaquil, no había apagado sino una pequeña brasa de la hoguera que le rodeaba y amenazaba; Rocafuerte, metido en la Puná, carecía de los medios necesarios para hacer la guerra con ventaja y vivía temeroso de que los jefes y oficiales extranjeros con quienes obraba, le jugasen una mala pasada. En la guerra, desconfiar de los propios significa no esperar el triunfo, y esta situación es peor que la que trae la superioridad del enemigo. Con todo, la actividad de Rocafuerte, su talento y los recursos que pudo allegar buscándolos en el exterior, le hacían terrible para Flores. Hubo combates en tierra y en agua, ya favorables, ya adversos á la revolución, y se derramó no poca sangre. Rocafuerte expuso la causa que defendía, enredándose en agrias querellas, á causa de la vehemencia de su carácter, con súbditos de poderosas naciones europeas que podían intervenir en la lucha y dar al traste con la revolución.

El ejemplo de ésta en Guayaquil había atizado la del Norte, y encendida más que antes del 19 de *octubre, cundía rápida por las poblaciones de la sierra*. Un reducido número de soldados al mando de algunos jefes y paisanos que emigraran á Nueva Granada después del desastre de aquella noche, invadió la provincia de Imbabura; más fue para sufrir un nuevo descalabro en *Pesillo*. Aquí perecieron quite-

ños de cuenta, como D. Ignacio Zaldumbide y el Gral. D. José María Sáenz; éste inicuamente asesinado después que rendido y prisionero, entregó su espada al vencedor. ¡Estériles triunfos de una mala causa! ¡fecundas caídas de quienes la atacaban! Después de *Pesillo*, la insurrección iracunda y osada tornó á levantar la cabeza. Cortado el árbol, de la parte de tronco que ha quedado á flor de tierra, suele brotar el hijuelo robusto que dueño de todo el jugo de las viejas raíces, no tarda en convertirse en el gigante de la vegetación: así sucede también con una revolución que no se desarraiga y se la deja con principios de vida,—¡y cuán difícil es matarla por completo!—La revolución contaba, pues, con la sabia de la opinión popular, que es la raíz madre que, á veces, muy pocas en verdad, sostiene á los gobiernos, y frecuentemente da vida y fuerza al elemento que se levanta contra ellos y los derriba.

El levantamiento se divulgó y tomó vigor en Imbabura, provincia que ha sido siempre semillero de gente aguerrida y robusta. Para cabeza de él se pensó en Rocafuerte; mas interesados manejos hicieron que resultase elegido D. José Félix Valdivieso, hombre de buen talento é instrucción, pero aun en estas prendas mismas y, sobre todo, en energía de carácter y dotes de mando asaz inferior al primero. Valdivieso había sido partidario de Flores y aún empleado en su Ministerio, del cual fue separado por convenir así á la política gubernativa ó, en otros términos, á los intereses privados de los que la manejaban. El haber sido floreano, era para el Sr. Valdivieso mal antecedente, sin embargo de que procuró taparlo con el entusiasta patriotismo que ostentó los días de la revolución.

La elección de Rocafuerte había traído entre otras ventajas la de la unidad de acción, tan necesaria en toda clase de luchas políticas ó guerreras. De nada suele servir á los partidos políticos que se hallen informados de un solo pensamiento, cuando no hay harmonía en la manera de ejecutarlo. Ser muchos y obrar como uno, es el gran secreto para triunfar en aquellas luchas. Por otra parte, quizás el caudillo de la costa viéndose sostenido por los revolucionarios de la sierra y no pospuesto á Valdivieso y, sin duda, lastimado en su amor propio, no hubiera dado en el error que la historia ha censurado ya, y que vamos á ver.

Flores sedujo fácilmente el ruin corazón de Mena, y Mena que había jurado sostener á Rocafuerte, le traicionó y entregó preso en manos de su enemigo. Flores, una vez dueño de la cabeza de la revolución en el litoral, pudo hacerla rodar en el cadalso; y no faltó quien le aconsejara que así lo hiciese. La situación de Rocafuerte era delicada y grave en extremo, pero á propósito para mostrar grandeza de alma y colocarse moralmente sobre su rival. Flores parece que comprendió que su situación no era menos delicada, y bien siguiendo un plan que se propusiera de antemano, ó bien por feliz inspiración del momento, en vez de librarse de Rocafuerte desterrándole ó haciéndole morir en el patíbulo, quiso convertirle en instrumento para destruír la revolución de la sierra, y lo consiguió. Nunca procedió Flores con más talento, prudencia y astucia: probó que era más político que su rival, con ser este un Rocafuerte. En vez de tratarle como á prisionero de guerra, entró en arreglos con él, apresurándose á iniciarlos cual si el revolucionario encarcelado fuera un beligerante libre. Sorpren-

dido y contento Rocafuerte, aceptó el unirse á Flores; salió de la prisión hecho Jefe Supremo de las comarcas del Oeste, y en camino de satisfacer su ambición. A la censura que la historia ha formulado ya contra este convenio que fue inopinado así para los de la oposición como para los ministeriales, se ha contestado que Rocafuerte obró por amor á la paz; y en efecto esta deducción se saca de algunos documentos de aquel tiempo; más en puridad, no se compadece bien tal amor con la guerra que Rocafuerte hacía antes de los arreglos con su rival, ni con la necesidad, que no podía ocultársele, de entrar en lucha contra la revolución en la sierra. Además, en el litoral y en los Andes el levantamiento tuvo por móviles el deseo y propósito de libertar la República de la dominación extranjera, y una liga con ese mismo extranjero venía á probar que tal propósito había sido sólo un pretexto para esconder otras miras. Hay motivos para presumir que estas miras fueron buenas; pero, con todo, queda lejos de duda que el deseo de llenar su ambición atrajo á Rocafuerte á una inconsecuencia que nada puede cohonestar.

El convenio constaba de trece artículos y fue suscrito en Guayaquil el 19 de julio de 1834. Sin duda todos ellos fueron oportunos, atentas las circunstancias; mas respecto del primero hemos de decir algo que no han dicho los escritores que han tratado este punto de nuestra historia. Dice, pues, dicho artículo: "Habrá paz, unión, concordia sincera y fraternal entre todos los ecuatorianos." Santas cosas todas estas. Pero se nos ocurre preguntar: ¿Rocafuerte y Flores eran dueños de la voluntad de los ecuatorianos, para que hubiesen mandado que vinieran todos á la paz, la unión y la con-

cordia? Ese *habrá* nos parece bastante irregular; y si quienes lo dijeron tenían confianza de que podían quitar las armas de las manos á los revolucionarios de la sierra, y forzarlos á convenirse con la opresión de que se quejaban, y á borrar las manchas de sangre de que estaba salpicado el suelo de la patria, y á cambiar en amor el odio que hervía en el pecho de los *chihuahuas*, (1) esa confianza era vanidosa y pueril, indigna, sobre todo, de un hombre pensador y circunspecto como Rocafuerte.

Rocafuerte, unido á Flores, persiguió luego de muerte á muchos de los que poco tiempo antes le habían hecho jefe de la revolución. Lo peor del caso no estaba en el hecho de perseguirles de esa manera, pues no otra cosa merecían, que facinerosos eran los más, sino en haberlo hecho después que aceptó sus servicios y apoyo (2). ¿Cuál habría sido con ellos la con-

(1) Nombre de incierta etimología, que se habían dado los revolucionarios, ó que, como parece más probable, se lo dieron por mofa sus rivales y ellos lo adoptaron, para no mostrarse corridos. Quizás la explicación más aceptable está en el significado quichua: *chi*, interjección que equivale al *oxte* castellano y *huahua* que significa *niño*. *Chihuahua* vale, pues, tanto como *oxte, niño*, ó *quita allá niño*, que pudieron haber empleado los partidarios de Flores para despreciar á sus enemigos.

(2) Tenemos documentos de aquel tiempo que prueban lo terrible que fue Rocafuerte en castigar á los perturbadores del orden público; mas en vez de citarlos, nos acogemos al testimonio del Sr. Dr. D. Ramón Borrero, hermano del refutador del P. Berthe, y como él enemigo de García Moreno que suele imitar á Rocafuerte en la dureza contra los demagogos y en otras cosas. En un artículo que, en defensa del Gral. Flores, publicó el Dr. Borrero en el Nº 436 de *El Nacional*, periódico del Gobierno, asegura que de 1835 á 1836, Rocafuerte tuvo que "escarmentar de un modo sangriento á los sediciosos que le hicieron la guerra," ó hizo fusilar á más de 52. Y decimos *más*, porque esta es la verdad, y porque el mismo Dr. Bo-

ducta de Rocafuerte, si merced á ese apoyo y servicios hubiese triunfado y encaramádose al poder? Para acertar en la respuesta hay que volver los ojos hacia Flores y contemplarle sujeto á la necesidad de sostenerse con militares de la ralea de los que proclamaron á Rócafuerte.

Una vez reconciliados y unidos Rocafuerte y Flores, y el primero á la cabeza del Gobierno y el segundo de General en Jefe de tropas aguerridas aunque no numerosas, las conveniencias de los dos estaban aseguradas, y la suerte de los revolucionarios de la sierra vino á ser trabajosa y problemática. Habiendo asumido Flores de preferencia el papel de guerrero, quedó á cargo de Rocafuerte todo lo demás, y aun el cuidado de defender á su antiguo rival, lavando con elogios, á veces desmedidos, el cieno que pocos días antes le echara á manos llenas. ¡Historia desagradable, y por desdicha bastante común, de la ambición política que toma los mejores talentos y los méritos más incontrovertibles para jugar con ellos!

Durante su mando provisional Rocafuerte hizo cosas que vinieron á probar no estaba desprovisto de dotes para ser buen Presidente, y

---

rrero, al hablar sólo de los ajusticiados en Taura, aunque al margen saca el guarismo 20, en letras dice 20 *y tantos*. Después de hablar de los *cincuenta y tantos* que pagaron sus fechorías y crímenes con la vida, añade el defensor del Gral. Flores: "A estos prisioneros de guerra, se los pasó por las armas, inmediatamente que fueron tomados, excepto Maldonado (el Comandante Facundo) que, traído del Carchi, fue puesto en capilla en el instante que llegó." ¡Con qué puntualidad se refieren algunos hechos históricos! ¿Quién no ve en 1835 *el Jambelí* de 1865? ¿Quién no halla en el banquillo del Comandante Maldonado en 1836 el modelo del banquillo del Gral. Maldonado en 1864? Cuando lleguemos á los sucesos de 1864 y 65 recordaremos al lector el contenido de esta nota.

que su patriotismo era sincero y práctico. En Guayaquil y demás lugares de la costa á donde se extendía su inteligente y activa acción, el juicio de sus conciudadanos iba siéndole más y más favorable, y se preveía sin dificultad que, si triunfaba el bando del Oeste sobre el del Norte, Rocafuerte sería quien se elevase á la primera magistratura.

Entre tanto los revolucionarios del Norte obraban con rapidez y veían que su causa se difundía y tomaba fuerzas. Favorecíala el desconcierto del Gobierno floreano, compuesto de modo anticonstitucional de miembros del Gabinete desde la separación del magistrado que debía reemplazar al Gral. Flores conforme á la ley fundamental. Las tropas que éste mandaba no podían auxiliar á la corta guarnición de Quito, ora porque en el litoral sobraban atenciones urgentes, renovadas todos los días por los movimientos sediciosos y los latrocinios, ora porque no era muy fácil ascender á la sierra y caer sobre la Capital atravesando poblaciones hostiles. Al cabo, favorecidos por tantas circunstancias, los *chihuahuas*, que sin tener mayores dificultades que allanar se vinieron de Imbabura, apoderándose de Quito. Una vez aquí, se empeñaron en organizar su ejército, y le pusieron bajo el mando del Gral. D. Isidoro Barriga.

Era éste uno de los capitanes de la guerra de la Independencia, no de los primeros, en verdad, ni comparable á Flores en talento militar, ni en perspicacia para conocer á los hombres y las circunstancias, ni en malicia para proceder según éstas y sacar partido; mas no carecía de aquella viveza que á veces suple por el talento y contribuye á crear simpatías; era gallardo, amable, generoso y en punto á valor,

basta recordar que había pertenecido al ejército de Bolívar. Aun cuando hubiese tenido prendas militares semejantes ó superiores á las del General contra quien tenía que luchar, como Barriga se había puesto á la cabeza de tropas bizoñas y no muy bien armadas, el éxito de la campaña no podía serle favorable.

Y no sólo había falta de disciplina y de buen armamento en el ejército *chihuahua*, sino rencillas entre los jefes subalternos y desaciertos en el Gobierno provisional. Tarde conoció Barriga lo difícil y peligroso de su situación, y quiso dimitir el mando, mas no fue atendida su solicitud y hubo de continuar, mal de su grado, dirigiendo la campaña. Ya se compare Gobierno con Gobierno, ya ejército con ejército, ya hombres con hombres, ya, en fin, se sujeten á parangón los medios pecuniarios con que recíprocamente contaban los dos bandos, se ve que la lucha era asaz desigual: casi todas las ventajas estaban de parte del que tenía por cabeza á Rocafuerte y por espada la de Flores; era por tanto, en extremo difícil que la victoria ciñese las sienes del partido revolucionario de los Andes. Barriga hizo cuanto le dictaban su inteligencia y honradez para sobreponerse á las desfavorables circunstancias que le rodeaban, y se portó como valiente, mas todo fue inútil.

En efecto, después de idas y venidas, de la alternación de ocupar y evacuar ciudades y aldeas, según requería la estrategia, y de tal cual encuentro en que sin notable resultado se quemaba pólvora y hacía relucir el acero, y hasta después de algunas tentativas de arreglos pacíficos, como si éstos fueran siempre hacederos cuando el alma de los partidos son la ambición y el rencor mantenido por recientes ultrajes; después de todo esto, chocaron definitivamente

los dos ejércitos en la llanura de Miñarica, cerca de Ambato, el 18 de enero de 1835.

La historia de nuestras guerras civiles cuenta pocas batallas tan sangrientas y crueles como ésta, y no porque la mortandad hubiese sido grande en la refriega, sino porque las vencedoras huestes persiguieron y acuchillaron con salvaje ferocidad á las vencidas. Parecía que aquellos soldados del tiempo de la guerra sin cuartel entre españoles y criollos, hubiesen estado sedientos de sangre humana, y que se propusieron saciarla con la de los hijos del Ecuador, ya que les venía la ocasión **á** las manos.

Las tempestades políticas, como las de la naturaleza, no suelen calmar y desaparecer de súbito: después de la derrota de Miñarica, la revolución que quedó desbaratada, continuó, sin embargo, dando algunos chispazos y tronidos, en la costa con las armas y en la Capital y los pueblos del Norte con desesperados y á veces criminales decretos de la Convención que habían reunido los *chihuahuas.* Ella (¡befada sea su memoria!), ciega de ira y despecho, aun intentó abolir la autonomía de la patria, convirtiendo el Ecuador en simple provincia de la Nueva Granada; y hubo diputado que puso á talla la cabeza del Gral. Flores, provocando cobardemente el asesinato por manos de la codicia. El vencedor, por su parte, amargaba más la situación de sus anonadados rivales imponiéndoles contribuciones forzosas, que se recaudaban con violencia, y cuyo producto no entró en las cajas fiscales.....(1).

Después el porte de Flores fue manso y

---

(1) Cevallos, *Resumen de la Hist. del Ecuador*, tomo V, pág. 249, primera edición.

generoso: pudo vengarse duramente de sus enemigos, y los perdonó, y hasta empleó trato amable y sagaz con muchos. Esta conducta, rara sobre todo en un vencedor en guerra civil, fue honrosa y digna de aplauso, siquiera naciese de bondad general, siquiera tuviese origen en miras y previsiones políticas. Y en verdad, no podía ocultarse al Gral. Flores la buena impresión que causaría en el ánimo de los ecuatorianos su moderación y mansedumbre contrapuestas á la energía y vehemencia de Rocafuerte, su enemigo de ayer, amigo de hoy y que podía tornarse su contrario, como así sucedió.

Treinta días después de la batalla, Rocafuerte expidió el decreto convocando una Convención que debía reunirse en Ambato, cual si hubiera querido que los legisladores escogidos por el pueblo se inspiraran en el hedor que en las cercanías arrojaban más de mil cadáveres putrefactos de hijos del mismo pueblo. El Vicario Capitular de Cuenca, exasperado porque según ese decreto los eclesiásticos con jurisdicción, los que componían los Cabildos y los párrocos no podían ser electos para el Congreso, quiso desplegar una energía extemporánea, y aún prohibió, bajo excomunión mayor unos artículos de periódico que justificaban aquella medida atentatoria contra los derechos de los clérigos como ciudadanos. Hizo más todavía el Vicario, pues fundó el *Semanario Eclesiástico* para defender esos derechos. Irritado Rocafuerte al verse contrariado por la autoridad de la Iglesia de Cuenca, lanzó un rayo que no una resolución contra ella (1). Ordenó que se obligase al Vicario á suspender al punto la censura

(1) Cevallos, obra citada, tomo IV, págs. 253 y 54.

que había fulminado; que se le quitase su empleo y se le expulsase del país; que el Cabildo procediese á elegir á quien debía sucederle, y á él y á varios sacerdotes de lo más granado del clero cuencano se castigara con una multa de dos mil pesos. "De este modo, continúa Cevallos, quedó terminada una contienda que, de seguro, nos habría envuelto en nuevas desgracias y héchonos sentir todo género de dolores." De este modo, añadimos nosotros, probó Rocafuerte que, cuando creía que se se había *atentado contra las libertades públicas, los sólidos principios de la moral evangélica, las disposiciones vigentes, el* DERECHO DE PATRONATO QUE RESIDE EN LA NACIÓN, *los cánones, y, en fin, la disciplina de la Iglesia;* probó decimos, que no reparaba en pelillos, y, arrogándose facultades ajenas, obraba como si fuese no sólo jefe civil de una nación, sino también jefe eclesiástico, y al mismo tiempo que invocaba los cánones y la disciplina de la Iglesia, los rompía violentamente. El Dr. Borrero, que alardea de imparcial, ha citado como ya hemos visto, el excelente oficio de Rocafuerte contra los libros prohibidos, y pasa por alto este hecho tan significativo en la vida pública de dicho célebre magistrado. Así va generalmente en todo su libro la imparcialidad del refutador del P. Berthe.

En abril se trasladó Rocafuerte de Guayaquil á Quito, y aquí siguió ejecutando su plan de reformas y de organización política y social con entusiasmo patriótico y vigor dignos de elogio; no había objeto á que no atendiese, y para todo alcanzaba su voluntad ya que no los recursos pecuniarios de la Nación empobrecida por la guerra. Era visible y palpable su desprendimiento de todo interés personal; nadie podía revocar á duda la rectitud de sus inten-

ciones ni menos sus relevantes dotes para el gobierno; y si en vez de propender á encarrilar el Ecuador por la moral cristiana, como la comprenden aún los disidentes, le hubiese impelido por esa moral como la comprende y practica la Iglesia católica, el parecido de Rocafuerte á García Moreno sería más notable. No es exacto que hubiese secularizado la Universidad, pues no tenía carácter eclesiástico; y en cuanto á la casa llamada *Beaterio*, destinada á recojer á las mujeres que se arrepentían de su relajación y abrazaban la virtud, creemos que Rocafuerte la destinó á un objeto más benéfico, cual fue la educación de las niñas. La falta estuvo en no haber contado para el caso con la autoridad eclesiástica, bajo cuyo patrocinio se hallaba el *Beaterio*, y en no haber sustituído en otra casa este refugio del arrepentimiento, al mismo tiempo que se abría un asilo para la inocencia y la educación.

La Convención se instaló en junio; sus miembros casi en la totalidad, eran más partidarios de Flores que del Jefe Supremo, y no obstante haber dado ésto tantas muestras de ser apto para el gobierno, estuvo á punto de no ser elegido. Esta resistencia de los Convencionales á dar sus votos por un compatriota que tanto los merecía, y su decisión por volver á elevar á la Presidencia á Flores, cuya política había sido causa de la sangrienta y terrible guerra que acababa de desolar el país, es deshonrosa para ellos; mas, por el contrario, honra mucho á Flores el tino con que obró al emplear todo su influjo en la Convención á fin de que elevase al solio á Rocafuerte que no á él. Y así sucedió: Rocafuerte pasó de Presidente interino, nombramiento que se le dió apenas instalada la Asamblea, á Presidente propietario,

conforme á la nueva Constitución. Si en vez de él la Convención hubiera elevado al poder al Gral. Flores, parécenos seguro que habría resucitado la guerra. La situación de Rocafuerte, burlado amargamente en su ambición, y hasta cierto punto infamado, se habría puesto por todo cabo dificultosa. ¿Cómo habría procedido? Si sostenía á Flores, se estrellaba contra la opinión nacional; si se lanzaba á la oposición, confirmaba el juicio de los que le tachaban de que obraba guiado tan sólo de mezquina ambición personal, por cuya causa aceptó la alianza que Flores le propusiera, y en virtud de la cual había triunfado hasta llegar á la Jefetura suprema y á la interinidad de la Presidencia. Quizás habría optado el medio de irse á tierras extrañas á ocultar su vergüenza y despecho, privando á la Nación del concurso de sus luces y de su enérgica voluntad en pro de sus libertades y progreso. Flores por su parte ¿qué habría hecho? El paso falsísimo de aceptar la Presidencia, enterrando á sus pies las aspiraciones de Rocafuerte cuando ya comenzaba á llenarlas, le habría puesto en la necesidad de cometer otros errores para ver de sostenerse, y como los errores nada sostienen, en la nueva guerra que no habría tardado en encenderse, su caída y ruina habrían sido infalibles. Flores procedio, pues, como previsivo y muy cuerdo al sacar sobre sus hombros á Rocafuerte del atolladero de la elección, y luego al dejarle completa libertad de acción en sus cuatro años de presidencia. El porte de Flores salvó á Rocafuerte y al Ecuador, y dictó á la historia una hermosa página.

Rocafuerte aún sólo por causa de su liga con Flores y de las inconsecuencias á que élla le arrastró, cuando quiso explicar su conducta

en la *Exposición* dirigida á la Asamblea constituyente, no pudo hacerlo de manera que le salvara ante la opinión de sus conciudadanos. Tiene razón el historiador Cevallos cuando dice: "Son tan flojas las explicaciones que da para cohonestar sus pasos y huír de contradicciones, que causa lástima ver á un grande hombre abarrancado en tantos apuros; y si no tuviera otras prendas con que hermosear sus acciones públicas y privadas, aquella *Exposición* habría deslustrado su memoria (1).

---

(1) Obra y tomo citados, pág. 262.

CAPITULO III

(Continuación)

El Ecuador considerado hasta 1835 como Estado de Colombia, aunque la federación no existía sino en el nombre, vino por disposición de la Asamblea constituyente de Ambato á ser por hecho y por derecho República verdaderamente autónoma. La Constitución de 1830 fue perfeccionada en lo posible, atentos los tiempos, las inmaturas y vacilantes ideas políticas de entonces y las necesidades del país. Los embarazos en que tropezaban los legisladores se echan de ver en un acto de contradicción ejecutado sin duda porque no pudieron eludirle: el mismo día en que estatuyeron por el artículo 56 de la Constitución que para ser Presidente y Vicepresidente de la República se requería ser ecuatoriano de nacimiento, declaraban por un decreto especial, que el Gral. Flores tenía esta condición que la naturaleza le había negado. Además del absurdo de hacer al Ecuador cuna de un hombre nacido en Venezuela, procedíase de este modo para darle aptitud de ser nuevamente primer Magistrado de la República, con lo cual se mantenía el motivo principal de la guerra que acababa de apagarse, la cual tornaría después de un plazo largo ó breve para arrojar del poder y del territorio nacional al *intruso extranjero*.

El carácter principal del estudio histórico que vamos haciendo, pide que comparemos el artículo sobre la religión puesto en la Carta de 1830, con el que sancionaron los constituyentes de 1835. Estos comprendieron mejor tan grave punto, y redactaron así dicho artículo (el 13º:) "La Religión de la República del Ecuador es la Católica, Apostólica, Romana, con exclusión de cualquiera otra. Los poderes políticos están obligados á protegerla y hacerla respetar." Recuerde el lector que el artículo 8º de la Constitución anterior decía: "La Religión Católica, Apostólica, Romana es la Religión del Estado. Es un deber del Gobierno en ejercicio del patronato protegerla con exclusión de cualquiera otra." La diferencia de uno y otro artículo es, pues, notable: el ejercicio de toda falsa religión fue vedado completamente por la Constitución de Ambato, y no quedó como en la de Riobamba, excluído sólo de la protección del gobierno civil. Además, desapareció la circunstancia de que la Religión Católica había de ser protegida porque el Gobierno tenía en sus manos el patronato, y no porque fuese esencialmente justo que la protegiera. Desapareció también, junto con la dependencia de Colombia, el peligro de que se perdiese la unidad religiosa, en virtud del artículo 5º, que declaraba *derogados para siempre* los que resultaren opuestos al pacto de unión y fraternidad que debía celebrarse con los demás estados colombianos.

No puede decirse que Rocafuerte abrió su administración una vez puesto constitucionalmente en el solio: como Jefe Supremo había comenzado á desenvolver su plan político y económico, y como Presidente no hizo más que desenvolverlo con mayor amplitud y vigor. Su talento, experiencia y patriotismo le hicieron

concebir y trazar ese plan; su temple de alma le hizo comprender que podía ejecutarlo, y la ambición vino en ayuda de ese temple, de ese patriotismo, de esa experiencia y ese talento. Ya lo hemos dicho, esta laya de ambición merece elogio que no vituperio.

No fue completa la paz ni, por lo mismo, el orden anduvo sin tropiezos durante la presidencia de Rocafuerte, sobre todo al principio. La revolución aplastada bajo el poder de las armas vencedoras en Miñarica y luego bajo el puño de acero de aquel Magistrado, bufaba de ira en su impotencia y daba sacudidas de cuando en cuando; pero el resultado no era sino el arrancar nuevas muestras de inexorable energía de parte del Presidente. Los emigrados comenzaron á hacer en el exterior publicaciones violentas contra Flores y Rocafuerte, y éste los amordazó con fuertes multas que se hacían efectivas con los bienes que los enemigos poseían en el territorio nacional; hubo levantamientos é invasiones en el litoral y en los pueblos del Norte y fueron desbaratados por las tropas del Gobierno, pereciendo sus autores en el cadalso por simples órdenes del Presidente. En territorio, ya considerado como granadino, fue apresado el Comandante Maldonado (Facundo), y traído á la Capital, no quiso Rocafuerte someterle á consejo de guerra, y sin más ley que su voluntad, hízole fusilar al día siguiente de llegado. Pero el peligro más serio en que se vió el Gobierno, fue el que le trajo la insurrección del Batallón Nº 2º en Riobamba, ocurrida el 10 de marzo de 1838, por instigaciones de los jefes *chihuahuas*, que vivían rabiando con el recuerdo de la derrota de Miñarica, y no cesaban de trabajar de palabra y obra por derribar á sus enemigos. Rocafuerte tuvo tiempo de prepa-

rarse, y *Hualilahua*, cerca de Quito, fue el sepulcro de la nueva revolución. Esta vez los prisioneros fueron sometidos á juicio, y los tribunales hallaron modo de salvarles la vida. Rocafuerte respetó los fallos, y en vez de cadalso hubo sólo destierro para los promotores de la revolución. Cuando se supo en Quito el triunfo completo de las armas del Gobierno, el pueblo aguardaba que se hiciesen demostraciones de júbilo y concurrió en gran número á la plaza principal, delante del palacio; mas Rocafuerte se presentó en uno de sus balcones y dijo, que había impedido los repiques de campanas y otras muestras de regocijo, porque si en verdad el Gobierno había obtenido el triunfo, no debía olvidarse que los muertos en la batalla eran ecuatorianos. Este humanitario y patriótico sentimiento nos induce á la observación de que la mayor parte de los revoltosos á quienes Rocafuerte hizo fusilar, fueron venezolanos y granadinos: pertenecían al ejército que se quedó por acá después de la Independencia, y contra el cual se levantaban tantas y tan justas quejas de parte de los nacionales.

Hemos visto la energía y dureza de Rocafuerte en sus hechos, y no será malo que los veamos también revelados en algunas de sus palabras, en las que se transparenta su convicción acerca del modo de gobernar nuestras tumultuosas repúblicas, ó más bien del modo de reprimir la demagogia que las trabaja y arruina. En la carta del 11 de agosto de 1834, datada en Guayaquil y dirigida al Gral. Flores, decía: "La policía interior de la ciudad está bien arreglada, al primero que intente hacer algo se le fusilará" (1). En la de 5 de febrero de 1835, habla de la

---

(1) Las cartas de donde tomamos estos datos, son las

orden que diera para perseguir al Coronel Oses hasta tomarlo y fusilarlo. En la de 11 de marzo del mismo año se lee: "Aquí seguimos desterrando á los oficiales fugitivos de Miñarica que se van presentando; y usando de rigor con los que tienen la audacia de volver á esta ciudad sin licencia expresa del Gobierno".... "Ayer sorprendimos en Taura al Capitán Alava, que ha venido, según dicen, comisionado por Guillermo Franco y Oses para combinar un nuevo movimiento revolucionario; hoy se le juzgará en el *Consejo de Guerra permanente*, y probablemente pasado mañana saldrá de este mundo para el viaje á la eternidad. Lo pretendo establecer el principio de que todo oficial que vuelva al territorio del Ecuador sin licencia del Gobierno ó de U., ha de ser necesariamente fusilado." La carta de 17 de marzo contiene este párrafo: "No deje U. de mandar los otros 50 veteranos que le ha pedido á U. el Coronel Dasto, y persuádase que se necesita aquí mucha fuerza, y un rigor que toque en crueldad para sofocar el espíritu anárquico, que atormenta esta sociedad. A desesperados males, desesperados remedios, yo me he propuesto conservar á todo trance la tranquilidad pública, y sólo revestido de una firmeza que inspire terror, podré conseguir tan importante objeto. Los tribunales y trabas legales detienen el castigo de los facinerosos, la impunidad los alienta, y fomenta la misma revolución que es interés de todos exterminar cuanto antes." En la de 24 del mes citado, hallamos estas líneas, al hablar de varios emigrados que habían solicitado "pasaporte para volver al seno de sus familias".

---

que ya hemos citado, dadas á luz por el Dr. D. Ramón Borrero.

"Yo les contestaré enviándoles el decreto de proscripción que publiqué el 9 de Agosto, y asegurándoles que si se aventuran á profanar nuestro territorio, irán á reunirse inmediatamente á los compañeros que dejaron tendidos en el campo de Miñarica." Véase lo que dice en la carta de 4 de noviembre, al hablar de algunos electores de Ambato y Latacunga que se negaron á concurrir á unas elecciones: "Este vergonzoso abandono de los deberes constitucionales merece un castigo ejemplar, y es una nueva prueba de lo que he dicho á U. tantas veces, de que aquí es preciso hacerlo todo á punta de lanza." El 16 de marzo de 1836 escribía: "Siento que U. haya empeñado una polémica contra Vivero, palo y más palo, es el único modo de gobernar estos países plagados de inmoralidad, de vicios, y de toda lepra social; lo demás es bufonada. Portales, en Chile, ha fijado la paz y el orden en su país, á punta de látigo y de rigor, ese es el medio más positivo de organizar estas atrasadas regiones." En varias otras cartas Rocafuerte se precia de que se le tiene terror; raras veces nombra á un revolucionario sin darle algún calificativo infamante, como el de malvado y facineroso; no le gustaban las instituciones que se habían dado á la Nación, su descontento se extendía á todo y á todos; no pensaba, para gobernar, sino en contribuciones, destierros y fusilamientos; quería civilizar los pueblos á punta de lanza ó á palos, como decía, y regándolos con sangre. Copiemos un trozo de su carta de 27 de abril de 1836: "Desengañémonos, mi querido General, las instituciones nuestras no son propicias á la paz y desarrollo de la prosperidad pública, ellas suponen luces, virtudes y verdaderos principios de honor y de moral que no existen entre

nosotros ni existirán dentro de cièn años. Para contener tantos leguleyos ignorantes y revoltosos, tantos clérigos fanáticos y avarientos, y tantos mercachifles egoístas es preciso la ley del alfanje; sólo el temor puede sofocar el espíritu de anarquía, que parece estar entretejido en las fibras de nuestra organización social. De día en día me persuado más de la importancia de dar al Ejecutivo una energía que raye en benéfico despotismo, ese es el único modo de fijar la tranquilidad pública, y de sacar este país de la postración en que se halla, para ponerlo en el sendero de la civilización. A mí no me arredra el título de tirano, lo que me horroriza es la cruel idea, de que por falta de valor y firmeza en el Gobierno, diez ó doce anarquistas trastornen el orden ó interrumpan el curso pacífico de nuestra prosperidad." Sería cansado multiplicar las citas para hacer que resalten el carácter de Rocafuerte y lo que podríamos llamar su manera política. No recordaremos que no gastaba contemplaciones ni con las mujeres, y que expulsó á Dña. Manuela Sáenz, porque juzgaba que las "preciadas de buenas mozas y habituadas á las intrigas de gabinete, son más perjudiciales que un ejército de conspiradores;" no hablaremos de las lisonjas que derramaba sobre Flores, de aquel decir que los intereses de ambos se hallaban identificados y que del defenderlos y conservarlos dependía la suerte de la República; no comentaremos su sentir acerca de las leyes que *sólo sirven para proteger á los ladrones y malhechores* (carta del 26 de febrero de 1840), ni haremos notar cómo no perdía ocasión de ultrajar á su patria pintándola con negrísimos colores; guardaremos silencio en punto á la sangre fría y á veces hasta cruel sarcasmo que acompañaba á sus ór-

denes de fusilamiento y exterminio: todas estas cosas y otras más pasaremos por alto en gracia de la brevedad.

El Dr. Borrero ha censurado al P. Berthe, con su acerbidad de costumbre, el haber llamado á Rocafuerte *aventurero político;* que censure ahora al propio Rocafuerte que, con sus hechos y su pluma, nos ha dejado su retrato algo más repugnante que el de un *aventurero político.* El Dr. Borrero tacha en García Moreno, *ídolo del P. Berthe*, los actos *tiránicos y abusivos, el desprecio con que miraba á los hombres, el convencimiento que tenía de que en su presencia todos los ecuatorianos debían callar y enmudecer, etc.* (1); defienda ahora á Rocafuerte que tenía por necesario el despotismo, que no quería leyes ni jueces, hacía poco caso de que le llamasen tirano y gobernaba á *punta de lanza y palo y más palo*, regocijándose porque los ecuatorianos *le temblaban.*

Pero el escritor azuayo no defenderá á Rocafuerte, porque esa defensa embebería la de García Moreno. Nosotros que no buscamos sino la justicia y queremos estampar la pura verdad en nuestro escrito, haremos lo que no querrá hacer el Dr. Borrero, por miedo de dar con el nombre de su enemigo: defenderemos á Rocafuerte; mas no, por cierto, en nada de aquello en que se anduvo fuera de lo razonable y decoroso, y por ende merece vituperio.

Atrás hemos dicho, después de pintar el deplorable estado á que había venido la República, que para levantarla se necesitaba "un hombre de carácter de acero, de civismo puro, de gran inteligencia, de instrucción capaz de abarcar con fruto los diversos ramos del go-

(1) Página 761.

bierno y la administración; y hemos indicado que Rocafuerte poseía estas cualidades. A los defectos y vicios que la República había heredado de la Colonia, añadíanse los que trajo el nuevo régimen y los que se desarrollaron con la ambición incontinente de libertadores y libertados, y hasta de muchos que habiendo ido activos agentes del realismo se vendían spor amantes de la patria y las instituciones democráticas. La Nación era un hervidero de demagogos, era un caos, y Rocafuerte quiso ordenarla y darle luz para traerla al camino del progreso; mas no era posible conseguirlo sin acabar con las turbas revolucionarias, y para esto era preciso emplear dureza: no quedaba otro remedio que el despotismo; para no haber de emplearlo habría valido más que Rocafuert. no se empeñase en una política de regeneración y adelantos para el país. Las leyes que restringen la acción de la autoridad, si son muchas veces perniciosas aun para Estados antiguos y de avanzada civilización, para los nuevos, insipientes y que han comenzado apenas su trabajosa organización, son mortales; mucho más si en ellos, como sucedía en el Ecuador, hay elementos extraños que tienden á aclimatarse y desarrollarse beneficiándose sólo á sí propios. Rocafuerte rompió muchas veces las leyes de la República; mas hízolo así porque le fue necesario para evitar mayores males ó crear algún bien. Su patriotismo que no le cegaba hasta desconocer el lamentable estado de ignorancia y corrupción de la sociedad ecuatoriana, le compelía á irse sobre los hombres y sobre las leyes con fuerza poderosa y á no reparar en libertades ni derechos individuales, sino en la paz y el orden, en la moral y el trabajo y la honradez necesarios para el engrandecimiento

y felicidad de la Nación. Este comportamiento, tan poco ajustado á las doctrinas republicanas y liberales, dió por resultado uno de los pocos gobiernos que ha tenido el Ecuador merecedores de la alabanza de la historia. "El Sr. Rocafuerte, dice Cevallos, al elevarse á la presidencia de la República, la encontró mendicante, conmovida, agitada hasta lo sumo con aquella larga lucha que vino á tener término en *Miñarica*. Al bajar del solio el 31 de Enero de 1839 la entregó con casas y colegios de educación bien arreglados, con cuerpos de ejércitos alimentados y vestidos, con empleados satisfechos de sus sueldos en la mayor parte, con profesores acreditados, y artistas y artesanos que proclamaban á gritos la protección que les había dispensado, con hospitales y más casas de caridad que bendecían sus arreglos y cuidados, con un regular sistema de rentas y buen crédito, y sobre todo con honra é influencia entre las naciones vecinas, porque supo conservar el orden y tranquilidad interior, y mantener intactas las relaciones con los gobiernos extranjeros. Si no fue entera y cabal la conducta de este excelente administrador de los intereses públicos, si no fue como la de esos héroes de novelas en que la fantasía de los romancistas los dibujan con la expresión y colorido que tienen los ángeles; probó á las claras que su ambición había sido pura y noble, de esas que enaltecen y no que abaten; probó que era hombre bien digno de regir los destinos de la patria, y digno de que se le perdonaran sus extraviados arranques (1)."

Rocafuerte, sin embargo, si comprendió cual era la enfermedad moral y política de la Nación, no penetró hasta el fondo mismo del

(1) Resumen de la Hist. etc., tomo V, pág. 319.

mal, no buscó sus raíces; de aquí que quisiera extirparlo matando á los que le ejecutaban, pero dejándolo en la sociedad con todas sus fuerzas vitales; de aquí su empeño en arreglar todo cuanto halló desarreglado, mas no en emprender reformas sustanciales que diesen frutos permanentes y seguros. Quizás el único ramo al que dió una base legal y conveniente, fue el de la instrucción pública con su *Reglamento de Estudios* promulgado en 1838, aunque no carece de graves defectos y vacíos. Manejó con suma honradez los caudales públicos, pero no estableció sistema ninguno de contabilidad. Favoreció como pudo la agricultura y el comercio, pero no se mostró muy entendido en economía política. Se quejaba de las leyes de la República, y, con todo, no inició siquiera reforma alguna para que dejasen de ser godas y muchas de ellas no discordaran del régimen democrático que era preciso perfeccionar, ya que se le había adoptado. En cuanto al ejército, se contentó con que estuviese *alimentado y vestido*. La reforma del clero secular y regular era una necesidad imperiosa, y no pensó siquiera en ella. Parece que juzgaba al sacerdocio como institución puramente humana, que servía de resorte en el mecanismo social, porque lo exigían las *costumbres* y la *necesidad* de las almas habituadas á creer, no como institución establecida por Dios para ayudar á los hombres y los pueblos á llenar su alto destino. El Dr. Borrero cita en defensa de la ortodoxia de Rocafuerte, el haber solicitado la erección del obispado de Guayaquil; pero creemos que si hubiese dependido del Padre Santo la creación de un nuevo distrito militar ó de un nuevo tribunal de justicia, los habría pedido como pidió la nueva diócesis. No se puede juzgar de otro modo los

actos en sentido católico practicados por un hombre que se preciaba de hereje y que no gustaba de que hubiese una autoridad en Roma y otra en el Ecuador. Rocafuerte, en quien hemos reconocido un corazón religioso y cuyas costumbres fueron siempre austeras, era regalista consumado y heterodoxo aún por otros respectos; por eso no comprendió la necesidad de reformar el clero, ó no quiso acometerla. Para esto era necesario cambiar la Ley de Patronato con un convenio razonable con la Santa Sede, restituir los derechos á la Iglesia y darle toda la libertad que ha menester para obrar en su propio seno y con sus propios agentes, convirtiéndolos en verdaderos propagadores de la moral y la civilización. Desde luego, aun cuando Rocafuerte hubiese querido proceder en esta materia como sincero católico, no habría hecho gran cosa, por lo corto de su período presidencial y por otras circunstancias desfavorables que le rodeaban; pero sí pudo muy bien haber puesto los cimientos de la reforma, y hecho comprender á sus sucesores que la Iglesia católica con un clero moral é ilustrado es el principal agente de la civilización de los pueblos y apoyo firme de los gobiernos. Rocafuerte en sus cartas á Flores, pondera en términos y con insistencia que revelan apasionamiento, el grado de corrupción y atraso de la República; dice que "las instituciones nuestras no son propicias á la paz y desarrollo de la prosperidad pública" porque "ellas suponen luces, virtudes y verdaderos principios de honor y de moral que no existen entre nosotros ni existirán dentro de cien años" (1); confiesa que la democracia tiene tendencia constante á la anar-

(1) Carta del 27 de abril de 1836.

quía (1), etc.; y sin embargo de conocer y confesar todo eso, no buscaba el remedio donde debía buscarlo ni comenzaba la curación social por donde convenía. Se interesaba por la instrucción pública; quería paz y orden, sin cuyo concurso no podía progresar el país, y á fin de conquistarlos quería autoridad fuerte y movía su brazo terrible para destrozar las múltiples cabezas de la demagogia; íbase en esto á los últimos extremos, que nunca merecerán la absolución del patriotismo y la sensatez: decía que "en América sólo un Gobierno enérgico como el de Prieto ó el de Rosas, que raye en despotismo ó en feroz tiranía puede sostenerse y conservar el don precioso de la paz (2)". A pesar de sus ardientes y nobles deseos de levantar la patria á las alturas del progreso y la civilización, sus ideas preconcebidas en lo tocante á la religión y al clero torcían frecuentemente su juicio y tomaba por avances en el buen camino la supresión del fuero eclesiástico, la reducción de la renta de los obispos y el planteamiento de la tolerancia religiosa (3). Estos conceptos nos hacen entrever cuáles habían sido las reformas introducidas por el célebre estadista guayaquileño, caso de haberlas acometido.

Atentos los tiempos, en que la insipiencia política era natural en una sociedad que acababa de abrir los ojos á la luz de la vida autonómica; en que era preciso luchar contra los vicios heredados de la Colonia y los introducidos por la Independencia, en que chocaban entre sí tantas ambiciones no bautizadas por la genero-

---

(1) Carta del 10 de mayo de 1838.
(2) Carta de 11 de noviembre de 1840.
(3) Cartas del 23 de octubre de 1835 y 19 de octubre de 1836.

sidad y la nobleza y tantos intereses que nada tenían de patrióticos; sin embargo de que Rocafuerte, conociendo que la moral era indispensable para el progreso y el bienestar del pueblo, no acertó con todas las medidas necesarias para crearla robusta y asegurarla, es indudable que su gobierno fue relativamente bueno y su administración por extremo honrada. Esto hace que, á pesar de sus extravíos, los conservadores tributemos respeto á su memoria; mas los liberales le alzan sobre el pavés y proclaman grande hombre, no obstante su despotismo y sus crueldades, su falta de respeto á las leyes y su exhuberante menosprecio á la sociedad ecuatoriana, y hasta á sus propios paisanos, porque no fué ortodoxo, porque se avino, en las relaciones del Gobierno y la Iglesia, con el Patronato, siquiera fuese legado de reyes, porque anhelaba la tolerancia de cultos, porque, en fin, dentro del hombre que justificaba á Rosas, alcanzan á ver el hombre del siglo XIX que, si hoy viviese, lo secularizaría todo y lanzaría á la Nación por los despeñaderos del liberalismo. Donde ven que trasciende las doctrinas de éste, y corren peligro las de Cristo, y su Iglesia no tiene libertad ó cae, allí está el perdón de los liberales para las faltas y delitos de los suyos, allí las estatuas y las apoteosis; mas para los católicos no hay perdón ni disimulo, no hay gratitud para sus beneficios ni elogio alguno para su genio y grandeza; no hay sino vituperio, calumnia y persecución de muerte mientras viven, y después que han bajado al sepulcro, guerra infame contra su memoria.

CAPITULO IV

(Continuación)

En enero de 1839 cesó la presidencia de Rocafuerte, y el voto del Congreso elevó á ella, por segunda vez al Gral. Flores. El primero bajó en medio de los aplausos del pueblo agradecido, y el segundo subió entre los mayores y más expresivos vítores halagado por la esperanza. Rocafuerte había sido la justicia despótica y terrible: en tanto con una mano organizaba los diversos ramos confiados á su administración, con la otra hería y derramaba la sangre de los demagogos, para conservar la paz de que tanto había menester la República. Flores había sido el elemento moderador de los ímpetus y crudezas de Rocafuerte. Mientras este se jactaba de que *le temblaban* sus contrarios, Flores perdonaba á los suyos, los desarmaba y atraía. De aquí que, sin embargo de haber sido el patriotismo de Rocafuerte más aquilatado y, por lo mismo, mayor su desinterés personal y prácticos los beneficios que hiciera á la Nación, Flores le venciese en popularidad, y llegase á ser casi tan querido como en 1830 y 31.

Pero no es lo mismo saber desarmar las enemistades y crearse un gran círculo de amigos merced á un antever prudente y á fuerza de

sagacidad y blandura de trato, que saber gobernar una nación ó impulsarla hacia el progreso y la felicidad. "El Gral. Flores, dice Cevallos, en los campamentos era el centinela, el capitán, el jefe del ejército, porque había nacido para soldado y para la guerra. La banda del magistrado le sentaba mal (1)". Esta es la verdad; más añádanse á las dotes militares aquellas otras prendas: no hay como negarlas, si se quiere conocer bien á Flores. Para perdonarle sus defectos y errores de hombre y descubrir el lado por donde ha de apreciársele en justicia, es necesario no buscarle en el solio.

Flores empezó su segundo período presidencial con grandes bríos: emprendió muchas cosas buenas y prometió otras más; pero todo este movimiento halagador para los ecuatorianos, venía del impulso dado por Rocafuerte, y no de la fuerza y actividad del nuevo Magistrado. Si aquel no había pensado en reformas sustanciales, buscando el mal en sus raíces para extirparlo, menos se le ocurrió á Flores el acometerlas. La táctica misma, empleada por éste, de desarmar á sus antiguos rivales, y atraerlos á sí, no dió, bajo cierto aspecto, resultados satisfactorios; pues en virtud de ella, muchos empleos importantes fueron confiados á manos poco ó nada hábiles para desempeñarlos. Además el círculo de familia y de antiguas amistades decididamente favorecido por Flores, se había aumentado, como era natural, con la atracción empleada por él; para conservarlo tenía necesidad de ser condescendiente y de prodigar acomodos y rentas. Y así como en la Edad Media en Europa, cuando la autoridad secular había usurpado á la Iglesia el dere-

(1) Resumen etc., pág. 326 del tomo V.

cho de las investiduras, se vió no pocas veces la renta de las comunidades religiosas traspasada á gente lega, que en ocasiones ni aún pertenecía á la comunión católica; así también se vió y toleró entre nosotros que un pariente político del Gral. Flores, no obstante pertenecer al foro, que no á la clerecía, disfrutase renta de canónigo en la Catedral de Quito. Este hecho es uno de los que mejor dan la medida del ansia de empleos rentados que era el achaque principal de cuantos formaban el partido floreano y, sobre todo, de los numerosos parientes del Magistrado. Este, por otra parte, llevado de un afecto natural para con los suyos, ó por conveniencia política, gustaba de tenderles mano franca y hasta con exceso abierta.

Los inconvenientes del partidarismo y el nepotismo podían, sin embargo, no ser obstáculos decisivos al adelantamiento de muchos ramos de la administración pública y el bienestar de los ecuatorianos; pero la potencia moral y política del Gral. Flores era infinitamente menos grande que el cúmulo de objetos que él abarcara en bien de la Nación. Quiso superar á Rocafuerte, y lo consiguió respecto de la buena voluntad que se atrajo con la mansedumbre y generosidad; mas en cuanto á buen gobierno y al progreso material é intelectual que se había propuesto llevar á cabo, poco á poco iban faltándole los bríos y al fin cayó bajo el peso que se había echado al hombro. Ni aun pudo conservar muchas de las cosas debidas á la actividad inteligente de su antecesor.

La Hacienda nacional no tardó en venir de nuevo á lamentable desorganización; la instrucción pública no se sostuvo en las relativas buenas condiciones en que la pusiera Rocafuerte; nada se hizo en materia de obras públi-

cas, á no ser una corta extensión de carretera al Sur de la Capital, que no tuvo más importancia que la de haber halagado por un momento la esperanza del pueblo y arrancado los aplausos de éste al ver al Presidente tomar una barra y dar los primeros golpes; tampoco se dió ni el más breve paso en el mejoramiento de la moral social, y clero, y ejército y costumbres privadas y públicas continuaron como antes; introdújose en la tropa gente ecuatoriana, pero se mantuvo la preponderancia del elemento extranjero; para hacer que desaparezca uno de los principales motivos de la oposición, Flores llamó á los Ministerios y otros empleos á los ecuatorianos, mas no anduvo feliz en la elección ó no había personas competentes que pudiesen ayudarle, y ninguno de ellos contribuyó al buen gobierno y á una atinada y económica administración. Con todo, cosa de dos años duró la paz de la Nación, á lo cual contribuyó así la persistencia del impulso dado por Rocafuerte al orden y al mejoramiento de la cosa pública, como el innegable don de gentes del nuevo Magistrado, la sagacidad con que ocultaba lo que no le convenía que traslujese el pueblo y las esperanzas que éste concibió al ver el entusiasmo y actividad patriótica de los comienzos del segundo período de mando del afamado General.

La Legislatura de 1839 fue ordenada y pacífica; pero sus miembros, educados en una atmósfera política no libre de los errores que la ambición de los reyes había sembrado en las colonias como en la península, no penetraron en el fondo de algunas necesidades y, para remediarlas, expidieron leyes que no podían dar los frutos que deseaban; así, por ejemplo, sancionaron la prohibición de que los jóvenes,

hombres y mujeres, no pudiesen optar la vida monacal antes de haber cumplido veinticinco años; como si la Iglesia no tuviera reglas sabias para el caso, y cual si la vocación se debiese pesar absolutamente por la edad. ¿Qué importaba ésta en esos tiempos en que, falseados los cimientos de la moral evangélica, era común el buscar en los claustros, sobre todo en los habitados por varones, la holgada pasadía en el mundo, que no el cultivo de la virtud y la gloria de Dios? Dicho Congreso arregló también un arancel de derechos parroquiales, "para poner coto, dice el historiador Cevallos, á la codicia de algunos párrocos"; pero la experiencia enseña que esta fea pasión se sobrepone fácilmente á las leyes, y que la única manera de combatirla es el cultivo de la moral de Jesucristo. El arancel estuvo vigente muchos años, y nosotros conocimos no pocos párrocos que así se atenían á él como á los mandatos del Gran Turco. (1) ¿Y qué hacía la autoridad civil? ¡Qué había de hacer, sino contentarse con tener curas que le sirviesen, y en cambio dejarlos obrar como convenía á sus intereses!

Sin embargo, el Congreso demostró lo bien intencionado que estaba respecto de la instrucción pública, pues facultó al Gobierno para que trajese profesores extranjeros de ciencias, artes y oficios (2).

El suceso de más importancia de 1840, fue el reconocimiento hecho por el Gobierno de España de la independencia del Ecuador; si bien el tratado que se celebró con este motivo fue la raiz de escandaloso peculado, cuyas con-

(1) El Clero no podía aceptar un arancel arreglado por el Congreso.—(N. del E.)

(2) Cevallos.—Resumen etc.

secuencias trascendieron hasta muchos años después.

Por el mismo tiempo ocurrió la intervención armada del Gobierno ecuatoriano en las contiendas domésticas de Nueva Granada; intervención injustificable, antipolítica y en manera alguna provechosa á nuestra República. Prolongóse la guerra casi hasta fines de 1841, y aunque á su vuelta al Ecuador el General Flores halló coronas por todas partes, como fueron tejidas por la adulación y no por la justicia, presto cayeron marchitas y las reemplazaron la cambronera de la crítica y el severo fallo de la opinión pública que, como fue razonable, ha sido acogida por la historia.

Dicho año hubo también de ser marcado con un suceso que influyó malamente en la política interior de la República. Reuniéronse los Senadores y Diputados para el Congreso; pero cual si hubiesen venido á posta para desbarrar y desacreditarse, apasionados y testarudos, se empeñaron en polémicas sobre la legalidad ó ilegalidad de las elecciones de algunas provincias. Anularon las de Cuenca, y como no hubiesen concurrido todos los Diputados de otras partes, el Congreso se disolvió por falta de *quorum*. De aquí vinieron graves dificultades para el Gobierno, á la verdad no exento de culpa, pero en grado menor que los miembros de la abortada Legislatura, de los cuales muy pocos fueron los que se libraron de desdoro ante el juicio del público.

Por aquel tiempo asimismo la diplomacia puso manos en el difícil negocio de los límites entre el Ecuador y el Perú. Quizás, á pesar de las dificultades, se hubiese venido á un arreglo provechoso; pero terciaron en las negociaciones, sobre todo de parte del diplomático perua-

no, las pretensiones exageradas y las argucias que nunca armonizan con la honradez, y quedó la cuestión como un demonio interpuesto entre las dos Repúblicas para inquietarlas é indisponerlas frecuentemente.

Ni faltaron asuntos domésticos que agriaron el ánimo de los hijos del Ecuador: un diluvio de moneda falsa inundó el país; Rocafuerte á la sazón Gobernador del Guayas é investido de facultades extraordinarias que le trasmitiera el Poder Ejecutivo, emitió papel moneda como remedio contra la circulación de aquella moneda, y á los falsificadores del papel los castigó con la pena de azotes. La autoridad judicial había tomado cartas, como así debía ser, en el asunto de la moneda ilegal, y trató de aplicarle las disposiciones del Código penal; éstas parecieron á Rocafuerte inadecuadas para las circunstancias actuales, suspendió el fallo de los jueces, y hubo quimera ruidosa entre ellos y el Gobernador, quien á la postre se llevó la palma. Rocafuerte ejerció entonces verdadero despotismo en la provincia que gobernaba. La filosofía de la ley desapareció ante las necesidades impuestas por circunstancias anormales; los Códigos enmudecieron, porque así lo quiso un hombre que juzgó más útil al país el libre empleo de su voluntad, que la obra de los legisladores. Los ciudadanos adictos á la legalidad, aunque sea á costa de los bienes que á veces naufragan con ella, censuraron á Rocafuerte; mas le absolvieron y hasta alabaron su proceder, los que veían en la arbitrariedad un remedio necesario para las apuradísimas circunstancias en que se hallaba el país. A confirmar el favor con que se veía y juzgaba á Rocafuerte, concurrió su comportamiento abnegado y heroico, del cual hemos hecho ya me-

moria, asistiendo á los atacados de la fiebre amarilla que por entonces vino á desolar á Guayaquil, y dictando cuantos medios creyó oportunos para combatirla. Rocafuerte llegó á ser el ídolo del pueblo guayaquileño.

La política se había puesto sumamente escabrosa; la situación de la República era triste por extremo, y Flores y las personas más conspicuas de su círculo se esforzaban por remediarla. Creyeron que era medio pertinente para ello el reunir un Congreso extraordinario, y Flores lo convocó; pero el decreto fue desoído por la mayor parte de los Senadores y Diputados, y no hubo tal Congreso. Estos elegidos del pueblo demostraron que los electores no anduvieron felices en la designación de las personas que debían trabajar por los intereses de la patria.

Entonces, á solicitud de algunos pueblos, que en el decir de la oposición fueron inspirados por el Presidente, en quien se suponía más que patriotismo, interés propio y de bando, fue convocada la Convención de 1843.

Parécenos que este arbitrio fue prudente y oportuno; pero tenemos así mismo que no anduvieron muy fuera de camino las personas que vieron en él mezclado el propósito del Gral. Flores de mejorar la condición propia y asegurar por muchos años su poder. Son fundamentos de esta sospecha el decreto que expidió para que se hiciese la elección de los Diputados de manera que éstos fuesen personas con quienes el Gobierno pudiese contar para hacer surgir sus proyectos, y algunos de los hechos de la Asamblea que cuadraron muy bien á las miras del General. Pero, sobre todo, el intento de éste se hallaba visible en su Mensaje á la Convención y en el proyecto de la Carta que,

sobre bases nuevas, debía organizar el Estado. En una y otra pieza que, dígase lo que se dijese, demuestran que su autor tenía buen talento y que los ratos que le dejaban libres las atenciones de la política los había aprovechado en estudiar la lengua y la historia, está contenido todo cuanto había menester para que la voluntad de Flores obrara sobre las leyes y la suerte de la Nación y no hubiera, durante su vida, otro Presidente que él. Sin embargo, es preciso que lo reconozcamos, á vueltas de principios tendentes al despotismo, hallamos en esos documentos cosas útiles, á nuestro juicio, que sin menguar el sistema republicano democrático, servirían para refrenar los ímpetus demagógicos y moderar los ardores de la ambición.

La Convención se reunió á principios de enero de dicho año (1843), y lo hizo todo cual si el Gral. Flores hubiese estado encarnado en casi todos los Diputados, pues fue reducidísimo el número de los que no le dieron gusto. El principal é inmediato efecto de la nueva Constitución, fue el de ser reelegido el Presidente que acababa de cesar: Flores ocupó el solio por tercera vez. Rocafuerte renunció entonces todas las relaciones de amistad y de política que durante cerca de diez años le habían unido á Flores; tronó violentamente contra éste en una de las sesiones, y después de haber lanzado una protesta enérgica y propia de su carácter volcánico, se retiró á Guayaquil, y de allí pasó á Lima á trabajar incansable en la revolución que no tardó en incendiar toda la República. El enojo y súbito apartamiento de Rocafuerte robusteció la oposición, y nada valieron contra ella el haberse rodeado el General con tino y sagacidad de hombres de valía, llamándolos á los Ministerios y otros empleos.

Vino á acrecer el descontento un hecho, ó más bien serie de hechos que, lastimando las conciencias, causó gran alboroto en la República: el artículo 6º de la nueva Constitución decía: "La Religión de la República es la Católica, Apostólica, Romana, con exclusión de todo otro culto público. Los poderes políticos están obligados á protegerla y hacerla respetar, en uso del patronato." Este artículo nos parece que fue menos expuesto á interpretaciones torcidas, que el 8º de la Constitución del año 30, del cual hemos hablado ya; y, por otra parte, como también lo hemos notado, había desaparecido el motivo que tuvieron los constituyentes de Riobamba para escribir el artículo 5º, puesto que no se había llevado á efecto el pacto de unión colombiana y el Ecuador era un Estado autonómico y libre de todo compromiso. Se recordará que el expresado artículo decía que cualquiera de los de la Constitución que resultare opuesto á aquel pacto, quedaría de hecho derogado para siempre. Con todo, y á pesar de las explicaciones que dió la Convención al ver lo mal recibido que fue el artículo 6º de la novísima Carta, es indudable que la tolerancia tácitamente introducida por él para el culto privado, era un paso que se daba hacia la tolerancia de todo culto público.

Todavía se aumentó más la exacervación de los ánimos con la disposición ejecutiva de que nadie pudiese ser empleado si individualmente no juraba la Constitución, repugnada por unos á causa de juzgarla antidemocrática y favorecedora de la ambición personal de Flores, y por otros con motivo de lo dispuesto sobre religión. Entre los eclesiásticos más que entre los demás ciudadanos, este motivo fue el capital. La ley de patronato ponía los empleos

de la Iglesia á nivel de los empleos laicos; y como para aumentar disgustos y dificultades, vino la Convención en disponer que todo el que no prestase aquel juramento quedase despojado de los derechos de ciudadanía. He aquí, por tanto, los prelados, curas, etc. en la disyuntiva de no seguir en sus empleos ni poder optar en ninguno de ellos en lo sucesivo, ó de romper con su conciencia. No son menester comentarios para que el lector penetre la gravedad de la situación, y cómo el Gral. Flores decaía en el concepto de la mayor parte de la sociedad ecuatoriana, y cómo tomaba robustez el partido que deseaba derribarle.

El Ilmo. Sr. Arteta, Obispo de Quito, se creyó en seguridad de conciencia con la interpretación dada por la Asamblea al artículo 6º, y prestó el juramento exigido; otros eclesiásticos le imitaron; mas no fue corto el número de los que se negaron al ejemplo y á los consejos del Prelado, quien dió á luz una Carta pastoral con tal motivo. El Sr. Arteta era eclesiástico ilustrado y virtuoso; pero se le tachaba de flojo de carácter y de poco medido en favorecer á sus parientes. La esposa del Gral. Flores estaba ligada á él por lazos de sangre y, por lo mismo, el Presidente por los de la afinidad; circunstancia por la cual podía caber la sospecha de que en el prestarse al juramento y el aconsejar á los demás sacerdotes que jurasen también, había influído su prestigioso deudo.

La prensa hizo muchas publicaciones censurando el artículo constitucional en son de comentarle, y discurrió acaloradamente contra el juramento de los clérigos y contra los que le habían prestado; no faltaron plumas que contradijeron estas apreciaciones; pero como la ocasión era propicia á los descontentos políti-

cos, hasta aquellos nada afectos á la ortodoxia ni amigos del clero, ayudaban á éste en la contienda. Contra el señor Obispo nada apareció escrito; mas en las tertulias y los corrillos se hallaba de modo que cualquiera podía notar que el Jefe de la Iglesia quiteña no era ya dueño de todo el respeto y favor de la mayoría de su grey.

Y aun sin la resolución que despojaba de los derechos políticos á los eclesiásticos y los hacía inhábiles para los empleos y los beneficios, si no eran juramentados, la Constitución misma les privaba de uno de esos derechos, cual era el de poder ser elegidos para miembros de la Legislatura. Esto les tenía lastimados, y la resolución mentada vino á ensanchar y avivar la llaga.

Sobre tantos motivos de disgusto y alarma vinieron otros brotados de la misma Asamblea, y cual más cual menos, todos concurrieron á engrosar y hacer poderoso el partido antifloreano. Fue, pues, esa Asamblea en la mayor parte de los casos poco atinada, por no decir destituída de tino y prudencia, y, lo que es peor, servil. Flores fue la Convención y los Diputados obraron sólo como dóciles resortes en manos de su dueño. Hubo entre ellos hombres de mérito por sus luces y honradez; mas estuvieron en cortísima é impotente minoría, ó algunos, fascinados por el crédito y sagacidad del General Presidente, menguaron su valía poniendo á discreción de éste su voluntad.

El descontento de todas las clases sociales no tardó en convertirse en revolución, y las quejas, acusaciones y diatribas de las tertulias y de los papeles públicos se trocaron en fuego y estrépito de combates. A precipitar los sucesos contribuyó grandemente la capitación de

tres pesos anuales impuesta por una ley, asaz inconsulta, á todo varón, desde los veintitrés años hasta los cincuenta y cinco de edad. Esta contribución había de ser pesada para la gente del pueblo, con muy raras excepciones, así en aquellos días como en los nuestros, escasa con frecuencia de medios aun para llenar las más premiosas necesidades de la vida. Esa gente, vino, pues, á ser con facilidad manejada por los jefes de la oposición. No hubo hijo del pueblo mozo, ni viejo, ni mujer que no estuviesen en la persuasión de que el tributo era injusto y vejatorio, y de que se le quería establecer para provecho del Presidente y los suyos, y no para algún beneficio de los contribuyentes. En esto sobrábales razón: las pesetas arrancadas así de la bolsa del pudiento como de la del jornalero y el artesano, habrían caído en las arcas nacionales para ser en su mayor parte mal empleadas, como lo eran las demás rentas.

Toda la República era un hervidero de insurrecciones; en muchas partes hubo tiroteos y hasta luchas á pedradas: ¡de qué no se vale la cólera inerme! No faltaron asesinatos, y dícese que aún Flores mismo se vió en peligro de morir apuñaleado. El año 43 fue de mayor desorden y zozobra que los que precedieron á la batalla de Miñarica; porque si fueron grandes los motivos del enojo sangriento de los ecuatorianos en aquellos tiempos, los del año á que nos referimos, sin ser menores, venían acompañados de los elementos que faltaban á los *chihuahuas*, para combatir con mejor éxito contra Flores.

Los esfuerzos de talento y sagacidad que empleó este General para aplacar los ánimos y ordenar las cosas públicas, fueron inauditos, pero no produjeron sino un bienestar ficticio y

momentáneo. El año 44 fue de calma, y los que no podían echar la mirada al fondo de la política dominante al parecer, juzgaban alejado todo peligro de revolución. ¡Engaño de la confiada ignorancia! Esa calma era como la de nuestros volcanes: sus cráteres no se coronan de fuego y humo, la nieve que cubre sus vértices y sus flancos brilla permanente; pero el día que menos se teme braman espantosos, arrojan con violencia el ígneo material que hierve en sus entrañas, hacen temblar la tierra y asuelan ciudades y campos. Los pueblos mal avenidos con los gobiernos que los vejan y empobrecen, son Cotopaxis y Tunguraguas en cuya calma no se puede fiar: no es muestra de que se hallan resignados, menos contentos: es signo de que están juntando de callada todas las fuerzas de su ira para que la explosión sea más terrible.

"De cierto, dice Cevallos, era imposible que la parte ilustrada de la Nación se conformase resignada con sobrellevar la *carta de esclavitud* (la Constitución), ni con sufrir las restricciones puestas á la libertad de imprenta. Era imposible que los curas y demás beneficiados se conformasen con la privación de sus destinos por haberse negado á jurar la Constitución, y que á los restantes no les quedara el escrúpulo de haber obrado contra el dictamen de los timoratos; imposible que los pueblos, aunque exentos ya del tributo (ya dijimos que así dieron en llamar al impuesto) (1), perdonasen al Gobierno las víctimas que se habían sacrificado en los campos, y las que seguían gimiendo en los con-

(1) Uno de los medios de que se valió el Poder Ejecutivo para aquietar los ánimos, fue el de suspender la ley de la capitación.

finamientos; imposible, sobre todo, que los aspirantes, los que de buena ó mala fe tenían por tiranizada la patria, quisieran esperar el largo término de ocho años para poder tener cabida en los destinos públicos, cuanto más tolerar que el mismo General Flores, quien los había gobernado desde que se constituyó el Ecuador, siguiese todavía gobernándolos para siempre! (1).

El año 44 se cerró sobre un abismo que escondía cuantos elementos juntara secreta y activamente la oposición para derribar por medio de las armas y las intrigas á Flores y su partido. Roca había trabajado poniendo en juego todos los resortes de su talento y astucia; Rocafuerte soplaba sin cesar la hoguera desde la capital del Perú; Olmedo ya no era amigo del héroe á quien diez años antes ensalzó en pindáricos versos; muchos otros *floreanos* estaban listos á renunciar la noble virtud de la lealtad, y el Coronel Urvina aprestaba el concurso de la traición para dar fuerzas al partido que de un momento á otro iba á levantar la cabeza, dar la voz de insurrección y mover fusiles y lanzas en defensa de la libertad y fueros de la Nación. ¡Doloroso es que muchas veces en las contiendas más justas y nobles tercien los hombres malos y se vean acciones contra las cuales se subleva la conciencia honrada!

Aun Otamendi, el tigre devorador de los patriotas en Miñarca, se había prestado á la revolución; pero arrepentido, no se sabe por qué causa, retrocedió para continuar sirviendo al Gobierno, y á fe que lo hizo con inteligencia y con aquel valor propio de los soldados de Colombia. Lo verosímil es que, habiendo trata-

(1) *Resumen*, pág. 434, *tomo* 5º

do con Roca y los demás revolucionarios, comprendió que no podría sacar provecho ninguno de un partido cuyo principal pensamiento era barrer de la Nación el militarismo extranjero, y que le pareció lo más seguro atenerse al bando floreano, en el cual serían remunerados sus servicios.

El 6 de Marzo (1845) estalló al fin la revolución en Guayaquil, y su fuego cundió rápidamente por toda la República. En aquella ciudad corrió no poca sangre; pero derribadas á la postre las autoridades constitucionales, se creó un Gobierno provisional compuesto de don José Joaquín Olmedo, don Vicente Ramón Roca y don Diego Noboa. Todos tres eran hombres de valía, si bien es preciso establecer una justa graduación moral colocando en primer lugar á Olmedo y en tercero á Noboa, tal como por la elección misma se hallaban en el triunvirato. Pero si hubiésemos de determinarlos por sus cualidades más culminantes, diríamos que Olmedo era la inteligencia y la pluma que defendían y justificaban la revolución, Roca el impulso y la sagacidad que la guiaban y Noboa la honradez que la dignificaba.

Las tropas del Gobierno, mandadas primero por Otamendi y después por Flores mismo, se hallaban en *La Elvira*, hacienda de este General y frente á Babahoyo, río por el medio. Servíanle de defensa fuertes palizadas. El ejército de la Revolución las atacó, sin embargo, cual si no fuese muy arduo vencer á pecho descubierto á gente que tenía el suyo perfectamente resguardado. El combate del 3 de Mayo fue terrible, sangriento y hasta feroz. Los *marcistas* llegaron á salvar las palizadas y se peleó á la arma blanca, cuerpo á cuerpo, como en los tiempos en que no se conocía la pólvora. ¡La

lucha era entre esa gente que había conquistado su independencia á fuerza de heroísmo! Y ese valor que frecuentemente se propasa hasta la temeridad, en nada ha mermado aún aquí, ni en la moderna *Colombia ni en Venezuela*. El ejército revolucionario perdió las dos terceras partes de sus soldados, y grave fue también la merma del ejército de Flores. Ninguno triunfó. El día 10 se repitió el combate, que fue menos sangriento y se suspendió porque los *marcistas* hubieron de retirarse habiéndoseles concluido las municiones.

En las demás poblaciones de la costa la revolución había cundido fácilmente, y no así en las serraniegas, no porque el entusiasmo contra Flores fuese menor, sino porque carecían de elementos bélicos. También es preciso entrar en cuenta la circunstancia de que en los Andes el partido del Presidente era respetable así por el número como por la valía de muchos de sus miembros. Con todo, aquí, allí, más allá, en todas partes, la revolución, siquiera mal armada pero con ánimo resuelto, se mostraba y ponía en conflictos al Gobierno. Las intrigas y la astucia suplían en buena parte la falta de las armas: inventábase lo que no había, se abultaban los sucesos más insignificantes, y se presentaba á la imaginación de los pueblos un león donde no había sino un perro bullicioso. Todo esto, sin embargo, no probaba que la parte combatida estuviese en condiciones capaces de apagar *fácilmente* el fuego revolucionario, sino que la debilidad misma de quienes le sostenían, los obligaba á emplear hasta medios que no armonizaban con la nobleza de la causa que habían abrazado.

Las provincias de Loja y Azuay entraron en la insurrección auxiliadas por tropas de

Guayaquil, no sin que en la segunda no hubiese habido un combate bastante reñido ni sin que faltase la defección de uno de los principales jefes de Flores. En las demás provincias de la sierra habían sonado los combates de *La Elvira* como favorables á los *marcistas*, y esto alentó á los hijos de Imbabura y de otros pueblos que secundaron la revolución con feliz resultado, pero no definitivo. Estos movimientos bélicos resonaron á su vez en *La Elvira* con más gravedad de la que verdaderamente tenían. Flores no veía clara su situación ni la de los revolucionarios; y era lo cierto que, si bien tirante, la propia no podía llamarse desesperada, en tanto que la de sus enemigos no tenía bases muy seguras: si no flaqueaba por el valor y el patriotismo, sí por la escasez de medios para continuar una guerra que devoraba gente y caudales que era difícil reponer. Unas pocas semanas más, y Guayaquil habría sucumbido; y una vez apagado este foco de rebelión, en los otros pueblos costaneros y en los de la sierra las excelentes tropas que aún tenía el Gobierno mandadas por buenos jefes, habrían acabado con los *marcistas*; eso sí, para que poco más tarde resucitase la conflagración, quizás más violenta. Las revoluciones pueden ser sufocadas, los pueblos pueden ser una vez y otras mil sojuzgados, pero no se puede matar el sentimiento patriótico, y con él vive el amor á la libertad, y este amor es la chispa que con frecuencia enciende las revoluciones. El otomano alfange segaba las cabezas de los griegos esclavizados, pero no pudo extinguir el amor que al fin, á fuerza de heroísmo que asombra, arrojó de la patria á sus crueles enemigos. ¿Y quién cree hoy en día ni ha creído nunca que ha desaparecido del corazón de la desdichada

Polonia aquella pasión santa y salvadora, y que la esclava del Norte, no llegará á romper sus cadenas, como rompió las suyas la esclava del Mediodía?

Dios, que á todo señala un término según su justicia y las necesidades del hombre, había dispuesto que no pasase adelante la vida pública fecunda y poderosa del General Flores. Tenía éste, sin duda, grande esperanza en lo futuro, la cual contribuyó á que iniciase arreglos con el Gobierno provisional de Guayaquil. Verificáronse, y los términos de éllos fueron ventajosos al célebre caudillo que caía para no levantarse. La facilidad con que los *marcistas* comisionados para el acuerdo vinieron en conceder á Flores cuantas ventajas deseaba, podría haber hecho sospechar á un político más experimentado y suspicaz, que no había limpieza de corazón en los procedimientos como no la hubo, en efecto, según lo demostraron los revolucionarios al andar de muy poco tiempo: su propósito fue derribar á Flores y, una vez que lo consiguieron, le aplastaron para que no volviera á levantarse; y aplastáronle faltando indignamente á las estipulaciones de *La Virginia*, hacienda del Sr. Olmedo en que se verificaron.

El 25 de Junio dejaba Flores la tierra ecuatoriana, y los dos años de plazo que se le dieron para que pudiese volver libremente á élla, se convirtieron en quince. Cuando regresó en 1860 llamado por uno de sus antiguos enemigos, vino á un teatro de todo en todo cambiado para él..........

CAPITULO V.

Primeros años de García Moreno.—Su educación, estudios, aficiones literarias y científicas y preludios de su vida pública.

Mientras ocurrían los sucesos que dejamos brevemente narrados para que el lector conozca algo nuestra República en lo político, social y religioso, y sepa quienes fueron los hombres que más influyeron en sus destinos durante los primeros quince años de su vida independiente, la divina Providencia creaba al hombre de quien había de valerse para realizar altísimos propósitos.

El 24 de Diciembre de 1821, cuando la revolución más gigante de la América latina conmovía sus pueblos y los llevaba entre ríos de sangre y resplandores de gloria hacia la anhelada independencia, nacía un niño en la ciudad de Guayaquil; y este niño, en quien se encerraban los gérmenes de un extraordinario poder de inteligencia y de voluntad que andando los tiempos habían de convertirse en Grande Hombre, era Gabriel García Moreno.

Don Gabriel García Gómez, castellano de noble sangre, se había casado con doña Mercedes Moreno, guayaquileña de familia no menos distinguida por el solar y los merecimien-

tos. De este matrimonio nacieron varios hijos, entre ellos el personaje en quien nos ocupamos.

El señor García Gómez y la señora Moreno, sin embargo de su nobleza de sangre, valían más por la nobleza de sus prendas morales: eran ambos de costumbres austeras y católicos sinceros, y educaron á sus hijos como gente que penetraba muy bien la responsabilidad que el *cristianismo impone á los padres* de familia ante Dios y la sociedad. Responsabilidad hoy generalmente desconocida ó menospreciada, con inmenso perjuicio de la humanidad. La mayor parte del mal moral que actualmente la trabaja y angustia viene de educar á los hijos con olvido de las leyes cristianas, y cual si estuviesen destinados tan sólo á la vida del mundo.

Parece que doña Mercedes Moreno superaba á su marido en energía de carácter. El señor García Gómez, sin embargo, cuando era necesario ponía á un lado su genial mansedumbre y daba á sus hijos lecciones vigorosas y hasta duras: Gabriel mostraba cuando niño condición tímida y apocada, y de todo temblaba y huía, lo cual era para su padre motivo de hondo disgusto. Por los recuerdos de familia y por los que hacía á veces García Moreno mismo, se sabe tal cual anécdota de su niñez; así como se conservan otros hechos de su juventud, porque los recuerdan sus amigos. Hemos visto en las vidas de algunos hombres célebres cosas que no pasan de puerilidades á las cuales han querido dar importancia los biógrafos: Menéndez Pelayo se mofa con razón de la anécdota de Carlos III referida por uno de sus historiadores: el buen Monarca tenía la habilidad de clavar y dejar enhiesta en el huevo la cuchari-

tá con que había de tomarle! Pero ¿quién no lee con interés el caso de Colón rompiendo de un golpecito un huevo para ponerle derecho en la mesa, cosa *fácil* que no podían hacer los que juzgaban *facilísimo* el descubrimiento de América, después de llevado á término por el inmortal marino? Las anécdotas de García Moreno referidas por el P. Berthe, la una cuando el niño fue obligado por su padre á acercarse solo á encender una vela en la cera que ardía junto á un cadáver, y la otra cuando le encerró en un balcón para que presenciase, solo también, los horrores de una noche tempestuosa, son harto significativas: *ahí está* el padre que comprende la necesidad de modificar el carácter del hijo para hacer de él un hombre; ahí está el hijo que aprovecha esas duras lecciones, y que dejando de estremecerse ante los difuntos y los medrosos fenómenos de la naturaleza, se convierte en esforzadísimo varón incapaz de retroceder ante ningún peligro y vencedor de los mayores obstáculos que se le atraviesan en el camino de la vida.

Si el carácter es el hombre, como acertadamente se ha dicho, parte principal de nuestro *hombre* es debida al Sr. García Gómez. Sin duda la señora Moreno, aunque no con lecciones tangibles, si se nos permite decirlo, pero sí con ejemplos de enérgica voluntad en la manifestación de sus convicciones y en el cumplimiento de sus deberes, contribuyó á formar la índole de su hijo. Las enseñanzas de una madre deciden regularmente del futuro destino de sus hijos: de una gran madre africana viene San Agustín, una de las mayores glorias de la Iglesia; á una gran madre española debe la Francia el santo Rey que más ilustró y ennobleció su trono. García Moreno, de pocos años

aún, quedó huérfano de padre. Doña Mercedes Moreno fué monarquista como su esposo; y mantuvo con entereza sus principios en medio de los calores de la revolución y las libertades de la República; mas no sabemos que hubiese tomado empeño de inculcarlos en sus hijos: dábales una lección con aquella entereza; pero comprendía quizás que habiendo de vivir ellos bajo una forma de gobierno diversa de la de su agrado, era preciso dejarles en libertad para que la siguiesen. Si fue así, hay que admirar la cordura y previsión de esa mujer de tan interesante figura moral—de alma tan pura y levantada. De lo que sí cuidó mucho, porque no es cosa indiferente para los padres, como puede serlo tal cual forma de gobierno, como no esté reñida con la pureza de la fe católica, fue de que su familia recibiera una educación religiosa capaz de resistir á las tentaciones del error vestido con el ropaje de la razón y á los sofismas que campan en el mundo con el nombre seductor de ciencias. García Moreno recibió, pues, de sus padres—de su madre especialmente, los principios ortodoxos que profesó toda su vida. En este género de enseñanza hay un hecho que muestra á par el influjo que doña Mercedes ejercía en Gabriel y la rigidez con que llenaba sus deberes religiosos: una vez le observábamos que el ayuno de los cuarenta días de la cuaresma podía serle dañoso, y nos contestó: "Me avergonzaría de no seguir el ejemplo de mi madre, que tiene ochenta años de edad y todavía ayuna."

García Moreno aprendió las primeras letras con su madre y los rudimentos de latinidad con el mercenario Fray José Betancourt. Iba á cumplir quince años y no sabía qué hacer en Guayaquil para continuar sus estudios.

Su inteligencia había bebido en el corto arroyo que halló en la tierra natal; mas padecía sed ardiente de saber y necesitaba un río caudaloso que no un arroyuelo. La familia de García Gómez había perdido su fortuna por causa de su realismo y de la revolución; su viuda gemía en la pobreza y no contaba, por lo mismo, con los medios necesarios para enviar á su hijo á que completase sus cursos en la Capital, menos para que pudiera irlos á seguir en Lima ú otra ciudad extranjera, como solían hacerlo otros jóvenes hijos de familias pudientes. Ni tenía en Quito conexiones que pudieran servir á Gabriel. La situación era angustiosa; pero el P. Betancourt, maestro del joven hasta donde pudo, y parece que áun confesor de la madre, se empeñó en allanar las dificultades y ayudó á la señora á enviar á su hijo á la Capital de la República. En 1836 vínose, pues, García Moreno á Quito, recomendado por el buen religioso á dos hermanas suyas, pobres y oscuras mujeres, más virtuosas y llenas de buena voluntad para con su adolescente y simpático huésped, á quien desde los primeros días que le tuvieron consigo trataron con afecto maternal.

Cuales fueron las impresiones que recibió en las alturas de los Andes un joven de imaginación tan ardiente y de un corazón tan impresionable como García Moreno, es fácil de suponer. La diferencia que hay entre la naturaleza de la costa y la de las serranías, entre la sociedad desarrollada en las vecindades del océano y la que vive respirando las auras de los valles interandinos, es más profunda de la que pueden imaginar quienes no las conozcan sino de oidas: clima, fecundidad de la tierra, productos, puntos de vista embelesadores para el

ingenio artístico, usos, costumbres, todo es diverso como el cocotero del Guayas y el molle de Ambato ó Latacunga, como la superficie de la mar y la cima del Chimborazo ó del Cotopaxi. García Moreno se olvidó del cansancio que le producían la mala cabalgadura y los pésimos caminos, á beneficio de las nuevas impresiones que á cada paso venía recibiendo su alma. Los primeros días de su permanencia en Quito fueron de aislamiento: excepto las señoras Betancourt, nadie le conocía ni hablaba. Alto, enjuto, pálido, más de figura gallarda y aire ingenuo, movimientos rápidos y mirada penetrante, andaba solo por calles y plazas, metiéndose en los templos y conventos y fijándose en todo con pueril curiosidad. Poco advertido en materia de refinamientos de las costumbres de la Capital, faltaba á ellas exponiéndose á la murmuración de los intolerantes. Pocos días después de su llegada se celebraba la fiesta de San Francisco de Asís, día en el cual áun en estos tiempos se vende pan de varias clases, confites y otros dulces. Por ahí andaba el joven García Moreno, le tentó la golosina, compró dulce de higos que le sirvieron en un plato, y apoyado de espaldas á un balaustre del pretil, sorbió la miel y comió la fruta tomándola con los dedos. Los transeuntes sonreían maliciosos al verle y él se alzaba de hombros.

Muy poco duraron estas sencilleces y esta vida de costeño desconocido y aislado. Los estudiantes tienen gran facilidad para tejer conexiones y, si son provincianos, para acomodarse á la vida de la corte. A poco andar en los cursos que se propuso seguir, García Moreno se vió rodeado de amigos, si bien fue siempre corto el número de los que aceptó como íntimos.

No tardó asimismo en dejar atrás á sus más talentosos y aplicados condiscípulos: con memoria felicísima, extraordinaria penetración y don de discernimiento certero, unidos á un vehemente amor al estudio, es fácil comprender cual sería su adelanto y cómo se pondría á la cabeza de los alumnos del Colegio de San Fernando, donde ingresó como cursante externo.

Tuvo por maestros en la alta latinidad á Don Buenaventura Proaño, afamado en esta asignatura, y en filosofía al Dr. D. Manuel Angulo, "el más eminente profesor de aquel tiempo," como lo dice con justicia el Dr. D. Pablo Herrera en los *Apuntes biográficos* del personaje objeto del presente estudio.

El Dr. Borrero, para quien el P. Berthe es un escritor prevenidísimo indigno de perdón, porque ha forjado una apología sin criterio ni discernimiento, (1) no ha gustado de ver ensalzada la memoria del P. Betancourt, y llamados D. Buenaventura Proaño, *docto*, y el Dr. D. Joaquín Enríquez, *sabio jurisconsulto*, mientras que no suenan los nombres de los Dres. D. Manuel Angulo y D. Manuel Checa. Nosotros que conocemos á nuestros hombres algo mejor que el *extranjero* Redentorista y los vemos con alguna más claridad que el nacional refutador, pondremos la imagen de cada uno en el lienzo con los rasgos y colores que le corresponden. Ya se habrá notado que así venimos haciéndolo con los personajes que hasta aquí hemos traído á nuestra presencia, pues no somos ni Berthe ni Borrero.

Diremos desde luego que el P. Betancourt habría pasado desconocido á la posteridad, á no ser porque el nombre de García Moreno ha he-

(1) Refutación, pág. 36.

cho visible el suyo. Quizás no fue sino un buen fraile, uno de los pocos que se salvaron del naufragio de las reglas monásticas y servían á Dios como Dios lo manda. Como quiera que fuese, hay que apreciar en el P. Betancourt el haber penetrado las raras dotes de inteligencia y corazón del niño García y de haberse empeñado, para que no se malograsen, en enviarle á Quito, donde había más y mejores elementos de instrucción científica que en Guayaquil. ¿ Y por qué la historia no ha de consagrar también un recuerdo á las dos buenas hermanas del mercenario que correspondieron fielmente á las recomendaciones de este religioso ?

En cuanto al Sr. Proaño, no era, cierto, un hombre docto : su reputación de humanista no tenía más fundamento que sus excelentes conocimientos en latinidad ; pero fue respetable por su honradez y por haber sido de los entusiastas patriotas de 1809.

Terminados los cursos que siguió en San Fernando, pasó García Moreno á la Universidad, campo más extenso para su actividad intelectual. Se decidió por la jurisprudencia; no porque le gustaba esta profesión, según más tarde lo confesaba él mismo, sino porque le agradaba menos la medicina, para el sacerdocio no tenía inclinación y no había otra carrera científica y provechosa en que pudiese optar en nuestra República. Contó entre sus maestros á los doctores Checa y Enríquez, ya nombrados, y al Dr. D. Ramón Borja. El Dr. Angulo, aunque abogado también, figuró siempre como muy hábil matemático y no como feliz lidiador en el foro. Los doctores Enríquez, Borja y Checa estaban á una en los conocimientos de la ciencia del derecho y en la inquebrantable probidad ; sin embargo, el Dr. Borrero tiene

elogios para Angulo y Checa y los niega á Enríquez. Halla el refutador del P. Redentorista la explicación de haber éste omitido en sus elogios á Checa y Angulo, en la circunstancia de que fueron ambos adversos á la política de García Moreno. — ¿Conque sí? decimos nosotros; pues tomemos la misma vara para medir al Dr. Borrero: ¿por qué no juzga al Dr. Enríquez digno del elogio que le ha hecho el P. Berthe? Es claro: porque el Dr. Enríquez no pertenecía á la escuela del Dr. Borrero, y además incurrió en el delito de dar á García Moreno un brillante certificado acerca de su talento, aplicación á los estudios y raro cúmulo de instrucción que ya á la sazón poseía. Ese informe contiene una profecía que honra mucho la penetración y juicio del Secretario de Universidad y maestro de derecho práctico de García Moreno: "En cualquier puesto en que sea colocado, dice al fin, llenará su deber con ventajas de la Patria, y hará conocer que es exacto el contenido de este certificado (1). Conviene no olvidar que este documento fue publicado tres años antes que el Dr. Borrero, tan amigo de atenerse á esta clase de comprobantes históricos, diese á luz su *Refutación*, y que lo trae el P. Berthe mismo en su obra desde la primera edición.

---

(1) Esta pieza es demasiado importante y debemos ponerla *in extenso*. Lleva la fecha de 13 de Marzo de 1848 y dice así: El abogado que suscribe, certifica con juramento que el Dr. Gabriel García Moreno ha hecho un estudio de Jurisprudencia práctica, desde el 20 de Setiembre de 1845 hasta la fecha: en este tiempo ha manifestado esos talentos precoces que posee de notoriedad; sus conferencias jamás se limitaron á sólo las materias designadas, ni menos á dar una razón sencilla de lo estudiado; su raro juicio le hacía notar lo que debía reformarse para mejorar las doctrinas prácticas y la secuela de los juicios; su

A medida que García Moreno se aclimataba en Quito y se desarrollaba y robustecía su organismo á las faldas del Pichincha, hacíanse más notables el vigor de sus dotes morales y los rasgos extraordinarios de carácter que le distinguieron toda su vida. Estudiaba áun mermando más de lo prudente las horas del descanso de la noche y ahuyentando el sueño por medios lesivos de la salud. Su austera conducta y la rectitud en cumplir sus deberes de estudiante, hicieron que sus superiores le encomendasen el cuidado de la disciplina entre sus compañeros. Estos, disgustados al principio, hubieron de ceder al fin y de sujetarse á la vigilancia y dirección de su joven colega. *Ojos que todo lo veían, oidos abiertos á todas* las palabras y todos los rumores, actividad incesante que se movía en todas partes, lengua que brotaba frases candentes, ningún respeto humano, por más que con no tenerlo lastimase la amistad ó dañase las propias conveniencias, un ardor de ánimo que con nada se apagaba, una vehemencia llevada á las veces al abuso, una voluntad de hierro que todo lo avasallaba, una intolerancia para cuanto se oponía á sus

constante aplicación á cuanto está enlazado con la Jurisprudencia y su buen criterio en escoger lo justo y lo bueno, le hacen conocer bien su profesión: esta sola cualidad le *constituye* ya un profesor de Derecho, al que se le puede confiar la defensa de la propiedad, el honor y la vida; pero posee, además, conocimientos extensos en literatura, y otras raras virtudes de las que ahora, más que nunca, necesita la Patria: el bien general, el progreso y la gloria del Ecuador son el ídolo de su corazón y á este objeto ha consagrado hasta hoy sus trabajos y sus esfuerzos: por estos motivos opina *el que suscribe*, que el Sr. Moreno es digno de la noble profesión de abogado; que en cualquier puesto en que sea colocado, llenará su deber con ventajas para la Patria, y hará conocer que es exacto el contenido de este certificado. — HERRERA, *Apuntes biográficos*, &.

propósitos, una confianza excesiva en la propia sindéresis y fuerza de acción, una ansia de avanzar en todo y llevarse á todos por delante: he ahí los componentes del carácter del joven que se preparaba á intervenir en la política del Ecuador y emprender en multitud de reformas atrevidas y trascendentales. En el Colegio y la Universidad despuntaban las condiciones de alma y cuerpo del García Moreno que había de ser, andando el tiempo, el García Moreno que se singularizaría en la complicada y difícil labor de la vida pública. Si le hubiese precedido algún Mario ecuatoriano, entonces podía haberse dicho de él lo que Sila de César: en este mancebo se encierran muchos Marios. La justicia incondicional para todo y para todos, comenzando por sí mismo y como fundamento de la prosperidad de la Patria, era su pasión más viva y poderosa. A no haber sido por los triunfos de ésta que muchas veces surgían con violencia y dureza, á las que no se acostumbraban los ecuatorianos con las lecciones de Rocafuerte, García Moreno habría sido el mal hombre que han pintado la pasión y la mala fe de sus enemigos. Ya puede uno imaginar lo espantoso que habrían llegado á ser la ambición personal, la irrilegión, la clerofobia, las doctrinas liberales ó el masonismo, teniendo por auxiliares aquellas dotes que hemos dicho poseía en grado máximo el hijo de García Gómez! pero la Providencia se las había dado, porque se propuso hacer de él *su hombre*; para esto puso sobre todas ellas el amor á lo justo y la poderosa tendencia á hacerlo todo por Dios y por la Patria.

Los remedios contra la pusilanimidad que le había administrado el padre, fueron como aquellos específicos que no sólo curan la enfer-

medad, sino que avigoran el organismo; pero García Moreno quiso avanzar haciéndose superior á todos los peligros, y buscaba las ocasiones de desafiarlos y burlarse de ellos. Comenzó por luchar contra los de la naturaleza: si un peñasco amenazaba desquiciarse y rodar y se le estremecía el espíritu al mirarlo, refrenaba este impulso natural, y en vez de recostarse seguro en el prado para darse á la lectura solitaria, de que solía gustar, sentábase bajo la roca amenazante, y pasaba largo rato embebecido en su libro, cual si no tuviese sobre la cabeza el golpe que podía destrozarla. Va caminando por los Andes; halla dos vías: la una es fácil y segura, pero larga; la otra corta más desigual y á los bordes de un abismo. — ¿Quién pierde tiempo dando un rodeo, se dice, ni quién hace caso de precipicios? y guía su caballo por aquí, echando miradas serenas al fondo del abismo que á otros causaría vértigo. El valor temerario que así luchaba contra las horribilidades de la naturaleza, claro se está que no cejaría jamás ante la muerte que le saldría al encuentro en sus rudas y frecuentes luchas con los hombres. Hablábale una vez un amigo de cuánto le sorprendía ese valor y menosprecio de la muerte. — Para no temerla, contestaba García Moreno, hay un excelente remedio, y es el de vivir cristianamente y siempre preparados para recibirla cuando Dios nos la mande.

Lo dicho por el P. Berthe en el capítulo *El Estudiante*, acerca de la universalidad del talento de García Moreno, de su asombrosa memoria y de cómo abarcaba á un tiempo diversos estudios, es cierto. Hay no obstante que hacer una breve corrección, y es que el inglés no lo aprendió en el Colegio, sino cuando se hallaba ya de Presidente de la República por prime-

ra vez. Su maestro fue D. Guillermo Jámeson (1). La anécdota de la corrección que hizo á su profesor el Dr. Angulo al resolver un problema de matemática, la hemos oído á una persona que la presenció. El estudio de esa ciencia, en su más elevada y difícil escala, lo hizo con el distinguido ingeniero francés D. Sebastián Wisse, empleado por el Gobierno de la República.

Por 1838 varios jóvenes, estudiantes de la Universidad casi todos, fundaron una Sociedad con el nombre de *Filantrópico - Literaria*, el cual indicaba su doble objeto: el de la mutua protección y el de estudiar las bellas letras; el primero se explica al considerar que la mayor parte de sus miembros eran forasteros y necesitaban ayudarse unos á otros formando un grupo enlazado por la amistad íntima y generosa; el segundo llenaba el deseo que todos ellos tenían de suplir las deficiencias de la enseñanza universitaria con un estudio libre y más extenso y el calor de las discusiones. En esa Sociedad simpática é interesante, sin embargo de no haber durado más de unos seis años, se formaron no pocos jóvenes que andando el tiempo vinieron á ser ciudadanos útiles á la patria, sirviéndola en varios destinos de importancia.

Era imposible que García Moreno, devorado por la sed de ilustrarse no hubiera procurado entrar en aquella asociación, ni que ésta no desease atraerle á su seno, puesto que el joven guayaquileño gozaba ya de fama por su gigante inteligencia y por los raros progresos que hacía

---

(1) Escocés que se casó y vivió en Quito. Fue hombre honrado y bonísimo y, muy notable botánico, escribió y dió á luz por encargo de García Moreno la obra titulada "Synopsis plantarum aequatoriensium."

en sus estudios. Cuándo se verificó la agregación del nuevo socio, lo ignoramos; pero no debió ser muy temprano, si hemos de fijarnos en que los documentos de la *Filantrópico-Literaria*, que hemos visto, no traen el nombre de García Moreno hasta 1843. Además, no habría llegado á este año, teniendo entre sus miembros á mancebo tan fogoso é inquieto y ya metido en el bando que hacía cruda oposición al General Flores. En 1844, sí; ya le vemos en la *Sociedad* estudiando con su acostumbrada avidez, imponiéndose á sus compañeros, encendiéndoles en sentimientos patrióticos llevados hasta la tendencia revolucionaria, y ocupando la tribuna, no para tratar de asuntos literarios, sino para leer *La Linterna mágica* escrita por D. Pedro Moncayo con la pluma de *Junius* y la tirria venenosa contra Flores y sus partidarios. Ese periódico que venía de Piura, donde estaba desterrado su autor, y que circulaba en Quito secretamente, excitando más con esto la curiosidad, no necesitaba comentarios; pero hacíalos García Moreno, y ya se puede imaginar cómo los hacía: con claro talento y con fogocidad volcánica que se derramaba irresistible sobre sus jóvenes oyentes.

Sin embargo, los más de éstos no gustaban de que la *Sociedad*, que tenía por objeto solamente los estudios literarios, y el culto de la amistad, se expusiese á ser extrangulada por la política. ¿Qué le importaban á García Moreno estos temores? Amaba la literatura, pero amaba con mayor viveza á su patria: con las letras no podía salvarla, más sí con la política y buscaba adeptos para ésta, aunque aquellas se quedasen sin alumnos. Se habían dispertado, pues, en el estudiante *costeño* el civismo y el deseo de terciar en los negocios públicos y de influír en

ellos: la planta que debía llegar á ser árbol gigante estaba ya fuera del seno de la tierra; los vientos y las tempestades en vez de aniquilarla contribuirían á su extraordinario desarrollo.

Las sospechas de los que tenían por imprudente la conducta de García Moreno y algunos otros de la *Sociedad Filantrópico – Literaria*, eran harto fundadas: la autoridad percibió el olorcillo revolucionario que de ella se desprendía, comenzó á tomar medidas para que los socios no subiesen de punto en sus demostraciones antifloreanas, y no fue menester más para que la juvenil congregación se disgregara y viniese á cero al andar de pocos días. A únos mortificó el caso y echaron la culpa de él, con justicia, á García Moreno; á ótros los enardeció más y puso en camino de la rebelión franca y activa. Entre éstos, no hay que decirlo, fue el primero el lector y comentador de *La Linterna Mágica*.

Antes de esta época, García Moreno había entrado en una de tal fervor religioso, que se creyó llamado por Dios al sacerdocio; aún llegó á hacerse tonsurar, y no satisfecho de la buena conducta moral que había observado, se sometió á las pruebas de la austeridad, tan ardua para la primera juventud. Ya hemos visto la fuerza de voluntad con que García aceró su cuerpo y limpió de todo miedo su corazón; pero el mundo tiene para sojuzgar á los jóvenes un poder mágico del cual por maravilla se libra alguno. Puede conservarse recia la naturaleza material y el ánimo lleno de valor; pero la virtud, esta flor delicada y de aroma celestial, ¡cuán difícilmente resiste al influjo de las pasiones juveniles! No fueron, pues, de larga duración los arranques de misticismo de Gabriel: el mundo le envolvió en sus

ráfagas, y haciéndole olvidar de lo que parecía vocación sacerdotal, y entibiando su devoción y alejándole bastante de las prácticas obligatorias del católico, le revolvió en los ondas de la política revolucionaria, y áun le dió á beber la copa de los deleites que malean las naturalezas más generosas. El joven excepcional llegó á ser, por este lado, igual al común de los jóvenes. Felizmente no perdió la fe, ni se le embotaron las facultades intelectuales, ni decayó su amor al saber, ni se enfrió su devoción al estudio, y conservó otras prendas que le tuvieron siempre erguido y sobresaliente entre los demás jóvenes y haciendo crecer en cuantos le conocían y trataban la esperanza de que sería un ciudadano útil á la patria. Podría decirse que dió parte de su ser al mundo, á ejemplo de los mozos vulgares, como tributo de la juventud, para que dispusiese de ella; pero que se reservó la mayor destinándola á cosas grandes y provechosas. Los caracteres elevados y firmes nunca ceden por completo al influjo mundano, y suelen ser los más dóciles á la verdad, *cuando suena su voz junto á ellos*. Recuérdese entre mil ejemplares, á San Jerónimo y San Agustín: su juventud había hecho suyo el mundo; después fueron .... ¡San Agustín y San Jerónimo! Dios consiente las caidas de las grandes almas para preservarlas del orgullo y para que su reacción y encumbramiento, cuando obra en ellas la gracia, sean más ostensibles y sirvan de ejemplo y consuelo á las almas pusilánimes.

A esta época pertenecen sin duda los motivos que tuvo García Moreno para haber cobrado odio mortal al Dr. Checa, en el decir del refutador del P. Berthe (1). Ignoramos cuá-

(1) Refutación pág. 37.

les hubiesen sido esos motivos que el Dr. Borrero *no quiere ni debe recordar*.... fueron quizás algunas faltas graves: ¿por qué no pudo haberlas cometido García Moreno que no fue impecable? Pero, ¿creerá el escritor azuayo que está exento de culpa en eso que ha dicho? Frecuentemente una reticencia, aunque sea empleada con intención caritativa, causa más daño que la verdad expuesta con dura franqueza. La verdad, una vez conocida, deja satisfecha la curiosidad del lector ó del oyente, que condenan una falta á un delito según su mayor ó menor gravedad; pero la *reticencia*, pero la frase intencionadamente comenzada y cobardemente no concluida, es una mina que la maledicencia, ó siquiera sea la simple curiosidad, explotan á sus anchas y sacan de ella más de lo que hay en los hechos, con tamaño detrimento de la fama que se ha querido resguardar con puntos suspensivos. Creemos que el Dr. Borrero tampoco se ha ceñido á lo justo, cuando ha dicho que García Moreno *odiaba de muerte* al Dr. Checa. Que no le quiso, es otra cosa, y esta mala voluntad fue talvez conocida sólo por los amigos de úno y ótro, contándose entre los de García Moreno al propio Dr. Borrero que después llegó á tenerle algo más que mala voluntad, según se echa de ver en el libro mismo que vamos impugnando. El Dr. Checa, que gozó merecida fama en el foro, no perteneció á la política, aunque tuvo ideas bastante liberales; sin embargo, si García Moreno le hubiese *odiado de muerte*, no habría malogrado el poder casi absoluto que tuvo por muchos años para vengarse de él, y con más razón dado el genio tiránico que le atribuye el Dr. Borrero; mas no le persiguió ni hizo mal ninguno. Nosotros ni siquiera le oimos soltar

contra él las frases perecuientes con que calificaba á otros individuos. Obra de mal antojo, y nada más, nos parece eso del *odio mortal* que trae á cuento el escritor azuayo; y si hubo por ventura esta pasión y no aparecen las consecuencias naturales, es claro que García Moreno supo dominarla, y esto le honra.

Al hablar de la fermentación revolucionaria de los años 43 y 44, dice el Dr. Cevallos: "Una sociedad de jóvenes de ideas exageradas había proyectado librarse de él (del General Flores) por medio de un asesinato, y aunque rechazada la idea por cuasi todos y principalmente por los señores Manuel Angulo, General Guerrero y Roberto Ascásubi, no faltaron otros que, despreciando tal repulsa y las buenas amonestaciones, insistieron en llevarla á cabo" (1). Como se ve, el historiador no mienta á García Moreno, y sin embargo, el Dr. Borrero ha escrito: "Por esa misma época, García Moreno anduvo en conciliábulos revolucionarios, en los cuales se trataba de quitar la vida al General Flores, proyecto que, según el testimonio del historiador Cevallos, fue rechazado & (2)". Juzgamos que el Dr. Borrero, que tomó la noticia de Cevallos, la completó con la lectura de *El Ecuador de 1825 á 1875* por P. M. (Pedro Moncayo); obra en cuya página 167 se atribuye directamente la tentativa á García Moreno, á quien hace decir: "El medio más pronto y más seguro es el puñal, y yo me ofrezco á llevar adelante este proyecto, si algunos de mis socios quieren acompañarme". Borrero háse abstenido de mentar á Moncayo, quizás de vergüenza de haber buscado testimo-

---

(1) *Resumen*, pág. 430, tomo V.
(2) *Refutación*, pág. 38.

nio en un autor que cubrió su libro de mentiras y calumnias (1).

Haya tomado la especie de esta obra, congénere de tantas otras que con el título de históricas se han forjado para abofetear la historia, ó la haya recogido de otras fuentes, es de notar que quien empleó una reticencia para no descubrir los *motivos de un odio mortal*, de luego á luego no tenga escrúpulo de echar á volar un nombre para que el huracán de la detractación le arrebate y despedace. ¿Por qué ha procedido así el Dr. Borrero? ¿El delito que tapó con la reticencia fue mayor que una tentativa de asesinato? ¿O en aquel, por ventura, estuvo también expuesta á menoscabo la fama del Dr. Checa, la cual se quiso salvar, importando un ardite que la de García Moreno cayese en el fango? El Dr. Borrero lo sabrá, y talvez nosotros estamos equivocados cuando

(1) Para conocer el libro de Moncayo y apreciarlo en lo que merece, se necesita leer la confutación que de él escribió el Dr. D. Pedro José Cevallos Salvador con el título: "El Dr. Pedro Moncayo y su folleto titulado *El Ecuador de 1825 á 1875*". No es exacto el Dr. Cevallos Salvador cuando llama *folleto* la obra de Moncayo, pues contiene 355 páginas en 4º; pero ¡qué argumentación la que emplea! ¡qué verdades las que estampa! ¡qué sinceridad la que revela Cevallos Salvador en su escrito! Lástima que no hubiese publicado la segunda parte. Una ocasión le preguntamos por qué no lo hacía, y nos contestó: "Moncayo ha muerto, y no me gusta contradecir á quienes no pueden replicar". Estas palabras encierran una noble delicadeza, muy propia del alma del eminente ciudadano cuya muerte llora todavía la patria; pero contienen también un concepto falso: cuando es preciso corregir errores y limpiar de injusticias la historia, no se debe tener consideraciones con los muertos.

Hemos de apuntar aquí que para Moncayo el puñal era "arma muy noble para emplearla contra un tiranuelo como Flores. Contra César y contra Bolívar, se comprende". (Véase *El Ecuador de 1825 á 1875*). La misma idea había expresado ya Juan Montalvo, cuando al-

tenemos su proceder como obra de poca reflexión en un punto que la requería detenida y seria. Mas ya que ha escrito esas líneas, como otras mil de la *Refutación*, denigrantes del ilustre nombre del *Héroe del P. Berthe*, nosotros que no tenemos otra mira que la de ser verídicos y justos, debemos expresar lo que sentimos acerca de ese mismo punto histórico ó al cual se ha querido dar este aspecto.

Ya hemos demostrado cuáles fueron la popularidad y el ardor de la revolución que minó y desplomó la autoridad del General Flores. Como en todas las revueltas que, con justicia ó sin ella, acusan de despótico é insufrible al Gobierno que tratan de echar por tierra, en la insurrección de que venimos hablando la juventud tomó parte muy activa: en Quito, en Guayaquil, en Cuenca, en todas partes, los jóvenes que terciaron en el movimiento antifloreano hiciéronlo llevados de un patriotismo que no conocía moderación y rayaba en delirio. Cuando llega este caso, y en especial si los revolucionarios son de aquellos que las vísperas dejaron las aulas trayéndose la cabeza llena de lecciones de historia griega y romana no discernidas por la filosofía cristiana, suele evocarse los nombres de héroes que no repararon en los medios para llenar sus propósitos: allí Harmodio y Aristógiton, allí Casio y Bruto, modelos de quienes ponen la libertad y el derecho paganos sobre la libertad y el derecho enseñados por el Evangelio (1).

---

guien habló de que se había tratado de asesinar al General Veintemilla. De manera que el ser grande hombre trae aparejada sentencia de muerte á manos de asesinos. ¡Qué juicios y qué doctrinas las de esos políticos! Así está la historia llena de heroicidades liberales y masónicas ....

(1) Aun Olmedo tenía, á este respecto, ideas que el

No conceptuamos, pues, inverosímil que se hubiese tratado de asesinar á Flores, ni que García Moreno hubiera tenido parte en el proyecto: áun cuando no se abrace como doctrina el tiranicidio, se sabe por la enseñanza de todas las historias y de todos los siglos, que la pasión política se transforma en locura frecuentemente, en el acto en que el ansia de alcanzar sus fines la lleva á los brazos de la revolución.

---

criterio ortodoxo no puede menos que rechazar: cuando muy joven, en su silva *El Arbol* decía á propósito de Napoleón.

"Cuando al trono de Luis César subía
En medio del tumulto y la alegría
De un pueblo esclavo. . . Bruto, ¿dónde estabas?
No es tarde aún: ven besaré tu mano
Bañada con la sangre del tirano".

Plácido, el notable poeta cubano, escribió un soneto igualmente sangriento contra la autoridad española.

A García Moreno se atribuye el siguiente, que circulaba por 1844:

"¡Desdichado Ecuador! ningún consuelo
Esperar ya ni concebir te es dado,
Que el despotismo odioso de un soldado
A sufrir siempre te condena el cielo.
Ya los esbirros ¡ay! del tiranuelo,
Traidores, viles, de ánimo apocado,
El trono de opresión han levantado
Sobre la libertad del caro suelo . . . .
Mas ¿posible será que hasta la muerte
Hayamos de llevar con indolencia
El yugo abrumador de un asesino?
¿Faltará un genio que con brazo fuerte
Arroje para siempre y sin clemencia
De una Roma infeliz al cruel Tarquino?"

Aquí, como se ve, no hay la idea del tiranicidio, porque para *Arrojar de Roma al cruel Tarquino,* no es indispensable matarle. ¿Son ó no de García Moreno esos versos? Me inclino á creer lo primero. A pesar de los defectos que notaría la crítica, el soneto está escrito en un lenguaje y tono que se asemejan no poco á los que usó en poesías de carácter político que dió á luz posteriormen-

Política no es lo mismo que revolución, como parece que lo creen algunos en nuestras Repúblicas; pero política revolucionaria suena y significa tanto como violencia, y en ésta cabe hasta el crimen. A la *Sociedad Filantrópico-Literaria*, disuelta por el temor de la autoridad sospechosa de ella, sucedió la *Sociedad Filotécnica*, la cual se instaló públicamente y con pompa, á fin de desorientar al Gobierno, pues no fue el *amor al arte*, sino el propósito de derrocar á Flores lo que juntó á muchos jóvenes, como García Moreno, y aun á otros que no lo eran ya. En esa *Sociedad* se estudiaba ostensiblemente y se conspiraba á la sordina. Duró poco tiempo, ya sea por la misma causa que disolvió la *Filantrópico-Literaria*, ya porque la mayor parte de sus miembros se desparramaron para obrar con más eficacia en la revolución. Esta fue desarrollándose y tomando bríos, hasta que alcanzó á triunfar á mediados de 1845. Durante los días en que con mayor efervescencia obraba y muchos años después, nadie supo que se había tratado de asesinar á Flores, lo cual es extraño, puesto que fueron muchos los miembros de la *Filotécnica* y algunos los jóvenes comprometidos á ejecutar esa mala acción, circunstancia que debió hacer muy difícil de guardar el secreto, tanto más cuanto aquellos socios llegaron, andando el tiempo, á pertenecer á bandos opuestos y aun á acriminarse apasionados y rencorosos. Sin embargo, veinticinco años después (1870) viene

---

te. Además, en aquel tiempo no conocemos otro poeta, fuera de Olmedo, que pudiese poetizar de esa manera; pero no hay dato ninguno para poder atribuir al cantor del *General Flores vencedor en Miñarica*, esa composición iracunda contra el mismo Flores y sus compañeros.

Cevallos y dice en el *Resumen*: "Reservado de todo en todo quedó semejante proyecto, y acaso el General Flores lo llegará á saber por primera vez ahora que nosotros, *bien instruidos* de tan impía tentativa, la damos á la estampa" (1). Ya hemos observado que nuestro historiador se abstiene de citar los nombres de los conjurados, quizás porque, si se *instruyó bien* del hecho, no pudo estarlo respecto de quienes estuvieron comprometidos en él, ó cuando menos de quien fue el principal culpable. Pero quince años más tarde (1885), viene Moncayo y, como suelen los muchachos desmemoriados.—"Ahora que me acuerdo, exclama, (sin duda lo hizo dándose una palmada en la frente): García Moreno fue quien se propuso matar á Flores á puñaladas, y yo me opuse á ello, porque Flores no era un César ni un Bolívar". En seguida viene el Dr. Borrero, toma la mano de Moncayo y asienta la atroz bofetada á la memoria de su rival García Moreno.

Una reflexión más: la vida de este célebre estadista pasó cual ninguna en el Ecuador combatida por los furibundos vientos de la oposición tenaz y del odio mortal que le tenían los radicales; ¡qué atrocidades no dijeron contra él! ¡cuáles no dicen áun hasta después de muerto! con todo, ¡cosa notabilísima! entre los desahogos de sus enemigos no hallamos la acusación de haber atentado contra la vida de Flores. Esta habría sido arma empleadísima

(1) Pág. 431 del tomo V. Cevallos tenía escrita su obra desde mucho antes; pero se olvidó de hacer, en el párrafo que hemos citado, la corrección necesaria para que no aparezca el General Flores imponiéndose de la tentativa seis años después de muerto.

contra García Moreno especialmente cuando tanto se le atacó por haber traído á Flores y ligádose con él para la campaña de 1860. Mas, reservado estaba el empleo de esa arma, para las manos de los doctores Moncayo y Borrero.

Aun admitida la posibilidad de que García Moreno hubiese sido responsable de aquel proyecto de asesinato, no debe acogérsele como hecho histórico incontrovertible: la historia no afirma sino lo que está fundado en la evidencia, y cuando ésta no exista, ahí está la crítica que disecca, escudriña y reflexiona para á lo menos aproximarse á la verdad. No se crea que el historiador, por el hecho de serlo, sea dueño de los hombres y sus acciones, ni de ningún suceso aunque no sea humano, y que pueda trasladarlos *ad líbitum* á la escritura para instrucción de la posteridad, no: reglas existen de las cuales tiene que ser esclava su voluntad: reglas que enseñan á conocer el carácter, el pensamiento y las tendencias de las personas, que juntos forman el móvil de sus actos modificados, sin embargo, frecuentemente por circunstancias de fuerza superior á la fuerza de ese carácter, de ese pensamiento, de esas tendencias. Esas reglas, emanadas de una razón clara y de un juicio recto, constituyen la crítica histórica. Sin ellas podrá escribirse una novela fantástica, mas no una historia. Quien sin valerse de ellas pinte personajes y los ensalce ó deprima, y narre sucesos y falle sobre su bondad ó su criminalidad, se expone á cometer la gravísima falta de engañar á las generaciones venideras y á las gentes lejanas del teatro de la historia; y se expone asimismo á que mañana ó más tarde asome un escritor amante de la verdad y la justicia, y le tome

cuenta de esa falta y le avergüence ante la sociedad.

Las agitaciones de la política revolucionaria que á los jóvenes, sobre todo, suelen absorber hasta quitarles el tiempo, y áun la voluntad de consagrarse al estudio, no eran un obstáculo para que García Moreno continuase con ardor los que había emprendido. Genio múltiple é indomable, á todo se alcanzaba y todo lo podía. El amor á la patria le llenaba el corazón de propósitos atrevidos, y el amor al saber, la cabeza de pensamientos luminosos. Ambas pasiones tenían por ejecutora una voluntad potentísima. El docto ingeniero Wisse le tuvo por discípulo, y áun por amigo y compañero, desde su llegada á Quito. Admirábanle la facilidad extraordinaria con que aprendía las lecciones, la perspicacia en el penetrar lo más abstruso de las matemáticas sublimes, y la lucidez en el exponer y explayar cuanto había aprendido. Para el estudio de las ciencias naturales y para perfeccionar el de las políticas y sociales, García Moreno tuvo por maestros los libros y su propia rara facultad de comprensión y escudriñamiento. Wisse descubría en él al futuro sabio; los jóvenes condiscípulos y amigos suyos que con él terciaban en los primeros ensayos de la política militante, veíanle como al audaz estadista que influiría poderosamente en los destinos de la patria (1).

---

(1) "¡Cuántas veces, nos ha dicho uno de sus compañeros de destierro, nuestro respetado y querido tío el Dr. Rafael Pólit, cuántas veces á orillas del mar, ó encerrados en nuestro cuarto, se entusiasmaba García, y en breves y luminosos rasgos me trazaba todos sus planes de Gobierno! Cambio sustancial de la Constitución, reforma del Clero, enfrenamiento y disciplina del ejército, educación, obras públicas: todo, todo lo tenía previsto y meditado

Los que eran incapaces de comprender la fuerza y la fecundidad que se encerraban en ese corazón y esa inteligencia que tanto se alejaban de los comunes, comenzaron á decirse recelosos: ¡Este es un loco! El falso concepto que formaron de García Moreno áun muchos de sus amigos, fue uno de los mayores obstáculos opuestos á su plan de reformas y engrandecimiento nacional.

No sabemos si fue Wisse ó García Moreno el iniciador del proyecto de hacer una visita científica al volcán de Pichincha; pero haya sido cualesquiera de ellos, el segundo le abrazó con su entusiasmo característico. Buscar fatigas y peligros y recibir una lección de la ciencia en las entrañas misteriosas de una montaña, ¡qué incentivos para el alma de García Moreno! En Agosto de 1844 los dos intrépidos viajeros ascendían á la cima del monte y luego bajaban á lo hondo del cráter. Allí, desafiando á cada momento á la muerte y durmiendo tres noches bajo una roca quemada por el fuego del volcán, andando á gatas, ó arrastrándose ó saltando por medrosas quiebras, peñascos movedizos y ramblas de arena calcinada, é inclinándose á observar las oquedades que despedían vapores sulfurosos, hicieron observaciones importantes para la física y la geología, levantaron planos &. Los resultados de

---

desde entonces, todo debía cumplirlo". El Dr. D. Manuel M. Pólit trae estas palabras en sus excelentes notas puestas á los *Escritos y Discursos de García Moreno* (Tomo 1°, pág. 383). El testimonio del Dr. D. Rafael Pólit, basta; pero lo dicho por él está confirmado con lo que hemos oído á otros amigos de García Moreno, como los Dres. Rafael Carvajal, Nicolás Martínez, &. Nosotros, por aquella época, éramos muchachos que ni aun le conocíamos, sino de nombre.

esta audaz cuanto útil exploración fueron narrados por García Moreno y llamaron la atención de los sabios (1). Un año después, con iguales peligros y no menos buenas consecuencias científicas, repitieron la incursión por aquellas concavidades que se juzgaría son entradas del averno. Al escribir la relación de los nuevos estudios practicados por el maestro y el discípulo, dice éste: "... volvimos con la intención de levantar el plano topográfico del volcán, midiendo las alturas, &; y á fin de llevar á cabo este propósito, tuvimos que pasar tres días y tres noches en las dos oquedades más profundas que forman el *Rucu-Pichincha*". Al descubrir la cavidad occidental, ó el verdadero cráter, añade: "Su profundidad desde el borde oriental es enorme, y cuando úno mira de encima de los inmensos terrenos de dolerita y traquita cuya elevación es de 2460 pies (750 mts.), á veces cortados verticalmente, y á veces en pendientes más ó menos escarpadas y variadas, úno experimenta tal impresión, que no se borra durante toda su vida". Esta segunda relación está en forma de carta dirigida al Sr. Jameson en Enero de 1858, con motivo de la tercera incursión hecha un mes antes por García Moreno en compañía de un hijo de aquel distinguido botánico. Se publicó en *El Ecuatoriano*, periódico de Quito, y luego en el *Pilosophical Journal* de Edimburgo, traducida al inglés por el Sr. Jameson (2). Al terminar la carta, escribe García Moreno lo siguiente:

(1) El Barón de Humboldt citó con elogio la relación en el *Cosmos* y la tradujo en las Misceláneas de *Geología y de Física general.*

(2) *Escritos y discursos de García Moreno*, tomo 1º, *Notas.*

"En 1844 el Sr. Wisse se salvó, por fortuna, estando á punto de rodar de cabeza á un horroroso abismo. Igual accidente me acaeció en 1845; y en Diciembre del año pasado, el hijo de Ud., que me acompañaba, por poco no encuentra su sepulcro en el abismo. No dudo que al bajar 2460 pies (750 mts.) de rocas, en donde las manos sirven más que los pies, un solo paso temerario tendría muy fatales consecuencias".

El amor á la sabiduría hizo emprender á García Moreno las excursiones dantescas que acabamos de apuntar, en las cuales pudiera decirse que Wisse fue su Virgilio científico, y ese mismo amor hizo que las repitiera en diciembre de 1849 en el Sangay, el volcán más activo y espantoso del Nuevo Mundo, y ocho años después, por la vez tercera, en el Pichincha. Al Sangay le acompañó todavía el Sr. Wisse; pero el honor de la audacia fue todo para el primero. Aquel Satanás colocado por la naturaleza en medio de la tristeza de un desierto, vomitaba fuego, cenizas y piedras cuatro veces por minuto (1). La noche del día 24 fue para los dos viajeros una *Noche-buena* espléndida: ¡qué espectáculo tan sublime el que les presentaban esas repetidas erupciones con que la negra y agitada montaña parecía combatir contra las estrellas! Sin embargo, el 25 García Moreno se atrevió, en compañía de un paje, á emprender la ascensión, y lo hizo por las calientes faldas hasta la mitad del cerro. Era imposible subir más, pues las candentes piedras que rodaban á cada instante amenazaban de muerte al nuevo Plinio. Bajó, pues,

(1) *Escritos y Discursos* &, tomo 1º, pág. 250.

no sin bastante satisfacción de su temerario valor, se juntó con Wisse, que se había quedado al pie imposibilitado por el cansancio, y emprendieron la desandada.

Quizás García Moreno tenía más decisión por las ciencias físicas y las matemáticas, que por las políticas y morales; pero se dió al estudio de éstas con el mismo ardor que á las primeras porque deseaba satisfacer una pasión mucho más poderosa que la que tenía por aquellas ciencias, - la pasión por la patria. El brillo de su genio no ha podido menos que derramar luz hasta sobre sus enemigos y arrancarles voces de admiración: el Dr. Borrero mismo, refiriéndose al capítulo del P. Berthe, dedicado á narrar la vida de austeridad y estudio que el Gran Ecuatoriano llevaba en París los años de 1854 á 1856, ha escrito lo siguiente: "En todo esto debe haber mucha verdad, pues fruto de esa vida laboriosa fueron los conocimientos que adquirió, especialmente en Química, ciencia de la cual, á su regreso á Quito, dió lecciones orales en la Universidad, lecciones que dejaron admirados á cuantos hombres entendidos las escucharon. García Moreno, con su extraordinario talento y su admirable memoria, hubiera hecho gran papel en el mundo científico, si, por desgracia, no se hubiese dedicado, en cuerpo y alma, á la vida política, tan tormentosa en todas partes, y que, al fin, ocasionó su muerte de la manera sangrienta y cruel que todos saben (1)". Juan Montalvo había expresado ya un pensamiento semejante: juzgaba que García Moreno nació para sabio y no para político.

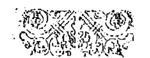
---

(1) *Refutación*, pág. 78.

Que su vocación lo impelía hacia las ciencias, verdad; pero no es menos cierto que éstas no pueden ser un impedimento para que quien las ama y cultiva se consagre á la política por servir á la patria de manera más útil y eficaz, que dando lecciones de Química ó estudiando Geología en los volcanes. García Moreno á quien tampoco faltó la vocación política, con gran acierto y no *por desgracia*, como asevera el Dr. Borrero, prefirió cultivarla asiduamente por amor patrio. La pasión científica le había dado un nombre célebre semejante á la multitud de nombres que brillan en la esfera de las ciencias y con él habría honrado ciertamente al Ecuador; mas el patriotismo que le obligó á abrazar la *tormentosa vida política* hasta morir *de manera sangrienta y cruel*, le ha dado un nombre ilustre entre los rarísimos de egregios varones que, en nuestros días, se empeñan en moralizar la política con las luces y la virtud del Evangelio, para aplicarla á las naciones como el único medio de salvarlas del abismo abierto por las doctrinas liberales y heterodoxas. Y ni áun el amor de García Moreno á las ciencias que pudiera haberle bautizado con el nombre de sabio, según el concepto humano, estuvo ocioso cuando la política le puso el destino del Ecuador en las manos: ya que no le fue posible continuar estudiándolas y sirviéndolas personalmente, trajo doctos profesores para que las cultivasen y enseñasen á los ecuatorianos. Él, entre tanto, buscaba el título de sabio en un concepto mucho más alto y seguro que el puramente humano, -en el de la Iglesia Católica y de las personas cuyo entendimiento halla su criterio en las enseñanzas de la moral que perfecciona las almas y, perfeccionándolas, crean y establecen la verdadera civilización.

¡Desgracia la de haberse consagrado á la política! ¿para quién fué *desgracia*, para él ó para el Ecuador? No lo fue para él, porque si tuvo anhelo de gloria mundana, en la vida política lo llenó de manera envidiable. Ni su fin *sangriento y cruel* fue una *desgracia*: lo fue, lo es todavía y lo será siempre, y grande y terrible, para los que le odiaron y asesinaron. Morir como García Moreno, porque fue católico, porque combatió sin miedo y sin respetos humanos contra el liberalismo y contra los falsos patriotas; morir porque trabajaba en cimentar la República sobre bases de moralidad y orden, de sólida ilustración y de trabajo, de honrada economía y de riqueza; ser mártir á un tiempo de la fe y de la civilización, ¡oh, no, no es desgracia! es dicha que Dios reserva sólo á las grandes almas! ¿Para quién fue *desgracia* el haber abrazado García Moreno la vida política? ¿Para el Ecuador? ¡Vamos! la tentación de juzgar que el Dr. Borrero ha escrito sin reflexión vuelve á hurgarnos. Pero ¿reflexiona acaso la pasión cuando habla, escribe ú obra de cualquier otra manera? ¡Ah! *desgracia* fue! E hijos de ella y, por tanto, desgracias tamañas, fueron todos los beneficios que nuestro singular Magistrado hizo á su patria. Dió libertad á la Iglesia para que cumpliese ampliamente su divina misión: *¡desgracia!* Reformó el clero y disciplinó y moralizó el ejército, antes azote de los pueblos: *¡desgracia!* Organizó la Hacienda Nacional, desterró el agio y el contrabando, aumentó los ingresos sin crear nuevos impuestos, y tuvo fondos suficientes para multitud de obras públicas de gran utilidad: *¡desgracias y más desgracias!* Dió impulso eficaz á la instrucción pública, protegió el estudio de las

ciencias y las artes, creó talleres para que los hijos del pueblo aprendiesen ó perfeccionasen en ellos los oficios que les dan vestido y sustento: *¡desgracias*, por todas partes *desgracias!* ¡Si el Ecuador está lleno de ellas! ¡Por donde uno vuelve la vista, las encuentra! ¡Y todas debidas á que García Moreno abrazó la vida política! Invitamos al escritor azuayo á juntarse con nosotros para maldecir la memoria de ese hombre funesto....



INDICE

LIBRO PRIMERO

PAGS.

Tiempos anteriores á García Moreno, breve ojeada sobre algunos personajes, doctrinas y sucesos

CAPITULO IV

PAGS.

CAPITULO V

CAPITULO VI

———

LIBRO SEGUNDO

De 1830 á 1860

CAPITULO I

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V

